

HQN™



LA

IRLANDESA

MIRANDA
BOUZO





LA
IRLANDESA

MIRANDA BOUZO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Silvia Fernández Barranco
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La irlandesa, n.º 234 - julio 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-452-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Nota de la autora](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

Año 1587

Inglaterra pasa por momentos difíciles. Tras la ejecución de María Estuardo de Escocia por orden de Isabel I, reina de los ingleses, sus enemigos, españoles y franceses se rebelan abiertamente contra su reinado.

Las banderas en toda Europa se alzan en favor y en contra de la reina. Amparados por el poder a uno y a otro lado de la frontera, sus países y reyes ansían la guerra. En su propio reino, Escocia vive en relativa calma los acontecimientos, mientras en Irlanda, sus líderes se oponen con resistencia a los ingleses. Los clanes locales, en su lucha por subsistir a la invasión, crean ejércitos de mercenarios para ofrecerlos al mejor postor. Entre esos clanes están los Donnell, antiguos escoceses afincados en el norte. La reina inicia en Antrim, desde el castillo de Carrickfergus, su ofensiva armada sin reparar en medios contra ellos.

La historia futura de ambas naciones pende de un fino hilo que puede romperse en cualquier momento y en el que el amor no tiene lugar.

Capítulo 1

Desde la colina, la luna llena de noviembre parecía una esfera luminosa suspendida en el horizonte. La bruma del océano no había aparecido aún y ante ella no había una sola nube para ocultar su luz anaranjada. Sobre su reflejo, dos barcos desplegaron sus velas internándose en el mar de Irlanda a la vez que arriaban la bandera inglesa en el mástil. El viento azotaba con fuerza el acantilado sobre el que Edward se encontraba y desde el cual, en línea recta, a menos de un día en barco, se unían ambas naciones: Escocia e Irlanda. El Ulster, el norte de aquel país, se veía lejano e inhóspito ante la niebla. Como soldado, Edward había luchado en tantas batallas a uno y otro lado del mar que ya no podía recordar cuántos hombres había matado por su patria. Sus ojos azules habían visto la muerte y la sangre de amigos y enemigos. Le hubiera gustado atravesar con esos soldados la estrecha lengua de mar que lo separaba del hombre que los odiaba tanto como para asediarlos en sus propias tierras y llevarse a su amigo. Cómo le gustaría que todo acabara de una vez por todas y descansar. El problema era ella. Edward apenas llevaba casado con Ayr Tye unos meses, pero el lema del clan más importante del norte se hallaba grabado a fuego en su mente: «Honor, deber y familia». Ahora eran su familia y debía protegerlos a todos, incluso a los hermanos Tye y, en especial, a Iain, ese testarudo y obstinado escocés que iba en uno de aquellos barcos, solo, en busca de su hermano.

La escuchó acercarse al cambiar el viento; de otra forma hubiera sido imposible saber que estaba allí. Se movía con sigilo, entre los altos matorrales, pero su olor a jabón y lavanda la delataba. Olía como su patria, a espacios abiertos y hermosos paisajes.

Se giró para verla coronar la cima bajo la luz de la luna. Tenía las mejillas sonrojadas por el frío y el viento agitaba su cabello corto mientras rozaba con

las manos las hojas de los árboles, hasta que sus ojos de color ámbar se clavaron en los suyos. Sin decir nada, observó cómo las naves se alejaban.

—Edward, ha quedado un barco inglés en el puerto. Mañana al amanecer sale hacia Carrickfergus con un pequeño destacamento —dijo Ayr levantando la mirada para ver su reacción.

Él se cruzó de brazos y la enfrentó con dureza. Con ella no servía andarse con rodeos.

—No voy a meterte en un barco lleno de hombres y, menos lleno de soldados ingleses. No quiero que vengas conmigo, Ayr.

—Así que era eso, me preguntaba qué te rondaba la cabeza. Tampoco quería Iain, por eso se ha marchado solo a Irlanda —susurró fastidiada—. Alistair es también un hermano para mí, parece que ninguno de vosotros quiere darse cuenta.

Edward la cogió de los hombros y la hizo girarse para ver su mirada fría.

—No vendrás, ¿me oyes, escocesa? Vuelve a Tye y quédate ahí. Nunca debí acceder a que me acompañaras, ahora Héctor es cosa mía —dijo al recordar cómo había amenazado a su mujer y casi la mató en un acto de venganza. Había huido a Irlanda en busca de más soldados, acorralado por los clanes del norte, secuestrando en su retirada al hermano de Iain.

—Es a mí a quien quiere matar. Nunca estaré segura, siempre que me dé la vuelta y vea una sombra, pensaré que es Héctor. ¿Quién te dice que no está formando un ejército de mercenarios para venir a por nosotros y hacerse con nuestro clan? Mi padre decía que a los enemigos hay que matarlos o, al final, inglés, te matan ellos a ti.

Edward cobró aliento y la cogió de la nuca para acercar el cuerpo de Ayr al suyo. No había nada que lo enfureciera más que lo llamara inglés.

—Volverás a casa con Brian, no es discutible.

Ella bajó la mirada y le separó de su cuerpo con un empujón, levantó la barbilla y entornó los ojos con dureza.

—Obedeceré tus órdenes, esposo —afirmó con frialdad.

Edward no podía creerlo. Verla claudicar, aunque fuera con arrogancia, vencer una lucha con esa mujer era comparable a ganar una batalla.

—Entonces disfrutemos de esta noche, no sé el tiempo que tendré que estar alejado de ti, buscando a tus hombres. —Resopló sin aliento—. Sin discusiones ni reproches, Ayr, prométemelo.

Ella recorrió con las yemas de los dedos la cicatriz de su inglés desde la

mejilla hasta el cuello y sonrió.

—Te amo, inglés —afirmó sin sellar su promesa. Necesitaba que lo supiera porque una Tye no se rendía ni se marchaba a la retaguardia y su esposo nunca le perdonaría lo que estaba dispuesta a hacer para demostrárselo. No era solo ella, sus hermanos, aunque no compartieran la misma sangre, habían cruzado a Irlanda y ella los seguiría hasta la muerte por defenderlos. Iain y Alistair la necesitaban.

Ayr se deslizó entre las sombras del amanecer. Cualquiera que la viera, con la capucha puesta y los pantalones, la confundiría con un muchacho escuálido y muy bajo. En un momento de inspiración hasta se había sombreado ella misma el mentón con turba seca para que pareciera una barba. Se deslizó por las estrechas escaleras hasta donde dormía Brian. Con cuidado, sorteó los camastros donde se amontonaban los hombres y algunas mujeres a medio vestir. Era una posada de paso, cochambrosa y sucia, que con el trasiego continuo de viajeros se convertía en un alivio rápido de las necesidades básicas de hombres que buscaban fortuna en Irlanda. Los soldados ingleses que viajaban en los barcos del canal utilizaban el pueblo como burdel y almacén de provisiones y, como consecuencia, era un lugar desolado en el que pocas familias sobrevivían y pocos se quedaban más allá de unos días.

Cuando lo vio entre todas las figuras dormidas, envuelto en su tartán, sonrió. Brian dormido aún conservaba esos rasgos infantiles que le recordaban a su compañero de juegos de la infancia. Su pelo rubio pajizo sobresalía desordenado entre las mantas, y sus armas brillaban a su lado a la luz de las velas. Se agachó y le tapó la boca con una sonrisa pícaro. Lo sacudió sin piedad y él abrió los ojos al momento. Reaccionó como ella esperaba: le colocó su daga en el cuello. Vio su rostro en la penumbra y al reconocer sus facciones, bajó el cuchillo.

—¡Maldita sea, *bainrígh*, casi te mato! ¿Qué haces aquí? Esto es para hombres —gimió el muchacho, azorado al verla entre delincuentes y prostitutas.

—¡Calla, Brian! Vas a despertar a alguien —advirtió Ayr y lo miró con una sonrisa—. ¿Llevas pantalones?

El muchacho se llevó la mano abajo con rapidez y suspiró aliviado. Ayr ahogó una carcajada en su mano y le indicó que la siguiera en silencio. Ambos

suspiraron cuando salieron a la calle y se miraron con una mueca de asco. En ese pueblo todo olía a pescado rancio. Brian la siguió en silencio, ambos se deslizaban pegados a las casuchas mientras las primeras luces del alba despuntaban sobre el mar entre nubes negras de tormenta. El tiempo cambiaba rápido en las islas, y probablemente aquel sería el último barco en zarpar antes de la tormenta.

La silueta de pequeñas embarcaciones amontonadas flanqueaba la esbelta figura de un mástil con las velas arriadas. El trasiego de soldados ingleses, llevando cajas hacia el barco, la hizo estremecerse bajo la capa. Era una pequeña embarcación de pesca que transportaba víveres para los soldados de Carrickfergus.

—Ayr, ¿qué hacemos aquí? —preguntó Brian bostezando.

—Nos vamos a Irlanda —contestó ella mientras se mordía el labio.

El muchacho retrocedió asustado hasta tropezar con unas redes del suelo y caer sobre su trasero.

—Milord dijo que volvíamos a Tye —replicó con los ojos tan abiertos que apenas podía pestañear.

—Cambio de planes, esperaremos al inglés en Irlanda, solos tú y yo, Brian. Encontraremos a Iain y buscaremos a Alistair. Milord, si quiere, que vuelva a casa solo.

—Milord me matará.

—Edward está dormido, me he ocupado de ello. Para cuando nos encuentre ya tendremos todo arreglado. ¡No seas cobarde, Brian!

—No soy un cobarde, es solo que no es una buena idea —protestó el muchacho.

—Entonces, me voy sola —dijo Ayr al tapar aún más su rostro con la capucha. La vio descender hasta el pequeño puerto y suspiró.

—¡Espera, Ayr! —gritó antes de correr esquivando los bultos y colocarse a su lado.

Lo miró un momento, emocionada, y le golpeó el hombro con camaradería. No había sido tan difícil convencerlo y ningún otro la hubiera seguido, todos aceptaban las ordenes de su *laird*. ¡Qué pronto habían olvidado que era inglés! Suspiró con cierto orgullo al recordar a su marido vistiendo el *kilt* de su clan.

Se unieron a la fila que cargaba grandes cajas y, entre los dos, levantaron una que apestaba a pescado. Siguieron con la cabeza gacha a los dos marineros que iban delante. Ayr se sintió triunfante cuando sus pies tocaron la

cubierta del barco. Al sentir mecerse la pequeña embarcación sobre las agitadas aguas, el estómago se le contrajo con violencia. No soportaba el mar, ni los barcos, ni el agua y todo porque había olvidado muy pronto su promesa de aprender a nadar.

Brian aprovechó el ir y venir de los hombres y le indicó un lugar donde las mantas tapaban la carga. Observaron escondidos cómo los marineros bajaban y subían con fardos, bultos y más cajas. A través de las lonas vieron cómo el sol despuntaba y la nave comenzaba a moverse con lentitud. Quería gritar, eufórica, en pocas horas pisarían suelo irlandés. Después de encontrar a Iain, para cuando Edward se diera cuenta, no tendría sentido mandarla a casa a bordar calcetines. Si por lo menos pudiera retener las náuseas y no vomitar, todo sería mucho más divertido. A su lado, Brian se había quedado dormido hecho un ovillo. Ella lo envidió con toda su alma mientras miraba fijamente la tela que los cubría. Las horas se le hicieron eternas mecida por el bamboleo cada vez más fuerte de las olas sobre el casco del barco, notó cómo sus ojos se entornaban y se preparó para recibir al sueño con confianza.

El grito de una mujer la hizo estremecerse, ¿había otra mujer en el barco? Se despejó al momento, intentando escuchar lo que ocurría en cubierta.

—¡Ramera pelirroja! —Oyó que gritaba un hombre—. ¡Capitán, la irlandesa me ha mordido! —gritaba incrédulo—. ¡Deje que la tire al mar!

Se asomó con cautela y vio cómo un soldado zarandeaba a una muchacha de su edad. La chica tenía el pelo cobrizo alborotado por el viento y sus ojos verdes tenían tal mirada de terror que Ayr sintió cómo sus propios miedos pasados, escondidos en su mente, volvían a tomar forma. Dio un salto cuando vio que el hombre, de cara hosca, se giraba con la mano en alto para dar una bofetada a la muchacha.

—¿Qué haces, Patrick? No la pegues, pagarán menos por ella si la marcas —gritó otro hombre al que no podía ver. El marinero que había estado a punto de golpear a la chica sonrió con sus dientes negros y torcidos.

—Una marca no le hará mal. Es una Donnell, mira el *plaid* que lleva. ¡Que les den a todos! Capitán, cualquier inglés pagará al verla, ¿qué importa si antes nos divertimos un poco?

Ayr apretó los puños y la rabia comenzó a alejar su miedo a la violencia de los hombres y a cobrar valentía. Le repugnaba ver que se sometiera a una mujer de una forma tan brutal. Otro hombre de aspecto sucio arrastraba a la pelirroja por el brazo y la llevaba junto al que parecía el capitán. La chica

lloraba y los miraba aterrada, como una presa acorralada mira al cazador. Mientras la arrastraban, intentaba resistirse clavando los pies en la madera de la cubierta. Su hermoso vestido de tela fina se rasgaba ante los empujones de los hombres, una hermosa prenda, de tela fina y escarpines del mismo color; aquella muchacha no era una campesina cualquiera. En ese momento el capitán la cogió del pelo para levantarla y Ayr se mordió el labio, nerviosa. ¡Eso sí que no!, no podía soportar verlo. Saltó con la daga en la mano y se deshizo como pudo de las pesadas lonas que la ocultaban. Brian le gritó algo, pero demasiado tarde, el grupo de marineros la miraron con sorpresa al aparecer frente a ellos.

—¿Pero qué...? —preguntó el capitán, confundido.

—¡Es otra mujer, capitán!, vestida de chico. ¡Mírela bien! —dijo el que había pegado a la chica señalando su pecho abultado bajo la camisa.

—Suéltala —ordenó Ayr al jefe—. No quiero problemas con vosotros.

Brian se situó a su lado con la espada en alto.

—Ya habéis oído a la señora. ¡Soltad a esa mujer!

El marinero de los dientes negros se acercó amenazador y chasqueó la lengua con desprecio mirando a Ayr.

—Es escocesa —sentenció ceceando.

—Os pagaremos bien —gritó Brian con seguridad fingida—. Llevadnos a tierra y olvidemos esto.

El capitán soltó a la irlandesa y sacó un cuchillo. De manera instintiva, la muchacha aprovechó la ocasión y corrió hasta refugiarse junto a ellos. Sobre sus cabezas un trueno demoledor les sobresaltó, anunciándoles que no tardaría en estallar la tormenta, pero no sirvió para que los marineros se olvidaran de lo que tenían delante de sus narices.

—Nos pagarán mucho por la pelirroja. Es Erin Donnell, la hija del señor de Antrim. ¿Qué ofreces tú, muchacho? —dijo el capitán con desprecio.

—No os mataremos —afirmó Ayr.

Erin la miró. Esa mujer estaba loca, no sabía de dónde había salido. Parecía más un muchacho esmirriado, a pesar de su voz firme, con el pelo cortado a la altura de los hombros, negro y unos inquietantes ojos color ámbar. Lo más sorprendente era que llevaba la cara tiznada de negro bajo los pómulos.

Los marineros se rieron y comenzaron a darse codazos, pero al capitán no parecía hacerle ninguna gracia. Había sido mercenario, y en los ojos de esa muchacha vestida como un chico veía algo que no le gustaba: poder y

convicción.

—No podemos con todos, *bainrígh* —susurró Brian.

Se colocó delante de ambas para protegerlas con su cuerpo. Ayr lo miró y supo que tenía razón. Con el arco que llevaba a su espalda hubieran tenido alguna oportunidad, pero cuerpo a cuerpo no tenía suficiente fuerza. El capitán se acercó a ellos de manera lenta, con los puños cerrados, y sus hombres lo siguieron con expresión decidida. Ayr, Brian y la muchacha comenzaron a retroceder, y chocaron con las provisiones amontonadas en la cubierta. Se quedaban sin sitio para huir. Brian se subió a una de las cajas y las ayudó a situarse junto a él. El capitán sonrió y avanzó hasta ellos, agarró de la muñeca a Ayr e intentó golpearla en la cara para derribarla.

—¡En la cara no! —gritó Brian mientras le alejaba con una patada que lo hizo caer contra la madera del suelo.

—¿Por qué en la cara no? —preguntó uno al que antes habían llamado Patrick y parecía un poco más corto de entendederas que los demás.

—Si su esposo le ve la cara marcada, me matará —contestó Brian—. En serio, no le toquéis la cara.

Erin miró a sus dos nuevos amigos como si estuvieran locos.

—¿Y quién es el idiota que se ha casado con esta mujer? —gimió el capitán mientras se levantaba para volver a atacar.

Brian sabía que no podía contenerlos por más tiempo, miró hacia atrás y hacia la costa, que ya se divisaba más cerca. Ayr siguió su mirada y negó con la cabeza, no sabía nadar, y el pánico se apoderó de ella. Brian debía de estar loco, ella nunca llegaría hasta tierra. El escocés no lo pensó dos veces: empujó a la pelirroja, que gritó al caer mientras el oleaje sacudía cada vez con más fuerza el casco del barco. Sus ojos se encontraron con los de Ayr y sonrió con cierta culpabilidad perversa. Por una vez la vio dudar a causa del miedo. La empujó con fuerza y se tiró tras ella al agua helada. Brian rezó porque la irlandesa supiera nadar, porque tendrían que arrastrar a Ayr hasta la costa.

Capítulo 2

El mar se había revuelto en cuestión de minutos debido al fuerte viento, Ayr sintió cómo se hundía bajo las olas, tragó agua y se agitó con fuerza, rebelándose. Se sintió, segundos después, flotar bajo la ingravidez del mar, arrastrada por las corrientes mientras los pulmones se quedaban sin aire, sus músculos se doblaban a la paz silenciosa y se dejó llevar en una sucesión de imágenes de su tierra en primavera. Edward no había visto los campos de Tye a primeros de abril, cuajados de flores, sin duda él contaría los beneficios de la próxima cosecha en lugar de ver la belleza que lo rodeaba. ¿Cómo sería amarle y entregarle su cuerpo entre los altos brezos, bajo los robles, a la luz del primer sol de mayo? No podía morir bajo el mar, tan lejos de su hogar, con el eco de su corazón desvaneciéndose en la gran masa de agua sin poder despedirse de él.

Una fuerza tiró de ella una y otra vez hasta que las imágenes desaparecieron y la decepción la embargó. El agua salada salió de su cuerpo con una convulsión dolorosa al arrasar con su amargor toda la garganta.

—Ayr, lo hemos conseguido —gritaba Brian riendo como un loco.

Estaba tumbada entre las rocas de la orilla, a su lado, el joven escocés saltaba como un niño y junto a ella, unos ojos verdes enormes la miraban curiosos y preocupados. Desorientada, miró de nuevo a la muchacha y recordó lo sucedido en el barco: era la irlandesa en apuros. Se incorporó dolorida. Los tres tenían un aspecto lamentable. Brian había perdido sus armas y palpó su propio cuerpo, suspiró aliviada, allí estaban su arco, a la espalda y su daga en el cinto. Miró hacia las olas que habían estado a punto de engullirla y a la pelirroja, que la observaba. Se sentó con dificultad junto a ella, aún sin resuello por el esfuerzo, sobre una de las rocas planas de la playa.

—Hola, Erin, ese es tu nombre, ¿verdad? Oímos cómo uno de los hombres

te llamaba. Soy Ayr Tye —contestó al fin aliviada de seguir viva—. Es una suerte que supieras nadar —afirmó. Erin la miraba con desconfianza.

—Gracias por sacarme de ese barco, fuisteis muy valientes al enfrentaros a ellos. No soy propensa a buscar problemas, pero desde que hui de mi hogar parece que todo se conjura contra mí.

Brian y Ayr se miraron.

—¿Y tu hogar tiene nombre? —preguntó Ayr arqueando una ceja como lo haría su marido. Las ropas de Erin no eran las de una simple muchacha del campo, tampoco su forma de hablar y sus gestos.

Erin no sabía si podía confiar en ellos tan pronto, pero parecían buena gente. La salvaron sin preguntas de los soldados y había oído contar de su clan, igual que todos al norte de las islas, magníficas historias acerca de su estricto código del honor. Se decía que eran leales a la corona escocesa, y su señora se había casado con el paladín de la mismísima reina Isabel de Inglaterra, un conde llamado Edward Aunfield.

—Habla sin temor —la invitó Ayr tomando su mano entre las suyas—. Te ayudaremos si podemos.

—Soy la hija de Sorley Donnell.

Ayr sintió la lividez en su rostro, quiso morir al instante, retrocedió ante esa muchachilla desamparada. Los Donnell eran escoceses afincados en Irlanda desde hacía varias generaciones que defendían su legitimidad sobre esas tierras. Eran enemigos acérrimos de la corona inglesa, traidores que se resistían al poder inglés y al dominio de Inglaterra.

—Maldita sea —gimió Ayr, ahora sí tenía un serio problema—. ¿Y por qué huiste, Erin? —preguntó con un ligero tono de enfado.

Erin reprimió las lágrimas que llevaba escondiendo desde hacía días y miró aquellos ojos ámbar con esperanza.

—Me llevaban a Carrickfergus, en la costa, debía casarme con un odioso inglés.

Ayr comprendió al instante: la reina quería solucionar el conflicto con Irlanda casando a la hija de su enemigo con un inglés, buscando la alianza por medio de una boda. Palideció. Acababan de ayudar a una fugitiva buscada por la corona. Intentó mostrarse despreocupada y frotó sus manos frías contra las de la pelirroja. Brian la miraba preocupado.

—Y dime, Erin, ¿con quién querían casarte? —preguntó de nuevo con paciencia.

—Con el gobernador de Irlanda, lord Dressex. —Ayr puso los ojos en blanco y se mordió el labio.

—El cielo caerá sobre nosotros —gimió Brian.

No supo si su amigo se refería a las tropas inglesas o al potente estruendo del trueno sobre sus cabezas. Los tres miraron al cielo gris, que cada vez se oscurecía más y más.

—Bueno, creo que ahora será mejor que continuemos esta conversación en algún refugio y lo más lejos posible del pueblo y de la costa. Estarán buscándote, Erin.

—Pero milord tampoco podrá encontrarnos, el barco iba al castillo, ahora no sabrá dónde estamos —señaló el escocés.

—Edward nos encontrará —afirmó convencida.

El siguiente barco, uno más grande que en el que embarcaron ellos, salía unas horas más tarde, a no ser que la tormenta los hubiera retenido en Escocia. Edward debía de estar furioso con ella por haberlo dormido con hierbas, pero la buscaría por toda Irlanda si hacía falta, aunque el cielo cayera sobre él. Confiaba en su marido con todo su corazón.

Caminaron hacia el interior, primero escalando las peligrosas rocas sobre una lluvia torrencial en la que Erin demostró ser muy hábil y, después, atravesando el terreno embarrado hasta llegar a las suaves colinas del interior. La costa quedó unos kilómetros atrás y se sintieron a salvo por el momento. Caminaron por los campos en lugar de por los caminos por temor a toparse con patrullas inglesas. Estaban tan cerca de la costa que el viento soplaba con fuerza y apenas había lugares donde protegerse de la lluvia. La tierra húmeda los llevaba hacia un lado y otro para evitar las zonas anegadas de barro, hasta que el cansancio empezó hacer mella en ellos.

—¿Podemos descansar? —gimió Erin. No estaba acostumbrada a caminar tanto, estaba helada hasta los huesos y con los pies embarrados.

—No podemos parar —ordenó Ayr sin ni siquiera girarse a mirarla. La irlandesa se detuvo enfadada e impotente.

—¡Para de una vez, Ayr! Necesitamos descansar. ¡Deja de actuar como una gran señora y escúchanos!

Ayr paró en seco, se giró sobre sus talones y la enfrentó:

—¿Y tú qué sabes de mí, niña consentida? ¿Gran señora? Te estoy salvando la vida y metiéndome en muchos problemas por tu culpa. —Ayr la observó de arriba abajo un momento—: Déjame adivinar, Erin, tienes un padre y una

madre, hermanos y una familia amorosa que te quieren y miman. No sabes nada de sobrevivir. Yo he tenido que luchar por cada cosa que he querido. No sabes nada de mí, pelirroja.

—Me tienes a mí, a Iain, al inglés, a nuestro clan... —susurró Brian.

Recuperó el aliento, arrepentida.

—¡Oh, Brian! Es solo un poco de culpa mezclada con cansancio —dijo Ayr con voz lastimera—. El inglés me matará por meterme en este lío.

—A mí también, *bainrígh*.

Ayr se acercó a su amigo y lo abrazó. A pesar de ser tan joven, ella no le llegaba ni a la barbilla, se puso de puntillas y le revolvió el pelo empapado.

—Erin, si nos encuentran los soldados nos matarán, y a ti con suerte te casarán si no acabas en una cárcel inglesa. Tenemos que seguir.

Erin bajó la cabeza y continuó caminando en silencio. La escocesa tenía razón. Al poco tiempo, reconoció las tierras que atravesaban y los llevó a una antigua granja abandonada. La política de quema de tierras del ejército había dejado sin cosechas y hogar a media nación. Ahora muchas cabañas se encontraban derrumbadas y sus miembros, exiliados a otros condados del sur en busca de protección. Erin lo había oído mil veces de labios de su padre, pero era la primera vez que lo veía con sus ojos. La devastación de los campos era horrible, traería hambre durante los próximos años. Se sintió desolada por haber permanecido en la ignorancia, recluida los últimos meses en Dunluce con su familia.

Se acercaron con sigilo a la construcción y comprobaron que no había signos recientes de que alguien la ocupara.

El tejado estaba caído, pero se cobijaron junto a la pared. Anochecía y Brian preparó un fuego con los restos del tosco mobiliario que aún quedaba. Usaron el *plaid* del muchacho para cobijarse y secar algunas capas de ropa. Brian las hizo acurrucarse contra él para proporcionarles algo de calor.

—Deberíamos intentar dormir algo —sugirió él—. Nadie nos buscará bajo esta tormenta.

Ayr se acercó más a él y suspiró.

—Lo siento, Brian —susurró.

—¿Por qué, Ayr? Somos escoceses, no estamos acostumbrados a vivir encerrados entre cuatro paredes —dijo Brian riendo.

Ayr lo abrazó con cariño. Se sentía tan culpable por haberlo arrastrado con ella que el corazón parecía pesarle. A su lado, Erin temblaba de frío. Hacía

horas que permanecía en silencio para no tener que bajar su capucha, parecía pensativa ante la vista de las tierras que atravesaban. La muchacha estaba agotada, pero su expresión sombría no era por eso. Ayr sospechaba que la chica no conocía mucho de su propio país y la situación por la que pasaba.

—Erin, ¿tu padre estaba de acuerdo con tu matrimonio?

Necesitaban recurrir a alguien en Irlanda que pudiera ayudarles y la familia de ella era su única opción.

—Mi padre está preso en Carrickfergus —contestó Erin con odio—. Él no fue quien tuvo la idea de casarme, fue una orden de la reina Isabel.

Nubes aún más negras pasaron por la mente de Ayr. Su madrina, la reina, no tardaría mucho en descubrir que estaba al norte de Irlanda, y se preguntó qué opciones tenía de salir sin un castigo de aquella aventura.

—Mañana iremos hacia el interior, no es seguro quedarse tan cerca de la costa, si hemos logrado escapar ha sido por la tormenta. Erin, ¿adónde te dirigías cuando te atraparon los soldados?

La muchacha abrió sus ojos verdes con ilusión.

—Mi madre y mis hermanos están en el castillo de Dunluce. El bote en el que iba se dirigía allí después de dejar su carga a los soldados. En mi hogar estaremos seguros —afirmó Erin con vehemencia.

—Allí nos dirigiremos a partir de mañana —susurró Ayr.

La calma bajo el replicar de la lluvia contra las piedras los mantuvo en silencio, acurrucados los tres para darse calor. El sueño los venció mientras la noche y la tormenta avanzaban hacia el interior de la isla.

Capítulo 3

La lluvia formaba una cortina que no permitía que la bruma subiera desde la costa, y la tormenta borraba cualquier rastro que hubiera podido seguir entre las piedras. Edward ascendió por el acantilado descalzo, con las botas de piel colgadas al cuello. Las rocas afiladas por el viento eran cuchillos clavados en la piel. El peso de la espada cruzada a su espalda equilibraba la fuerza del aire golpeando en sus brazos. Con los músculos tensos, se concentraba en llegar a la cima, paso a paso, con determinada precisión, poniendo su vida en peligro en cada saliente en el que se apoyaba. Elevó los ojos al cielo y sonrió. Cualquiera que lo viera allí colgado en ese momento pensaría que estaba loco. El sudor se mezclaba con la lluvia en su cuerpo, el esfuerzo y la lucha contra los elementos le hacían sentirse vivo de nuevo. No era hombre de acomodarse en un castillo y vivir en paz, amaba la guerra y cambiar de lugar cada cierto tiempo, al menos hasta que se topó con su escocesa.

Miró hacia abajo, con una sonrisa, al hombre que lo seguía con la misma determinación, ascendiendo sin descanso. Una vez más, los dos estaban unidos por la mujer que amaban con todo su corazón. Edward vio el rostro de Iain mirarlo desde abajo, impaciente por llegar arriba, y siguió subiendo, no había vuelta atrás. Pese a lo que Iain Tye aún sentía por Ayr, lo admiraba, era un soldado tan diestro como él y un compañero de armas leal. Se alegraba de haberlo encontrado en el pueblo de Carrickfergus y fue él quien lo avisó acerca de la extraña historia de una pequeña embarcación atrapada en la tormenta. Los hombres del barco habían llegado contando a todo el que los escuchara que la legendaria bruja Mal había aparecido en su nave, con sus ojos ámbar, que los había atacado bajo los truenos y desaparecido en el mar llevándose con ella a la hija de Donnell. Edward quiso reír, nunca creyó que alguien pudiera describir tan bien a su mujer.

Estaba casi en la cima. Apoyó en una piedra el brazo derecho y se balanceó. Apenas sus dedos rozaron la superficie de la última roca, antes de la cumbre, cogió impulso y se sentó en el borde. A Iain, más corpulento y alto que él, le costaba subir. Sus ojos azules le observaron por una fracción de segundo con la dureza que le caracterizaba. Edward no era un santo ni un asesino, pero qué fácil sería deshacerse de él en ese momento. Sacudió la cabeza, alejando tan terrible pensamiento. El escocés debió de pensar lo mismo porque todo en él inspiraba desconfianza. Edward pensó que, aun cuando escuchaba viejas historias acerca de Iain, le costaba relacionar al muchacho travieso y alegre que en ellas aparecía con el hombre amargado y rudo que era desde que le había conocido. A veces vislumbraba en él al chico del que hablaban, al mirar a su hermano, pero enseguida él mismo se ocupaba de decir algo desagradable o falta de tacto para que los demás huyeran con rapidez de su lado. Edward se tumbó boca abajo y le tendió la mano. O confiaban el uno en el otro o estaban perdidos en una tierra desconocida y en guerra.

Al fin Iain entornó los ojos, se soltó y cogió su mano. Con un último esfuerzo cayó al lado de Edward, tan agotado como él. Lo habían conseguido. Ahora sabían que era imposible que Brian hubiera subido con las dos mujeres por aquel acantilado, si es que habían sobrevivido. Al menos desde allí, con el mar embravecido, podía ver las playas y saber qué dirección tomar. El mar era caprichoso con sus corrientes, y por mucho que hubieran luchado contra ellas, los tres se habrían rendido a su fuerza. Mientras anochecía, siguieron casi a la carrera la escarpada orilla de los acantilados. Llevaban más de dos horas en dirección al sur, al borde de la desesperación, a la espera de ver tres cuerpos deshechos entre las rocas, cuando Edward se paró en seco. Señaló algo a Iain: una tela se agitaba al borde de una colina, atrapada entre las piedras, tierra adentro. Corrió como un poseso hundiendo las botas en el fango, hasta la rodilla. Edward pensó que había enloquecido y le traicionaba su mente, pero allí estaba el objeto, enredado entre las zarzas de un modo casi bíblico. Era un trozo enorme de *plaid* azul y marrón. ¡Dios, cómo amaba a esa mujer! Ay se lo había dejado, estaba viva.

Iain lo siguió, sin acertar a ver lo que Edward sostenía entre las manos. Al acercarse, suspiró, era un *plaid* de los Tye. Tocó el hombro del inglés y, cuando se giró a mirarlo, vio lágrimas en sus ojos. El impacto de ver en ese estado a aquel guerrero al que tanto admiraba lo sobrecogió, pero recuperó la compostura para adquirir su habitual expresión fría. Un velo se despejó en su

mente y en su corazón: él no quería a Ayr de la misma manera enfermiza e incondicional que Edward. Ellos dos se necesitaban para vivir y, aunque no entendiera ese amor necesario para respirar, lo respetaba. Tal vez el tiempo y los años curaran su corazón roto y pudiera volver a disfrutar de la paz que le había abandonado hacia tantos años, el día que se supo enamorado de Ayr.

—¡Está viva, Iain! ¡Maldita escocesa inteligente! Nos ha dejado un rastro.
—Rio Edward al apretar la tela en sus manos.

—Vamos, inglés —dijo Iain tendiendo su mano para ayudarlo a levantarse—. Debes encontrarla, seguramente ha pensado en ir hacia el interior. Sabe que los ingleses los buscarán por la costa, es lo que yo haría en su lugar.

El inglés lo miró pensativo, algo había cambiado en Iain, en su forma de mirarlo ya no existía la animadversión que siempre ofrecían sus ojos, le había dedicado más palabras en unos segundos que en un año entero. Tal vez fuera porque había expuesto su única debilidad ante él: su esposa. Sabía que lo toleraba por Ayr, realmente pocos conocían a Iain, porque nunca se relacionaba lo suficiente con nadie que no fuera su hermano Alistair. Un tipo extraño, Iain Tye.

Capítulo 4

Ayr miró hacia el cielo gris. Aún llovía, pero la peor tormenta que había visto en su vida parecía estar amainando después de dos días. Ascendió la colina mientras el viento le golpeaba el rostro, un aire intenso que en la isla era continuo. Se preguntó si el zumbido incesante en sus oídos acabaría algún día. Suspiró cuando vio a Brian salir del bosque sano y salvo y, a juzgar por su sonrisa, traía comida. Su amigo era demasiado joven para cargar con la responsabilidad de cuidar de Erin y de ella. Le mostró con el brazo en alto lo que parecía un conejo. La pelirroja se detuvo al lado de Ayr y sonrió.

—Ahí vuelve Brian, seguro que hoy comeremos algo contundente —afirmó Erin con una sonrisa esperanzada.

Estaba hambrienta y harta de comer pequeños roedores y bayas. La pequeña cueva en la que se refugiaron la noche anterior era fría, pero por lo menos estuvieron secos. Sabía que el camino a Dunluce sería duro, pero no tanto. Cuando llegara a casa le diría a su madre que les preparara un festín digno de un rey, se bañaría y disfrutaría del agua caliente. Un rayo de dolor cruzó sus pensamientos. Ella sabía que nadie la esperaba en Dunluce, debía tenerlo presente y no dejarse llevar por sus propias mentiras. Miró las manos vendadas de Ayr y ella le devolvió la sonrisa. Adoraba a esa mujer fuerte que cuidaba de ellos como una madre, aunque debía tener su misma edad, calculó. Se preguntó qué la había hecho ser así, no se había quejado una sola vez por las terribles heridas de las manos que le ocasionaron las rocas del acantilado, al igual que Brian. Era evidente que sabía cocinar y sobrevivir, incluso le estaba enseñando a manejar el arco y a lanzar el cuchillo mientras descansaban.

—Hoy te toca cocinar, Erin. —Rio Ayr al ver su cara de fastidio.

—¿Dónde has aprendido todas estas cosas? ¿Ya sabes, cocinar, disparar el

arco...? —preguntó la pelirroja. Ayr nunca hablaba de ella, pero sí de su hogar y su gente.

—De Angus, el segundo de mi padre. Tuvo la paciencia de enseñarme a luchar y defenderme a mí misma. Iain me enseñó el resto. El viejo nos tomó bajo su protección —susurró con tristeza.

—Alistair es a quien buscabais Iain y tú, ¿verdad?

—Vaya, Brian te ha puesto al día. Alistair es el hermano de Iain, creemos que lo secuestró un hombre llamado Héctor. Mi marido, Iain y yo veníamos por él, pero Iain, tan cabezota como siempre, decidió hacerlo todo solo como es habitual en él. Nos separamos. Las cosas no son fáciles entre Iain y mi marido, Edward.

—¿Y Angus? ¿Os espera en casa? —preguntó Erin al ver que su amiga estaba más receptiva de lo normal.

—Angus murió.

Ayr se removió inquieta, hacía tan poco de su muerte... aún dolía, como un pequeño pinchazo que comprimía en ocasiones su corazón y se quedaba allí un rato enredado en sus recuerdos. Echaba terriblemente de menos a Edward, él era capaz de hacerla olvidar el pasado y sonreír para alejar a los demonios.

—Lo siento —susurró Erin al comprender que Ayr ya no contestaría más preguntas. Aun así, lo intentó de nuevo—: Brian me contó que tu madre era inglesa y tú también.

—Brian habla mucho —contestó molesta—. Mi padre era escocés, mi marido inglés. Tú naciste irlandesa, hija de escoceses, tu padre lucha por una tierra que no es suya. ¿Todo eso importa, Erin? ¿De verdad lo crees? Es lo que no entiendo de esta guerra, escoceses, ingleses, irlandeses, solo somos peones de los reyes, todos quieren imponer su voluntad, mientras nosotros solo queremos mantener a salvo a los nuestros.

—Mi padre estaría de acuerdo contigo, Ayr. Su guerra contra Inglaterra dura ya años. Hay veces que me preguntó por qué la reina Isabel nos hostiga tanto. ¿Por qué debo casarme con un inglés? ¿Para que ella domine a mi padre? —insistió Erin.

—A veces nos debemos a algo más grande que nuestros deseos, tal vez tu boda traiga la paz.

—¿Aunque renuncies a tus sueños o traiciones a los que más quieres? —preguntó Erin sin pensar en sus palabras.

Ayr no respondió. Primero sintió en el corazón cómo cambiaba el aire y se

volvía cálido. Los sonidos se apagaron y hasta dejó de sentir la lluvia. Cada latido se acentuó hasta resonar en sus oídos. Se giró con brusquedad y los vio.

Dos figuras se divisaron en lo alto de la loma, arropadas con el tartán de los Tye. No necesitó preguntarse quiénes eran. Edward. Lo había sabido incluso antes de girarse.

Él se detuvo al verla, con la capucha cubriéndole la cabeza, y la miró a través de la cortina de lluvia. Ayr sintió su mirada azul, la mandíbula tensa, las manos cerradas en un puño. Supo por su postura que la cicatriz de su cuello luchaba con la fuerza de sus latidos y la tensión de sus músculos. Una fina barba escondía las marcadas y perfectas líneas de su rostro. Era imposible que los viera con claridad desde esa distancia, pero conocía su cuerpo y su cara como un mapa de la piel del inglés.

Ayr se quitó la capa, arrojándola al suelo, y echó a correr, trastabillando con las piedras a su paso, aunque él siguió sin moverse. Creyó oír la voz de Erin pidiéndole que se detuviera, pero siguió sin importarle nada, excepto el hombre que la esperaba furioso. Llegó ante él, sin aliento, con el corazón a punto de estallar en el pecho, y se detuvo a unos metros. Azul y ámbar, una mirada férrea contra la suya. El inglés tenía ganada esa batalla.

—Pequeña escocesa testaruda —dijo Edward al fin.

Abrió sus brazos y ella se sumergió en ellos. Inspiró su olor a brezo y a tierra. Sintió su barbilla sobre la cabeza y sus brazos fuertes envolviendo su cuerpo. Ya estaba en casa.

Edward le hizo levantar el rostro. No era hombre de caricias y palabras hermosas, sino más bien arrogante, orgulloso hasta la médula, y le haría pagar su engaño, lo sabía. Se preparó cuando lo vio arquear una ceja y las motas azules de sus ojos brillaron. Ayr se apartó un poco para esperar su reacción.

—Edward, no fue culpa mía. Querías dejarme en Escocia. Además, la culpa de todo la tiene Iain por querer hacer las cosas solo.

Ambos hombres se miraron y Edward puso los ojos en blanco, suspiró y la cogió de la barbilla para que le prestara atención. No iba a permitir que bajara los ojos ante él.

—Eres un constante dolor de cabeza, temía tanto por ti que casi pierdo la razón, pequeña —dijo con esa voz ronca que empleaba cuando algo rompía su coraza.

Ayr vio en sus ojos el atisbo de corazón que pocas veces el inglés le mostraba, pero no pudo responder, porque él la acercó para besarla con furia.

Iain carraspeó y ambos se separaron. La escocesa se encogió de hombros a modo de disculpa y lo abrazó, segura de que Edward se enfadaría aún más.

—Me alegra verte, Iain, ¡menuda la has liado!

—¿Sí? He perdido un tiempo precioso buscándote, en lugar de encontrar a Héctor y a mi hermano.

—Es culpa tuya —respondió Ayr clavándole un dedo en el pecho a Iain.

—No me dio tiempo a avisaros, partió en un barco de soldados ingleses en cuanto llegamos al puerto. Me escondí en la bodega —se disculpó.

—¿Y qué pasó? ¿Viste a Alistair?

—No pude verlo, pero estaba allí, los soldados hablaban de él continuamente. ¿Qué querías que hiciera? ¿Volver a avisaros cuando lo custodiaban al menos una veintena de soldados? Desembarqué en Carrickfergus esperando una oportunidad hasta que me topé con él —dijo señalando a Edward, que esperaba paciente a que acabaran los reproches de ambos.

Erin llegó en ese momento, con el aliento entrecortado y las mejillas sonrosadas.

—¿Estás bien, Ayr? ¿Quiénes...?

—La irlandesa, ¿supongo bien? —gruñó Iain.

Ayr esperó en Erin la misma reacción de cualquier mujer ante Edward, la visión de su rostro perfecto y la devoción que no podían esconder. En otro tiempo la enervaba que sucediera, pero aprendía a vivir con ello. Se sorprendió al ver la expresión de Erin, quien lo saludó con una leve inclinación de cabeza y pasó sus ojos hacia Iain, enojada por su tono.

—Erin, este es mi esposo, Edward Aunfield —pronunció orgullosa Ayr—. Y este cabezota es Iain.

La pelirroja dio un paso atrás, amedrentada por este último, ante la enorme estatura y la anchura de sus hombros. No podía apartar la vista de Iain, de su cabello negro húmedo, de sus ojos azules del color del agua. Todo en él hablaba de fuerza, desde su cuerpo a su mirada dura y colérica que la enfrentaba con desprecio. Se semejaba a los míticos gigantes de FinnLoan que construyeron Irlanda a su paso. La culpa era de su madre, que le llenaba la cabeza de relatos sobre colosos vikingos de fuerza descomunal, altos y valientes guerreros... Y ahora tenía uno delante. Se sonrojó de los pies a la cabeza cuando Iain la miró frunciendo el ceño, al parecer molesto por su atento escrutinio.

—Y tú eres Erin Donnell, la irlandesa a la que persigue medio ejército inglés. La hija de Sorley Donnell —dijo Iain con todo el desprecio que pudo escupir en su mirada.

Se preguntó por qué la muchacha lo miraba tan fijamente. La había imaginado mucho más alta y dura, como las mujeres de su tierra, pero allí estaba, una jovencita de la misma altura que Ayr, con unos ojos de un color indefinido entre el verde y el castaño que parecían no parpadear al mirarlo. En conjunto su rostro era hermoso, pero sobre todo irradiaba inocencia, toda inocencia y virtud, menos su cuerpo envuelto bajo una capa que no disimulaba la voluptuosidad de sus curvas.

—Sí, soy yo —consiguió articular Erin atemorizada. Al fin y al cabo, dependía de la voluntad de aquellas personas. Si querían, podían matarla sin explicaciones. Iain la hacía sentir insegura, la anterior confianza con Ayr y Brian se había desmoronado con la llegada de él y su presencia aterradora.

Edward sonrió a la pequeña irlandesa, acababa de levantar la barbilla con el mismo gesto que hacía su esposa cuando algo la enfadaba y atemorizaba al mismo tiempo. Erin había caído subyugada por el carácter de Ayr.

—¡*Laird!* —gritó Brian a la carrera. Cuando se detuvo, las dos mujeres fueron testigos del miedo del joven escocés al enfrentarse a Edward. Él avanzó hasta el muchacho y lo palmeó con afecto en el brazo mientras Iain le revolvía el cabello.

—¡Bien hecho, muchacho! Las has cuidado muy bien —dijo Edward—. Luego hablaremos de tus lealtades hacia tu *laird* y de la confianza —rugió arqueando la ceja.

A Edward no se le escaparon las condiciones en las que estaban los tres: sucios, hambrientos y con marcadas manchas violáceas bajo los ojos. Se crispó al pensar que habían ascendido por los acantilados. Más tarde les echaría un vistazo a las heridas de las manos de Ayr, cuando estuvieran solos, para no herir el orgullo de su mujer.

—Tenemos un refugio. Erin conoce muy bien esta zona y nos guía hasta su hogar, el castillo de Dunluce —afirmó Brian henchido de orgullo.

—¿Os habéis cruzado con patrullas? —preguntó Iain—. Hemos visto dos de soldados ingleses. La buscaban a ella —señaló a Erin sin mirarla.

La primera impresión sobre aquel escocés moría por instantes. Su andar enérgico y su forma de quedarse aislado, aunque caminara al mismo ritmo que los demás, la hicieron desconfiar de él. Se centró en escucharlos hablar

mientras caminaban hacia el refugio en el bosque. La dejaron atrás sin darse cuenta, como debía ser, para pasar desapercibida. Observaba cada movimiento y cada sonrisa de Ayr cobijada bajo el brazo de su esposo. No era dada a sentir envidia, pero al ver cómo Edward y ella se miraban con amor una punzada le golpeó el corazón. Observó cómo Iain, el rudo escocés, al igual que ella, los miraba furtivamente, en concreto a Ayr, que se dio la vuelta como si comprendiera que ella la observaba en silencio y la llamó.

—Erin, ¿qué haces ahí atrás? Ven —la dijo con ternura y la ofreció su mano.

Erin se enterneció por aquel gesto que la incluía en aquel grupo de amigos. Anduvo más deprisa para mantenerse a la misma altura que ellos con una sonrisa en los labios, tratando de olvidar al escocés, que como una sombra la vigilaba.

Al llegar a la cueva, Brian avivó el fuego y Erin se apresuró a ayudarlo con la cena mientras sentía los ojos azules de Iain sobre ella. Empezaban a cansarla su tono despectivo y su permanente ceño fruncido, ¡como si ella tuviera la culpa de que él estuviera en una cueva perdida del Ulster! Prefirió ignorarlo y observar a Ayr, que le contaba a Edward en voz baja, entre risas y con amplios aspavientos, cómo habían escapado del barco. Aunque el inglés no parecía muy cariñoso, lo vio abrazarla cuando le contó que Brian las había arrojado por la borda. A Erin le recordaban a sus padres, cómo se miraban y compartían confidencias. Añoraba su hogar, deseaba un amor así para ella, como esas hermosas historias de los bardos en las que el maravilloso guerrero salvaba a la princesa irlandesa de cabellos rojos. Un guerrero como aquel, que la miraba ceñudo y la evitaba. Sin saber de dónde había salido ese tonto pensamiento, negó con la cabeza mientras la realidad se imponía entre sus pensamientos. Era terriblemente egoísta por creer en esas historias, por haber escapado de Carrickfergus y de su destino. A esas horas su padre estaría pudriéndose en un calabozo, o incluso muerto, y ella pensando en tonterías. Debía conducirlos a Dunluce lo antes posible.

—¡Vas a quedarte ahí pasmada o vas a ayudarnos, irlandesa! —bufó Iain.

Erin levantó la vista y se encontró al escocés ante su rostro. Sus ojos del color del mar destilaban ira, sus pupilas dilatadas por la cercanía del fuego de la hoguera le daban miedo, hasta que su boca se perfiló en una mueca de disgusto por la cercanía entre ambos.

A Iain le incomodaba cómo aquel duendecillo irlandés lo miraba con fijeza, sin parpadear. Normalmente las mujeres no se atrevían a hacerlo al ver su

fiera mirada, pero a Erin no parecía importarle, tampoco cuando se dirigía a ella de aquella manera ruda. Sin desearlo, Iain miró sus labios entreabiertos, rosados, suaves y llenos. Los pómulos de la muchacha se arquearon para formar una tenue sonrisa, tímida y preciosa. Iain estaba tan cerca que sentía su aliento. Se retiró al momento, molesto, con un brusco movimiento, sin saber qué le había pasado ni cómo estaba tan cerca de su rostro.

Erin parpadeó confusa y sintió cómo se sonrojaba. Por un momento había pensado que iba a besarla y se quedó mirándolo, sin responder a su pregunta. Seguro que pensaba que era tonta o algo peor. Vio cómo Iain suspiraba con resignación, cogió su *plaid* y, tras cubrirse con él, salió de la cueva hacia la oscuridad de la noche. ¿Por qué la odiaba tanto? Ayr había sido testigo de su bochorno y le indicó con un movimiento de hombros que no lo entendía.

—Erin, mantente lejos de él, será mejor que no le molestes —le sugirió Ayr a modo de advertencia.

Erin bufó, se armó de valor y cogió otra manta para seguirle al exterior.

Lo encontró recostado, de pie contra un árbol y los brazos cruzados. Había dejado de llover y la luna iluminaba su figura quieta. Al escucharla llegar emitió una protesta y giró la cabeza para hacerla retroceder. Erin trató de obviar su rechazo inicial e ignoró su postura al girarse. Se plantó frente a él, con los brazos cruzados.

—¿Qué te he hecho para que me trates así y me mires con tanto desprecio? —le preguntó.

Iain la miró un segundo y cambió el pie de apoyo para alejarse de nuevo de ella. Había necesitado de todo su valor para seguirlo y hacer esa pregunta y él no tenía intención de contestarla, así que se acercó más al ceñudo escocés.

—No te des importancia, pelirroja, te miro como a cualquiera. Ayr dice que debes estar aquí y por eso lo acepto, nada más —dijo al fin Iain.

—No te gusto por alguna razón infantil, pero con evitarnos bastará, no hace falta ser desagradable.

Iain sonrió con sarcasmo ante aquella niña consentida. Era la típica muchacha que gustaba a todo el mundo y no entendía por qué alguien la ignoraba.

—No tienes ni idea de lo que es ser desagradable, muchacha.

—¡Claro que lo sé!, y tiene un nombre: Iain Tye.

Tras su afirmación se dio la vuelta, agitando su cabello con el movimiento, la espalda recta y el mentón levantado. ¡Pero qué le pasaba a aquel escocés

idiota! Nunca nadie le había hablado así. Por el contrario, la gente la apreciaba y en su hogar los hombres disfrutaban con su conversación. No se consideraba una belleza, ni tremendamente elocuente, pero nadie la hacía de menos como ese orgulloso escocés. ¡Que se fuera al diablo! Como maldecirían sus hermanos.

Iain la vio desaparecer y suspiró aliviado. Si ella hubiera dado tan solo un paso más, habría enterrado sus manos en ese cabello cobrizo y la habría besado hasta recorrer con su lengua cada recoveco de su boca. Esos labios lo estaban volviendo loco, y también ese pelo, que podía envolverlos a ambos mientras se movían con una suave cadencia, unidos. El dolor que sintió le hizo recuperar la compostura. Debía odiarla, era la hija de Sorley Donnell, un escocés que contrataba mercenarios y alentaba la lucha irlandesa en su propio beneficio, el hombre que había alquilado su ejército a Héctor, su antiguo amigo que casi destruye Both, su hogar. ¿Y su hermano? Alistair había sido capturado por Héctor con ayuda de los Donnell.

Iain volvió a la cueva cuando se aseguró de que todos estarían dormidos, cuando pudo controlar la furia que crecía dentro de él y no tuvo que enfrentarse a la mirada fija de Erin.

Capítulo 5

Un mensajero entró a caballo en palacio, atravesó el patio de armas, desierto a esas horas. Enseguida un mozo de guardia en las caballerizas reales cogió las riendas de su caballo. El muchacho arrugó la nariz, debía de oler a muertos después de cabalgar sin descanso desde la costa. Sus pasos resonaban en el silencio de la noche, sobre los adoquines de piedra. En el primer puesto de guardia no lo detuvieron, lo conocían de sobra. Era un privilegiado, uno de los pocos elegidos que podían atravesar el castillo de Windsor sin dar explicaciones.

Atravesó el segundo patio, más pequeño y limpio, hasta dirigirse al edificio central. A pesar de haber pasado las últimas horas a caballo, subió los peldaños de la estrecha escalera de piedra de dos en dos y se detuvo ante un largo corredor con puertas ojivales de madera a ambos lados. No había nadie a esas horas, excepto un guardia que paseaba al fondo del pasillo. Al verlo se dio la vuelta con miedo, como si nunca lo hubiera visto. Contó las puertas. Al llegar a la quinta de su derecha, sin ninguna marca que la diferenciara de las demás, se detuvo. Llamó tres veces y entró sin esperar respuesta. Al pasar a la austera estancia, el calor le golpeó el rostro y se quitó la capa cubierta de barro y polvo.

Unos ojos negros lo observaron desde el butacón finamente tallado donde descansaba. El hombre lo miró alerta y le invitó a sentarse sin más preámbulos.

—Entra, muchacho —le dijo el hombre con su peculiar voz ronca que advertía de su presencia en cualquier estancia.

Nunca lo llamaba por su nombre, Thomas, el que su madre le puso al nacer, solo tenían apodos por alguna característica física, en su caso solo “chico”. Era el más joven de todos sus espías y ni siquiera se había ganado un buen

mote.

Le hizo una reverencia antes de sentarse, puesto que él no hizo amago de levantarse, era sobradamente conocido por todos que le costaba moverse debido a una herida en la espalda que lo había apartado del ejército.

—No hay tiempo, lord Walsingham —se atrevió a decirle.

—La reina Isabel está en sus aposentos durmiendo, hay tiempo de sobra hasta que despierte. ¿Qué me traes, chico? —preguntó intrigado el jefe de espías de la reina.

—No puede esperar, es un mensaje urgente —le interrumpió de manera atrevida.

Nadie contradecía a lord Walsingham, y el anciano lo miró con reproche.

—Perdonad, mi señor, pero es un mensaje de Escocia, del clan Tye. Es de Edward Aunfield.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —le recriminó el lord—. ¡Vamos a despertar a la reina! —dijo, llamándole con las manos para que lo ayudara a levantarse.

Corredor tras corredor atravesaron las desnudas paredes de piedra gris de las galerías del castillo hasta llegar a un estrecho acceso que daba paso a los aposentos reales. Los guardias una vez más desviaron la vista, fingiendo no verlos al pasar entre ellos. Chico sonrió; le gustaba aquel trabajo que tenía el poder de abrir las puertas más seguras de Inglaterra con su sola presencia. Admiró las paredes cubiertas de tapices y encaladas, los finos muebles y las piezas de orfebrería. Entre ellas, huecos vacíos mostraban que algunas piezas habían desaparecido desde la época del padre de la reina, Enrique VIII. El rumor de que la reina estaba en la ruina para costear la enorme flota inglesa parecía ser cada vez más cierto. Su consejero, lord Cecil, aseguraba que nunca habría suficientes barcos para proteger el territorio inglés.

Rodearon la sala del trono y se encontraron con dos soldados, que los miraron de arriba abajo con una sonrisa.

—Llamad a la reina —rugió Walsingham.

Ambos sonrieron a la par, como si lo practicasen a diario.

—Perdonad, milord, pero no lo haremos —dijo el moreno.

—Pero ¿qué...?

—Tal vez deberíais hablar con lady Catherine primero —sugirió el otro guardia.

—O con el secretario de la reina, lord Cecil —dijo de nuevo el soldado

moreno.

—¡Esto es de locos! Si no llamáis a esa puerta, lo haré yo. —Volvió a rugir Walsingham con su voz áspera.

El chico rio a su espalda. Nadie se atrevía a desobedecer a su majestad ni siquiera ante la furia del lord.

Tras ellos, lord Cecil sonrió mientras contemplaba la escena. Otra noche más que pasaba en palacio, atendiendo los asuntos de estado, hasta que había escuchado esa voz ronca que le ponía los pelos de punta. Prefería bregar con españoles, franceses e irlandeses a vérselas con Walsingham y sus turbios asuntos de espionaje. Sabía que se hacía viejo, su barba negra ya se ponía cana y sus arrugas ante el espejo crecían a la par que las de la reina. Ambos envejecían a marchas forzadas.

—¡Ah, lord Cecil! —bramó Walsingham al percatarse de su presencia—. Alguien cuerdo en este sitio lleno de tontos y locos.

—Amigo Walsingham —dijo con ironía Cecil—. Vos, que no teméis a nada, ¿dudáis en llamar a la puerta de la reina en mitad de la noche? —Rio con ironía. Obtuvo un gruñido por parte del otro y los soldados rieron. Chico asistía a aquella reunión estrujando nervioso la misiva.

Lord Cecil, demasiado cansado de los tejemanejes, ni preguntó qué hacían discutiendo en la puerta de los aposentos de la reina. Sería gracioso achuchar a su majestad un poco, ya que últimamente, después de la ejecución de María de Escocia, estaba demasiado confiada. Golpeó la puerta con fuerza. Ante la sorpresa de todos, se abrió al momento, lo que le dijo que ella ya iba a abrir ante los gritos de Walsingham.

Lord Cecil retrocedió y todos menos los guardias se inclinaron, mientras retrocedían en una reverencia. El guardia moreno cerró la puerta en cuanto ella salió para proteger a la oscura figura que todos divisaron en la cama.

—¡Sacad todos las cabezas de entre las piernas y decidme a quién colgar por venir a mis aposentos a estas horas!

El mensajero levantó la cabeza hacia la reina, vestida con una bata carmesí del color de su pelo. Su piel blanca contrastaba con el matiz rojo de su cabello, pero fueron sus ojos ámbar los que atrajeron su atención. El extraño color de una gema al que no hacían justicia los retratos que había visto. Parecía pálida y en extremo delgada, pero desprendía tal aura de poder que su mirada atemorizaba.

—Majestad —saludó Walsingham, que ante ella siempre se hacía pequeño,

a pesar de su enorme envergadura; hasta su voz áspera bajaba varios tonos al hablar—. Un mensajero, mi reina.

—¿Y creéis que merece mi atención y despertarme en mitad de la noche? Esperad, como siempre, a la mañana.

Pero no había acabado de decir la última palabra cuando, al ver el semblante de lord Cecil, le hizo una seña para que le acercara el pliego que un muchacho llevaba entre las manos. Abrió el papel y al momento su mirada se cruzó con la de su consejero.

—Es de Escocia, majestad, de Edward Aunfield —dijo Walsingham. Solo él, habituado a duros interrogatorios, percibió cómo las pupilas de la reina se dilataban con miedo y sus labios exhalaban un suspiro.

—Salid todos menos los lores —ordenó.

Los guardias dudaron, pero una mirada suya bastó para que salieran con rapidez de la antecámara.

Los tres, la reina, Walsingham y lord Cecil se quedaron solos. Nadie más, aparte de ellos, sabía el tesoro que su majestad guardaba en Escocia. Un secreto de tales dimensiones que se habría convertido, de saberlo sus enemigos, en la piedra sobre la que Isabel sostenía su poder en Inglaterra.

—Habla —ordenó al consejero que leía la misiva.

Al pasarle el escrito, él vio cómo las manos de su reina temblaban hasta que, para ocultarlo, las apoyó en los brazos del butacón. Ella los invitó a sentarse con templanza y la miraron sorprendidos. Los tres butacones estaban a la misma altura, algo que Isabel nunca permitía, pues ella siempre debía estar más alta que los demás, incluso en privado.

—Edward Aunfield afirma que lady Ayr y él se dirigen hacia Irlanda, a Carrickfergus, al norte de la isla. Walsingham, ¿sabías esto? —preguntó Cecil moviendo el papel arriba y abajo—. Nos pide que intercedáis ante el duque de Dressex, no quiere crear un conflicto entre Escocia y los ingleses dando pie a que les tomen por espías. Que no intervenga hasta que la encuentre... Como si ese idiota hiciera caso...

La reina agarró el reposabrazos con los nudillos blancos.

—¿Me pide o me ordena? Edward Aunfield me ordena que me quede quieta y no mande a Dressex a por ellos. ¿Cómo ha acabado ella en Irlanda?

—Aunfield sabe nuestra situación en el país y la matanza de irlandeses que se está cometiendo. Si supiera que el *laird* del clan escocés más importante del norte, que en realidad sí es un espía nuestro, y Ayr, están allí, sería la

excusa perfecta para arrasar el norte y a los Donnell. Diría que conspiran contra vos, tened en cuenta que nadie sabe de vuestra verdadera relación con la muchacha.

—No hay fecha en el documento. —Pensó en voz alta Walsingham.

Cecil miró a la reina, siempre se había mostrado cauta. Esperaba que Dressex sofocara la rebelión en Irlanda sin demasiado derramamiento de sangre. Ella no deseaba una matanza, pero la preocupación que mostraba su rostro le asustaba.

—Ordenad a mi capitán Nollys que prepare los barcos, parte hacia Irlanda.

—¿A invadirlos? —gritó Walsingham.

—No, ¡por Dios! —contestó irritada la reina—. Traedme a Dressex, es peligroso. Le di la oportunidad de casarse con Erin Donnell, la hija de nuestro enemigo, y no lo ha conseguido. Con Ayr en Irlanda lo más probable es que nos traiga problemas.

—Ella nunca dirá nada, Edward la mantendrá segura.

—Ante determinadas circunstancias todos podemos confesar —gruñó Walsingham.

La reina permaneció pensativa. Los errores de su pasado volvían para amenazarla cuando todo parecía estar tranquilo.

—¿Y Drake? Es ahora el comandante de vuestra armada —dijo Cecil con una sonrisa ladina.

—No te preocupes, Cecil, a él se lo diré yo misma —afirmó, enfrentándose a los ojos de su consejero—. Estoy pensando darle el gobierno de Irlanda y permiso para que tome el mando.

Walsingham enrojeció. Ya sabía quién esperaba a la reina en sus aposentos.

Capítulo 6

Las primeras luces del alba despertaron a Edward, apenas unos débiles rayos de luz se filtraban hasta la cueva donde estaban. Apartó con cuidado el cuerpo de Ayr entrelazado con el suyo y sonrió. Ella parecía muy joven e inocente cuando dormía, su rostro sereno era tan hermoso que no pudo evitar rozarle la mejilla con sus labios. Se separó para no despertarla o más bien para evitar que su propio cuerpo reaccionara ante su cercanía. Dormir a su lado había sido una tortura, sentir sus cálidos y plenos pechos contra su torso, tener tan cerca ese cuerpo que tanto deseaba y no poder poseerlo allí mismo.

Salió con sigilo. Al menos ya no llovía, pero el sol se cubrió al momento con nubes negras. El bosque amanecía con el sonido de los animales y el viento soplaba entre los árboles. Nunca imaginó la belleza de Irlanda que tanto se parecía a Escocia, quizá esta tierra era algo más árida y golpeada por los fuertes vientos. En otro tiempo debió de ser rica y fértil, pero ahora sus campos estaban quemados y deshabitados a causa de los estragos de la guerra. Preferiría morir a ver cómo le sucedía lo mismo a Escocia.

Vio a Iain avanzar hacia él. Por sus ojeras supo que había permanecido toda la noche despierto, haciendo guardia. Normalmente lo hubiera hecho en su lugar, nunca les pedía a sus hombres que hicieran algo que no estaba dispuesto a realizar él primero, pero necesitaba estar junto a su esposa. Necesitaba la respiración de Ayr para volver a sentirse vivo. Cuando ella no estaba a su lado, sentía que le faltaba su parte más humana, el frío soldado y hombre que fue una vez se adueñaban de él. Necesitaba la calidez de su sonrisa y sus ojos ámbar para respirar cada día como un enfermo su medicina.

—¿Ha habido algo extraño? —le preguntó a Iain.

—Nada. No se ha acercado nadie en millas, pero a partir de ahora será más complicado, a medida que nos acerquemos a Dunluce. No me gusta tener

detrás de nosotros a media guarnición inglesa y al clan Donnell por culpa de esa chica.

—¿Qué te pasa con Erin? No tiene la culpa de haber estado en el mismo barco que Ayr. Mi mujer le ha cogido mucho aprecio.

Iain se sintió como si el inglés hubiera resaltado a conciencia las palabras “mi mujer”.

—No me gustan la chica ni su padre. ¿No te parece mucha casualidad que estuviera en el mismo barco que Brian y Ayr? ¿Y si nos entrega a los ingleses a cambio de Donnell? ¿Sabes que lo tienen preso en Carrickfergus?

—¿Y qué ganarían ellos? Nadie sabe quién es Ayr. Además, envié un mensaje a Londres para advertirlos. La reina contendrá la lucha y a Dressex, no quiero quedar atrapado en una guerra con Ayr aquí.

Erin contuvo el aliento. No pretendía espiarlos, pero había sentido ganas de aliviarse, y al escuchar sus voces se había acercado con sigilo. ¿Quién demonios era Ayr? ¿Alguien tan importante como para que la reina inglesa parara su guerra? No comprendía nada, excepto que ponía en peligro a la mujer que le había salvado la vida. No estaba bien lo que hacía, pero no le quedaba más remedio. Volvió a mirar entre los matorrales y vio al inglés solo.

—¿Se puede saber qué haces ahí escondida? ¿Nos espías?

Erin estuvo a punto de caer sobre las zarzas a causa del sobresalto. Iain la agarró del brazo y la levantó con brusquedad.

—Estabas espionando, no me fío de ti, irlandesa. ¿Qué has oído? —la interrogó Iain con ese rostro amenazante que mostraba siempre al hablar con ella. Vio una mirada culpable de Erin y la sacó en volandas hacia el claro donde Edward esperaba.

—Yo no pretendía... Salí a aliviarme y no os vi. —Gimió Erin intentando zafarse de la garra del escocés—. Me haces daño, Iain.

Iain la contuvo contra su cuerpo y fue dolorosamente consciente de sus caderas moviéndose contra él, del roce de su pecho al revolverse. La soltó de golpe, como si el solo contacto con ella le asquease.

Edward lo observó sorprendido, nunca había visto actuar al escocés así. Podía ser un poco rudo, pero nunca desagradable. Tal vez él tenía razón y la chica ocultaba algo. Fue el primero en darse cuenta de lo que ocurría. Una flecha atravesó el aire entre los tres, rasgando el aire con fuerza ante sus rostros. Vio a Ayr entre la maleza, aún sosteniendo el arco entre sus manos con una mirada angustiada en sus ojos. Frente a ellos, un hombre oculto entre los

ronzales cayó con la flecha clavada en el pecho.

—¡Maldita sea, Ayr! —gritó Edward—. ¿No puedes avisarnos o gritar? —la regañó, como si fuera una niña que se había comido el postre sin permiso. Sabía que tenía mejor puntería con el arco que ellos dos juntos, pero si alguno se hubiera movido estaría ahora muerto en lugar del soldado.

Iain le dio la vuelta al cuerpo y comprobó los alrededores. Ayr comenzó a ver cómo la sangre del muerto se extendía por la pechera. Comenzó a sentir en los oídos el latir de su corazón mientras miraba la flecha que sobresalía del pecho del soldado de camisa amarilla. Edward la apartó. Nunca comprendería cómo era capaz de defenderse así y luego caer redonda al ver la sangre.

Le dieron un poco de whisky de la petaca de Iain para que se tranquilizara.

—Tenemos que salir de aquí enseguida —dijo Iain—. Parece un explorador, sus amigos no estarán lejos. —Les señaló una espada corta que los irlandeses usaban para lanzar a sus adversarios y le dio una patada al cuerpo sin vida—. Estaba preparado para usarla contra nosotros.

—Es un *redshank* —afirmó Erin.

—¿Estás segura? —preguntó Iain.

—Mi padre los somete a entrenamiento, son mercenarios que luego vende a otros clanes y en ocasiones a los ingleses. Se distinguen por esas camisas amarillas que llevan.

Y su voz se fue apagando a medida que notaba la atención de los demás sobre ella. Supo al momento que Iain no era el único que despreciaba a su padre. Ella, que siempre lo había visto como un héroe, al igual que sus compatriotas, no comprendía a aquellos escoceses. Quizá no sabía nada del mundo más allá de los muros de Dunluce, pero era su padre y lo defendería hasta la muerte.

—Voy a llevar a Ayr al refugio y nos iremos enseguida de aquí —ordenó Edward.

—No decidiréis sobre nosotras sin estar presentes —dijo Ayr con tono firme.

Iain y Edward se miraron y asintieron.

—Buscan a dos mujeres y a un muchacho. Si tenemos detrás a una guarnición de mercenarios e ingleses debemos separarnos para tener una oportunidad de llegar vivos a Dunluce. Pasaremos más inadvertidos yendo por separado.

—¡Lo que deberíamos hacer es volver a la costa, dejar a esta irlandesa y

buscar a mi hermano! —gritó Iain.

Edward, con Ayr aún apoyada sobre él, lo enfrentó:

—¿Qué demonios te pasa, Iain? —susurró Edward—. La irlandesa no llegará muy lejos sola, hablas con una ira indigna del hombre que conozco.

—¿Y tú? —dijo Iain enardecido—. ¿Por qué estás aquí? ¿Para buscar a Alistair? No habrías venido si la reina no te hubiera enviado a matar a Héctor y a aniquilar a los Donnell. Eres un maldito espía inglés.

Edward retrocedió. Nadie, ni siquiera Ayr, sabía eso, Iain había leído sus cartas personales, las que la reina le hacía llegar a través de una intrincada red de espías.

—Eso no puede ser cierto —susurró Erin, a la que ambos habían olvidado en mitad de su discusión—. Héctor traicionó a mi padre y lo entregó a los ingleses, él sí merece morir. Pero ¿por qué aniquilar a mi clan? Somos escoceses... —susurró, perdida por el alcance de lo que aquellos hombres sabían.

Ayr se apartó de su marido, Iain nunca mentía.

—¡Callaos los dos! —los interrumpió con un grito. Ambos se avergonzaron ante ella por diferentes motivos—. La razón da igual en este momento, Erin se queda con nosotros —dijo Ayr con firmeza. La sospecha empezó a crecer en su mente y a rasgar su corazón. Edward seguía siendo el espía de la reina. Mientras Iain y ella buscaban a Alistair, el inglés lo hacía por Isabel. Respiró hondo mirando fijamente a Edward, ya habría tiempo de discutirlo una vez a salvo—. Lo importante es llevar a Erin con su familia, luego los tres buscaremos a Alistair y discutiremos lo que queráis.

Iain se pasó una mano por el cabello y miró el cuerpo inerte cerca de ellos.

—Está bien —consintió, incapaz de soportar la mirada dolida de Ayr—. Llevaré a la chica a su casa y después seguiré mi propio camino. Iré con Brian y la irlandesa y nos encontraremos en Dunluce.

Edward lo miró con sorpresa. ¿No con Ayr? Hacía un tiempo, aunque fuera una tontería, Iain lo hubiera propuesto. Ayr se acercó al cuerpo del mercenario, se agachó y recogió las plumas de su flecha para no dejar rastro alguno. Sintió que los ojos la abrasaban por las lágrimas de culpa. Había matado un hombre, aunque fuera en defensa de los que amaba.

Su marido se acercó para comprobar que estaba bien y la cogió por el brazo. Se apartó de él enseguida, como si su contacto la horrorizara. Sin mirarlo, Ayr regresó al refugio. Había apoyado a Edward en su discusión,

pero no podía perdonar que le ocultara sus mensajes con la reina. La duda se abría paso en ella. Su firme amor por él y ahora también desconfianza. ¿Y si él se había casado con ella por orden de Isabel? No podía ser, Edward la amaba. ¿No?

Erin abrazó con fuerza a Ayr, no quería separarse de ella, aunque comprendía las razones que los llevaban a sugerirlo. Todos juntos llamaban demasiado la atención, era imposible que tres guerreros como Edward, Iain y Brian pasaran desapercibidos para los ingleses. No le agradaba poner su vida en manos de Iain cuando una hora antes había mostrado su preferencia por dejarla abandonada en una loma y seguir su camino, pero no la quedaba otra opción, al menos delante de Brian no sería capaz de cumplir sus amenazas.

—Erin —dijo Ayr—. Toma mi daga y, si es necesario, úsala como te he enseñado, tu vida puede depender de ello.

La irlandesa sostuvo en sus manos el arma. La empuñadura de plata estaba finamente labrada con un dragón enfrentado a un león y la inscripción: *Semper Aedem. Siempre la misma*. El emblema de Isabel de Inglaterra.

—No puedo aceptarla, Ayr, debe de ser muy valiosa.

—Sí puedes, Erin, es posible que te abra algunas puertas, me la devolverás en Dunluce —afirmó con una sonrisa, y apretó la empuñadura entre sus manos con cariño—. Confía siempre en Iain. Debajo de esa dura corteza hay un gran hombre.

Ayr se giró para enfrentar el momento más duro, abrazó a Brian y le revolvió el pelo con cariño. Iain la miró con una advertencia en el fondo de sus ojos azules; no quería que lo abrazara. Lo ignoró a propósito y le rodeó el cuerpo con sus brazos. Apenas le llegaba a la barbilla y apoyó la cabeza en su *cotum* de cuero, a la altura del pecho.

—Iain Tye, recuerda —le dijo a modo de advertencia—: honor, deber y familia. Cuida de ellos.

Él la separó sin remilgos como si tuviera la peste. Ayr le sacó la lengua en un gesto infantil y no tuvo más remedio que esbozar una leve sonrisa para ella. La mirada tensa del inglés lo traspasó y las palabras escaparon de sus labios sin pensar.

—Si algo le ocurriera a Ayr, te mataré. No la metas en tus juegos de política.

—Es mi esposa, más te vale recordarlo. Lo que haga con mi mujer no es cosa tuya —respondió Edward ofendido.

Iain dio un paso hacia él, apretando los puños, y el inglés se mostró impasible. Que le pegara, estaba deseando una buena pelea para mitigar el mal carácter del escocés. Brian se obligó a toser para aliviar la tensión entre los dos. Ayr los miró enfadada y Edward hizo lo que mejor dominaba, aparte de la espada; ejerció su innato encanto. Sonrió sin resentimiento y obligó a Iain a cruzar su antebrazo con el de él en señal de amistad. Tal vez su buen gesto mitigara el enfado de su mujer.

—En Dunluce, escocés.

—En Dunluce, inglés —contestó Iain.

Erin suspiró aliviada cuando ambos cruzaron su despedida con cordialidad. Entre ellos había algo que se le escapaba. Y estuvo preguntándose qué sería cuando comenzaron a caminar hacia el sur. La espalda de Iain era lo único que veía delante, andaba con ligereza y destreza, a pesar de su enorme altura y su fornido cuerpo. Los músculos de sus piernas desnudas bajo el *kilt* se tensaban y expandían. Edward y Iain, pese a ser dos guerreros tan diferentes, tenían muchas cosas en común, como velar por Ayr. Ella tenía suerte de poder contar con ambos. Entonces al fin lo comprendió, como si un centenar de nubes se apartaran para dejar paso al sol que iluminó su mente. Iain estaba enamorado de Ayr, de ahí venía la enemistad entre los dos guerreros.

—¡Vamos, irlandesa! ¿No me harás tirar de ti hasta Dunluce, ¿verdad? —gruñó el escocés.

Sin darse cuenta se había parado en seco y, al no oírla caminar tras él, Iain se había girado a esperarla. Reanudó la marcha con fastidio al verla mirarlo con estupor. Si tenía que aguantar a la irlandesa, más le valía dejar de mirarle así, como si cada vez que lo hacía lo traspasara con sus pensamientos.

Erin corrió hasta alcanzarle y Brian le sonrió a modo de disculpa.

Caminaron sin descanso y a media mañana alcanzaron una pequeña población de apenas diez casas. Iain buscó una posición desde la cual ver el pueblo y se apostó tras unas rocas. Los hizo agacharse con un gesto rápido.

—Brian, ve por la derecha, rodea los árboles. Hay que asegurarse de que no hay ingleses en los alrededores.

El muchacho asintió y se deslizó entre los robles, rodeando la formación rocosa. Iain observó en silencio el camino central que llevaba hacia el pequeño pueblo, varios hombres y mujeres trabajaban en los campos, todo parecía tranquilo. En el camino que separaba las casas, unos niños correteaban entre agudos gritos. Un viejo Broch irlandés asomaba entre una

arboleda, la torre tenía el tejado semiderruido y parecía abandonada. Seguramente los aldeanos debían de utilizarla como almacén en invierno. Apartó la vista y vio un grupo de caballos sin montura. Se preguntó cómo unos simples granjeros podían permitirse mantenerlos. A la derecha, una mujer cargada con una cesta ascendió la cuesta hacia el Broch. Siguió con su mirada la sofocada ascensión de la mujer. Fue entonces cuando algo en la torre llamó su atención. Buscó a Brian, que ya se encontraba junto a los caballos para hacerse con, al menos, dos para ellos. En la ventana de la torre, una bandera se agitaba sujeta a un postigo de una de las ventanas inferiores. Era una bandera inglesa.

—Iain, mira la torre, hay una bandera inglesa. ¿Crees que habrá soldados dentro? Brian corre peligro. ¿No sería mejor bajar con él?

Iain dio un respingo. No se había percatado hasta ese momento de que la irlandesa estaba agachada junto a él entre las rocas. La miró, sorprendido porque se hubiera dado cuenta de un detalle que él casi pasa por alto.

—Yo doy las órdenes. Brian estará bien.

Erin intentó no mirarlo. Sabía por su expresión que le molestaba cuando lo hacía, pero no pudo evitar hundirse en aquellos ojos azules, del color del mar, abiertos por la sorpresa. Admiró el perfil de Iain, su pelo más corto por delante le caía sobre los ojos ocultando su perpetuo ceño fruncido. Sin poder evitarlo, Erin llevó su mano hasta tocar el mechón y apartarlo de su cara, lo retiró de la frente hacia un lado. Ante ese tierno gesto infantil él se quedó quieto, sin respirar ante su contacto. La vio enrojecer y retirar su mano, avergonzada por lo que acababa de hacer, y Iain sintió el rastro de calor que ella había dejado bajo su piel. La agarró de la muñeca en un solo movimiento, deseando retener para sí aquella inocente ternura que hacía tiempo no sentía. En realidad, nunca dejaba que nadie lo tocara y no sabía cuánto tiempo había pasado desde que alguien le dirigía un gesto con tal inocencia.

La muchacha contuvo el aliento, asustada. Iain producía en ella una mezcla de atracción y miedo, no a que le hiciera daño de manera física, sino al dolor que le producían sus desaires. El escocés no le soltó la muñeca, sino que con su pulgar trazó una caricia que empezó en la palma de su mano hasta el brazo, atrapado por la suavidad de su tacto. Hacía tiempo que nadie le inspiraba tanta ternura.

Le miraba con fijeza los labios entreabiertos hasta que el pecho de Erin comenzó a palpar, se hinchó y expulsó el aire con dificultad ante el escrutinio

de los ojos de Iain.

—Lo siento —balbuceó la irlandesa con temor a que él se burlara de su gesto de cariño. Sintió deseos de gritar ante la intensidad de su mirada. Era difícil percibir en aquel rostro lo que le pasaba por la mente al escocés.

Iain se acercó hasta casi rozar su frente con la suya. ¿Qué le pasaba con aquellos labios? ¿Por qué ejercían sobre él una poderosa atracción? ¿Qué mierda le pasaba a esa chica? ¿Es que no podía dejarle en paz? Ni siquiera veía el peligro delante de sus narices. Debía alejarse de él y no hacía más que acercarse una y otra vez como si no viera al hombre que era.

A pesar de sus furiosos pensamientos, imaginó esos labios, posados en una parte de él, arrancándole gemidos de placer. Con la mano libre la cogió de la nuca y la acercó con fuerza contra su boca. En el momento en que la besara se olvidaría de esa tonta sensación de deseo y, al momento, ella se alejaría de él, asustada. Sintió el calor que emanaba Erin por todo su cuerpo, presionó sus labios y un sabor dulce y suave arrasó con su determinación. Recibió un latigazo directo desde la boca al resto de su cuerpo, una sensación de bienestar que calmó su furia. Introdujo la lengua en la boca de la irlandesa con dureza, empeñado en demostrarle que debía dejarle en paz, y sintió cómo ella gemía en lugar de apartarse asustada. Le respondía con la misma salvaje determinación, sin atisbo de miedo.

Erin creyó estar en el cielo. Nunca la habían besado así, sí algún beso robado de algún muchacho de la aldea, pero nunca con esa pasión desbordada que sentía junto a Iain. Sintió las manos del escocés descender por el cuello, delinear sus hombros y cernirse sobre sus pechos. Deseó pararlo. ¿Y si era un pretexto para luego poder avergonzarla con su desdén?

La piel suave y lisa de Erin olía a lavanda. Iain sintió como si se deslizara por una colina sin poder detenerse y hundió los dedos en el escote del vestido de la irlandesa, intentando liberar su pecho deshaciendo los cordones y los lazos que la aprisionaban. Erin respondía con jadeos. Se atrevió a tocar los brazos de él, encontró la dura masa de sus músculos, exploró su torso entre la abertura de la camisa. Los férreos músculos del escocés contrastaban con la suavidad de su piel y el olor a jabón que desprendía su cuerpo. ¿Qué hombre olía así después de pasar toda la mañana andando entre el fango? Iain la sacó de sus pensamientos, apartándola con brusquedad, y cayó sentada sobre el suelo.

Erin quiso gritarle. Lo sabía, lo había hecho por alguna oscura razón, para

avergonzarla.

—Sssh —dijo él. Entonces Erin también los oyó. Alguien se acercaba.

Un pequeño grupo de cinco ingleses apareció ante ellos. Erin se levantó. No sabía quién estaba más sorprendido, si ellos o los soldados que, uno a uno, se fueron colocando en paralelo con sus uniformes impecables y sus espadas en alto.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el que parecía estar al mando y llevaba los galones.

Iain sonrió, lo miró como si el inglés fuera idiota y señaló a Erin con la cabeza.

—¿Qué creéis que hacemos aquí? —se burló Iain con una carcajada.

Los soldados se relajaron y bajaron sus armas, dándose algún que otro codazo. La irlandesa sintió sus miradas escrutándola de arriba abajo con lujuria. Iain intentó llamar la atención de los hombres riendo de forma exagerada y la cogió de la cintura como si fuera su amante.

—Si me dejáis, quisiera acabar con el asunto que teníamos la dama y yo.

—¿Sois de la aldea? Nunca os había visto —preguntó el capitán—. Recordaría a esta pelirroja —dijo con un guiño a Iain—. Tal vez después quiera quedarse un rato con nosotros.

Él mismo había propiciado esa situación al distraerse. Iain intentó atraer con el pie la espada que había dejado caer en su beso con Erin y el soldado la vio en el suelo. No era la espada de un campesino. Iain sabía de sobra lo que venía a continuación.

El soldado retrocedió un paso. Iain se inclinó rápido hasta llegar al cuchillo que ocultaba en su bota. El inglés no tuvo oportunidad de volver a alzar su espada. Iain lanzó la daga contra su cuello y el capitán cayó hacia atrás, muerto en el acto.

Iain empujó a la irlandesa tras él para protegerla con su cuerpo y recogió su *claymore* del suelo con agilidad. Sabía que aquellos ingleses no eran un peligro para él, pero la presencia de Erin dificultaba las cosas. Momentos antes, había advertido la mirada de los hombres sobre ella y sabía lo que le harían si lograban atraparla. No le preguntarían de quién era hija o si tenía marido, era solo una irlandesa más en mitad de la guerra.

Erin temió al principio que hicieran daño a Iain, pero a los pocos segundos tuvo que apartar la mirada hacia otro lado. Los gigantes de FinnLoan existían, el escocés parecía la reencarnación de los míticos guerreros irlandeses y parte

de las gestas que su madre les contaba de niña a ella y a sus hermanos. Hombres despiadados y temibles que con solo levantar su espada atemorizaban a todos. En unos minutos, los ingleses yacían a los pies de él, muertos sin piedad. Ella lo miró, Iain apenas tenía un corte en la mejilla y en el brazo, ni siquiera lo habían herido.

Iain limpió la sangre de la hoja de su espada en la casaca de un soldado y Erin no pudo evitar murmurar una breve oración gaélica. Se volvió hacia ella para reprocharle que orase por unos ingleses que iban a matarlo y después violarla, cuando Erin lo miró aterrada.

—Era necesario, muchacha —susurró Iain. Nunca había disculpado sus habilidades ante nadie y menos para defenderse a sí mismo o a los que debía proteger—. De no haberlos matado, ahora seríamos nosotros los muertos. ¿Habrías preferido que me mataran y a ti te violaran?

El silencio de Erin y las lágrimas que ella intentaba controlar le pusieron nervioso. No quería que pensara que era un desalmado y que le tuviera miedo, no cuando hacía un rato se había entregado a la lujuria con ella. ¡Dios santo! ¿Qué le pasaba para necesitar la aprobación de esa pequeña irlandesa?

—Lo sé, Iain, gracias —dijo ella al fin.

No le censuraba por lo que había hecho, pero aquella demostración de fuerza le llenó la cabeza de pájaros sobre leyendas, *highlanders*, gigantes y cien cosas más que su madre le había inculcado con sus historias. Por sus palabras, el escocés pensaba que le reprochaba tal exhibición de poder, y nada más lejos de su intención, al ser su pellejo el que estaba en juego. Erin quiso reír, nerviosa. A partir de ahora creería en duendes verdes, tréboles de cuatro hojas y calderos llenos de oro que los *brownies* esconden. Ese escocés parecía haberse escapado de una de sus fantasías.

Brian apareció corriendo, llevando de la brida a dos magníficos caballos pardos.

—Sabía que podrías con ellos —afirmó al ver los cuerpos de los muertos—. Cuando vi que venían hacia aquí aproveché para robar los caballos y algo de comida. Bueno, solo he traído dos. Erin, no sé si sabes montar...

—Bien hecho, Brian —le felicitó Iain—. ¿Hay más aparte de estos? —señaló a los soldados muertos.

—Pude ver diez o doce en la torre, estos eran la patrulla.

—Debemos irnos, entonces —dijo Iain. Se acercó a los caballos y acarició el pelaje del más oscuro. Vio que Erin lo seguía para montar con él y se

detuvo.

—Erin, ¿adónde crees que vas? Monta con Brian —le ordenó sin mirarla siquiera.

La irlandesa frunció el ceño, no estaba preparada para el desaire. No se había equivocado con él: la había besado para burlarse de ella luego, solo que los ingleses lo habían interrumpido. Sofocó un grito en su interior. Era una Donnell, en sus venas corría la sangre de los Donald, antiguos reyes de las islas. Irguió la barbilla con orgullo y con una sonrisa fue al encuentro de Brian. El muchacho la ayudó a subir, entusiasmado, si él se sorprendió cuando ella montó a horcajadas, no lo demostró. Bufó molesta, tal vez Ayr lo hacía de esa forma tan poco femenina y ellos estaban acostumbrados. ¿Por qué había esperado que ese beso le gustara a Iain tanto como a ella? El escocés estaba enamorado de Ayr. Recordó las conversaciones de sus hermanos, y pensó que tal vez no quería burlarse de ella. Lujuria, esa era la palabra que sus hermanos empleaban como justificación cuando toqueteaban a alguna muchacha y su madre los pillaba.

Iain golpeó el flanco de su caballo e iniciaron su marcha hacia el sur para evitar la aldea. Brian y Iain lo siguieron en silencio. Atravesaron la formación rocosa para descender el valle, donde, ya lejos del pueblo, pudieron ir más despacio. Los caballos debían aguantar hasta Dunluce, en la costa noroeste. Si seguían desviando su camino hacia el sur para evitar que los siguieran, les llevaría al menos dos días más llegar al castillo. Iain no quería arriesgarse, tal vez los ingleses habían encontrado a sus hombres y los siguieran.

—Brian, ¿y si Iain no hubiera podido con los soldados? —preguntó Erin al muchacho, que se rio con ganas.

—Ni siquiera lo pensé, lo has visto luchar.

Erin miró la espalda de Iain. Parecía abstraído en sus pensamientos sin prestarles atención.

—¿Os criasteis juntos Iain y tú? —intentó sonsacarle.

—Sí. Los dos nacimos en Tye. Si pudieras verlo, Erin. Está en las Highlands, es una fortaleza impresionante rodeada de campos de cosecha y numerosas cabezas de ganado. Arthur Tye, el padre de Ayr, era nuestro *laird*. Era justo y amaba nuestro clan. Iain y su hermano Alistair quedaron huérfanos muy pequeños y todos les acogieron. Años más tarde, Angus, el capitán del jefe, trajo a Ayr al castillo y los cuatro nos hicimos inseparables.

—¿Ayr no es de vuestro clan?

—Que ella nunca os oiga decir eso, el jefe la hizo su hija y Iain no permitía que nadie dijera lo contrario. Él era su sombra adonde fuera, creo que todos quedaron un poco decepcionados cuando no se casaron...

—Pararemos aquí —ordenó Iain con voz gélida junto a un pequeño arroyo.

Erin entornó los ojos, sospechando que Iain estaba escuchando su conversación. Quería impedir que Brian le contara más cosas sobre él.

—¿Y cuál es tu historia, Erin? —preguntó Iain con sorna—. ¿Dormir entre sedas mientras tu padre adiestra a campesinos para venderlos al mejor postor?

Siempre se sorprendía de la facilidad de Iain para sacarla de quicio.

—Sí, pero no son sedas, sino sábanas de hilo y oro —le respondió Erin con sarcasmo.

Él la taladró con su mirada fría, desmontó y alivió la carga de su caballo quitando las mantas que lo cubrían. Con cariño, le dio unas palmaditas al animal en el flanco.

Erin bufó, si tuviera igual consideración con ella que con su caballo, notaría que apenas se podía sostener en pie. Tenía que dejar de buscar en Iain algún atisbo de humanidad. Ese era su principal defecto: al haber estado tan protegida siempre creía que cada persona escondía en su interior un alma buena. Su madre la prevenía continuamente contra su carácter confiado sin resultado. El caballo relinchó y Erin se encontró, allí de pie, mirando de nuevo fijamente a Iain mientras, nerviosa, se mordía las uñas. Bueno, quizá esperar algo bueno de los demás no era su único defecto, se dijo comprobando sus manos.

Iain estaba harto de sentir en el cogote la mirada penetrante de la irlandesa, era como si siempre estuviera esperando algo de él o intentando atisbar su alma. Apoyó el pie sobre una roca y sacó de su *sporrán* dos tortas de avena envueltas en un paño. Con una señal le ofreció una de ellas a Brian, que la cogió al vuelo. El muchacho miró primero a su amigo y, después, a Erin y se la ofreció con una sonrisa.

—No, Brian, la compartiremos —dijo la irlandesa partiéndola en dos partes iguales.

Iain hizo un gesto a Brian y se encogió de hombros, sacó otra enorme torta del paño y una manzana. Erin lo miró atónita. Ni siquiera se sentía culpable al comerse todo mientras ellos dos compartían una triste y dura torta.

—Tienes más, ¿verdad? —le preguntó a Iain cuando su estómago rugió con fuerza.

—Sí, solo una, la que me estoy comiendo.

Erin quiso abofetearlo cuando de un mordisco ansioso Iain se metió en la boca otra manzana y la miró de forma retadora masticando a dos carrillos.

—¡Ojalá te atragantes! —le dijo enojada, seguido de uno de los insultos preferidos de sus hermanos. Se levantó furiosa y se sacudió el vestido, ¡como si hubiera desperdiciado alguna miga!

Iain hizo como que no lo había oído y consiguió tragar la bola que se había formado en su boca. En realidad, intentaba contener una sonrisa al ver a la irlandesa tan enfadada. Tal vez había encontrado la manera de que ella le dejara en paz el resto del camino.

Capítulo 7

Erin no podía conciliar el sueño, estaba muy enfadada y el eco de su estómago vacío rugiendo hora tras hora no era de gran ayuda. Se incorporó en cuanto las primeras luces del alba le permitieron ver por dónde se movía. Tenía hambre y frío. Pasó junto a Iain y, al verlo dormido, envuelto en su *plaid*, le entraron ganas de patearlo por ser tan insensible. No solo se había comido todo lo que tenían, sino que Brian había tenido que renunciar a su propia manta para cedérsela a ella mientras Iain dormía al abrigo de varias capas.

Se movió en silencio en torno a él y, con buen juicio, decidió que no sería buena idea darle más motivos para enfadarse de nuevo con ella. Los caballos relincharon al acercarse a ellos, con una suave caricia en el hocico los tranquilizó y se internó en el bosque. El ruido del agua la guio a través de los árboles hasta encontrar un río, y la acuciante necesidad de lavarse un poco la llamó hacia el agua. Por un momento dudó, pero, como si se tratara de una niña, esbozó una risa infantil y se descalzó. Recogió las faldas de su vestido y tanteó la orilla con la punta del pie. El agua estaba helada, pero se sentía pegajosa y sucia, así que siguió probando el suelo fangoso con cuidado mientras se internaba en el río hasta que el agua le llegó a las piernas. Su vestido comenzaba a empaparse y, en un arranque de temeridad, decidió quitárselo. El frío de la mañana la caló hasta los huesos, pero estaba decidida. Lo arrojó con fuerza hacia la orilla y se quedó con la camisola interior como única protección ante el agua helada.

Satisfecha, se lavó la cara y los brazos frotando la mugre de los últimos días mientras una sensación de bienestar la embargaba. En Dunluce, cuando era pequeña, a veces bajaba a la playa con sus hermanos y su madre y corrían por la arena fría hasta que alguno caía y la diversión acababa. Su madre les

reñía con una sonrisa que escondía a duras penas. Las aguas del océano eran más heladoras que estas.

—¿Qué haces?

La voz de Iain la sobresaltó y casi cayó de espaldas al agua. Se giró despacio, intentando controlar la furia que le hervía la sangre. Aquel idiota escocés se inmiscuía hasta en sus pensamientos. ¿No podía meterse en sus asuntos y dejarla tranquila?

—¿No sabes que podría haber soldados en los alrededores? ¡Vuelve al campamento!

—No los hay —aseguró Erin con un mohín mientras inspeccionaba, insegura, los alrededores con la mirada. «Menos mal que no le di una patada», pensó divertida, «entonces sí que estaría enfadado».

—¡Vuelve aquí! —le ordenó al borde de la orilla sin que sus botas tocaran el agua.

Erin iba a hacerle caso cuando, bajo la luz del amanecer, vio que estaba pálido como la misma muerte. ¿Qué le ocurría a Iain? Lo vio inspeccionar las aguas y separarse unos metros de la orilla moviendo con impaciencia el pie mientras esperaba a que saliera. «¡Ja!», le susurró la niña pequeña y traviesa que aún llevaba en su interior, y decidió probar un pensamiento que le rondó por la cabeza. Con una sonrisa tanteó el pie para empezar a retroceder hacia la profundidad del lecho del río. Sonrió al ver como Iain avanzaba con rapidez hasta darse cuenta de que rozaba el agua y se detuvo en seco.

—¡Sal de una maldita vez! —volvió a gritar cada vez más nervioso.

—¡Estoy muy bien aquí! Ven a por mí si quieres que salga. Voy a darme un baño quieras o no, escocés. ¿Qué pasa, Iain, no sabes nadar?

Retrocedió de espaldas unos pasos más para desafiar el ceño fruncido del escocés. Así que Iain tenía miedo al agua y ella se estaba divirtiendo a lo grande. Sabía que no podía quedarse mucho en aquel río helado, las piernas se acostumbraban al frío, pero apenas sentía su cuerpo. Solo un momento para ver qué hacía el escocés.

—¿Sabes nadar bien, irlandesa?

—¿Y tú, Iain? —le preguntó con sorna.

Erin retrocedió un paso más para probar hasta dónde podía desquiciarlo, cuando el talón del pie le falló, la corriente la empujó con fuerza y notó cómo el lecho del río desaparecía bajo sus pies. Se sumergió, ahogando un grito de sorpresa al mismo tiempo que la boca se le llenaba de agua fangosa. Le faltó

el aliento, empujada por la fuerza de las aguas hacia atrás, y sintió cómo las piernas chocaban con una roca. Entonces, sintió los fuertes brazos de Iain rodearle el cuerpo.

Nadó con ella a contracorriente, bajo el brazo, como si se tratara de un fardo aplastado contra su costado. Nada podía ser más humillante, estaba casi desnuda, con el pelo enrollado en su cuerpo y cargada como un saco. Iain llegó adonde hacía pie y la cogió en brazos como si no pesara nada, pasándole el brazo bajo las piernas.

Ella agradeció el calor de su cuerpo. La agarraba con más fuerza de la necesaria contra su torso, como si hubiera pasado más miedo que ella. Se arriesgó a mirarlo, inclinó la cabeza hacia arriba y vio las gotas deslizarse por su cuello. El pelo le caía por los hombros, sobre una cicatriz en forma de «i». Su razón le dijo que no debía tocarla, pero el impulso no cedió ante la cordura y deslizó su mano sobre la marca, provocándole un escalofrío en la piel a Iain. Él la miró con furia y alcanzó la orilla.

Iain no soportaba un solo segundo más sentir el cuerpo desnudo de la irlandesa entre sus manos. Ni siquiera el frío cortante de noviembre hacía menguar la erección que Erin le provocaba con su camisola pegada a la piel. Cada curva, cada colina expuesta para él, pegándose a la fina tela, se quedó grabada en su mente.

Antes de que Erin pudiera darle las gracias, Iain la soltó contra el suelo y se miró la ropa mojada.

—¡Genial, irlandesa, ahora estamos los dos empapados! ¡Mis malditas botas echan agua! Y sí, sé nadar, pero nunca sería tan estúpido como para meterme en un río con esa corriente. ¿Sabes lo que es una poza? ¡Es lo que intentaba decirte!

Erin ni siquiera parpadeó, avergonzada por haberse comportado como una niña con una rabieta.

—Gracias, Iain —logró balbucear.

Él se marchó sin contestar mientras dejaba un reguero de agua a su paso. No sabía si debía estar agradecida porque le había salvado la vida o muy enfadada por arrojarla al suelo. Bueno, ella lo había retado con maldad, pero es que ya no aguantaba su mirada reprobadora.

El aullido de un animal la hizo reaccionar, cogió su vestido, lo deslizó sobre la camisola mojada y se levantó con rapidez para seguirlo hasta llegar al campamento. Si un lobo se la comía, intuía que Iain no iba a salvarla esta vez,

estaba casi convencida.

Cuando llegó junto al fuego, Brian los miró a uno y a otro y se echó a reír con una carcajada.

—¿Qué os ha pasado? Parecéis dos ranas, no me digáis que os habéis caído al río.

Iain lo miró con un gesto desesperado y comenzó a quitarse la ropa. Erin se giró cuando vio que pretendía quedarse desnudo frente a ella.

—¡La irlandesa quería jugar! —contestó con rencor—. ¡Maravilloso, Erin! Ahora los dos moriremos congelados.

Fue a replicarle cuando, al girarse, lo vio completamente desnudo y ahogó una exclamación de sorpresa, notó cómo se ponía del color de las moras y un sofoco le subía por la garganta. Apartó la mirada de él sin poder evitar grabar en su mente cada recoveco de aquel magnífico cuerpo de hombros anchos y marcados músculos. Disimuló al agachar la cabeza para sacudir su pelo empapado y acercó las manos al fuego, abochornada.

Iain la miró un momento, allí toda mojada, sentada en el suelo como una niña desamparada tras saber que había cometido una travesura. Una punzada de arrepentimiento se adueñó de él y negó con la cabeza. Esa mujer le volvía loco. ¿Por qué no podía estarse quieta, ser como un conejo asustado y dejar de retarlo? Se arropó con un *plaid* y se acercó hasta ella con dos mantas. La irlandesa levantó la mirada vidriosa, a punto de llorar, e Iain se las echó sobre los hombros.

—Ve tras los arbustos y quítate la ropa mojada, si no, enfermarás —le dijo más tranquilo. Ella asintió y desapareció tras unos serbales.

Pudieron oír los llantos ahogados de la chica mientras Brian lo miraba con censura por sus gritos.

—Está cansada y tú no eres muy buena compañía, Iain. Está al límite de sus fuerzas —dijo el muchacho.

—Ha cometido una estupidez, ¿qué quieres que haga? Soy así, es mejor que lo comprenda cuanto antes.

—Antes no lo eras. Intenta tener paciencia, la chica está lejos de su hogar con desconocidos y el viaje es duro.

—Brian, no me regañes como si fuera un crío —replicó Iain molesto. No hacía falta que nadie le dijera lo mal que se había portado con ella. Ni siquiera le había dejado comer y la chica había pasado la noche dando vueltas muerta de frío—. Iré a buscar algo de comida, cuida de ella y que se seque o

enfermará.

Brian lo vio coger su arco y desaparecer entre los árboles mientras los hipidos de Erin se oían por todo el bosque.

Caminó hasta que dejó de escucharla. La irlandesa lo ponía nervioso. No debía haber dejado que se metiera en el río. Era peligroso con las últimas lluvias, pero no pudo evitar ver la sonrisa en su rostro al sentir el agua fría. La había visto disfrutar y él también lo había hecho al vislumbrar su rostro mojado, las gotas al caer sobre su rostro y su piel brillar bajo la claridad del amanecer. Erin le hacía conmoverse con solo un gesto de su cara, adoraba cuando se enfadaba o lo desafiaba con sus ojos verdes a punto de echar fuego, o cuando se reía con ganas ante una travesura que delataba sus pensamientos.

Golpeó con un pie una piedra. No podía seguir por ese camino, otra vez no. Luego el corazón pagaba un precio demasiado alto al latir por una mujer. Nunca cometería el mismo error de nuevo.

Capítulo 8

Edward suspiró una vez más. No sabía que era más irritante, si cuando Ayr lo hostigaba con sus preguntas o cuando mantenía ese silencio total. Llevaban horas caminando hacia el oeste, bordeando la costa por el interior, al amparo de los bosques. En dos ocasiones habían tenido que ocultarse de los grupos de mercenarios que atravesaban hacia el sur. Edward esperaba que Brian, Iain y la chica no tuvieran demasiados problemas. La irlandesa conocía las tierras e Iain los protegería. Ayr y él habían tomado la ruta más difícil y, aunque confiaba en la fuerza de su mujer, debían hacerse con un par de caballos. Quizá ella no estaba tan enfadada con él como parecía y lo que le preocupaba era Alistair: llevar a la irlandesa a casa les supondría un retraso considerable que el muchacho pagaría caro. Había borrado el rastro de su camino lo mejor posible, no olvidaba por un momento que Héctor estaba en aquella isla y tenía al muchacho con él.

—No vas a hablarme en todo el camino, ¿verdad? —le preguntó Edward al cabo de un rato.

—No —contestó Ayr con rapidez.

Él exhaló un suspiro. Su pronta respuesta le indicó que quería guerra.

—Entiendo que te enfadaras, pequeña.

—No me llames así, Edward —replicó sin mirarlo. ¿Enfadada? ¿Que si estaba enfadada? No, estaba dolida, decepcionada. Su marido había sembrado en su corazón la semilla de la duda y la había regado con sus secretos. Se detuvo con los brazos en jarras—. Edward, yo sé por qué estoy aquí. Héctor tiene a Alistair y no sé si está vivo o no. Ese hombre reúne un ejército para quitarme lo que es mío, amenaza a nuestra gente y nuestra tierra, pero ¿y tú? ¿Tú por qué estás aquí? Sigues órdenes de ella, de la reina. No es por mí y nuestro clan. ¿Qué quiere ahora de nosotros?

—No lo entiendes, Ayr.

—Claro que no, porque no me lo has explicado, lo has mantenido en secreto.

—Dressex tiene el poder en Irlanda, está descontrolado, está exterminando a los irlandeses y desde Londres ya no pueden detenerlo.

—¡No... me... importa! —contestó Ayr. Sintió que iba a llorar.

Edward avanzó hasta ella y la abrazó, tan fuerte que ella no se atrevió a rechazarlo; no hubiera servido de nada. La obligó a permanecer entre sus brazos, aplastándola contra su pecho.

—No digas eso, sí te importa el sufrimiento de la gente, Ayr, lo prefieres para ti misma antes que para nadie.

—Me importa mi gente y me importas tú, inglés. ¿Te casaste conmigo porque la reina te lo ordenó? La odio, odio a mi...

—Calla —susurró Edward—. Nadie me obligó a casarme contigo, mi pequeña escocesa.

Edward le alzó el rostro y, sujetándole la barbilla con ternura, le limpió las lágrimas.

—¿Para qué hubiera servido que te contara lo que planea? Mi deber era tan solo informar y ver si es el momento de que envíe a todo su ejército, nada más.

—Me mentiste, ¿cómo puedo confiar en ti, Edward? —insistió ella.

—Yo confío en ti, Ayr, ¿o crees que no necesito confiar? —El inglés dudó si seguir hablando—. Debo soportar a Iain siempre a tu lado como un maldito enamorado. Confío en tu amor porque, si no, lo mataría con mis propias manos.

Ayr abrió los ojos sorprendida. nunca se había dado cuenta de lo mucho que le molestaba a Edward la presencia de Iain. Ella sabía muy bien cómo debía sentirse, ya que antes se pasaba el día celosa de cómo las mujeres miraban a su inglés.

—No más secretos, Ayr. ¿Qué sientes por él?

—Nada —contestó sin vacilar—. Siempre ha sido como un hermano para mí. Pude elegir a quién amar de los dos, fue y es a ti. Mil veces pensé que debía casarme con él y mil veces mi corazón se negó. —Sintió como si con sus palabras pasara una prueba. El inglés entornó sus ojos azules y supo que la creía—. No he sabido hasta ahora que te molestaba tanto mi amistad con Iain, siempre tan seguro de ti mismo e imperturbable.

Edward le sonrió con esa mirada que le hacía olvidar hasta su propio

nombre y suspiró. Él la atrajo hacia su boca de forma posesiva, la envolvió con sus brazos para evitar que escapara. Sentía que nunca podría tener suficiente de su cuerpo, de su olor, del sabor de sus labios. La arrastró con él al suelo, cayendo sobre el manto húmedo de hojas y ramas. El viento alborotaba sus cabellos y su mirada era dorada y sensual.

Ayr le vio desprenderse del broche, arrojar su *plaid* para que ambos rodaran sobre él. Rodeó su cintura y le mordió el labio mientras sentía cómo la excitación cobraba vida entre los dos.

Estaban a plena luz del día, el sol se filtraba a través de las hojas de los árboles. En medio de los haces de luces se maravilló con el cuerpo de su marido. Deseaba que la desnudara, que tocara su piel. Edward leyó en sus ojos su petición y le quitó la ropa, se deshizo de su camisa para mirar su pecho desnudo. Deslizó su pulgar por la cumbre de sus senos, provocando en ella un gemido de placer.

Ayr sintió el aliento sobre ella, la lengua de Edward sobre su piel, trazando un sendero de calor.

—Edward —suplicó mientras se aferraba a los hombros desnudos de él. Sin embargo, él se apartó de ella para mirarla.

—Mi impaciente esposa —susurró Edward.

Deslizó su erección por la entrada a su sexo como si se tratara de una caricia. Sonrió al notarla húmeda y preparada, pero se contuvo un momento, intentado recobrar el control de su cuerpo. Estaba duro como el granito. Ayr gimió bajo el contacto de su peso y no pudo soportarlo más, con sus dedos le acarició el interior húmedo y la penetró. Se abrió paso en su interior con movimientos profundos, en una danza que la volvió loca.

—Mírame, Ayr —susurró en un gemido, y ella obedeció, abrió los ojos y se hundió en su mirada mientras sus rostros se contraían por el deseo. Edward se internó con mayor rapidez, hasta sentir que los espasmos recorrían la piel de ella. Ayr sintió flaquear todo su cuerpo, su placer se elevó sobre toda su piel y notó cómo su marido inundaba todo su ser sin dejar de mirarla.

Los dos se perdieron en el lugar en el cual el mundo no existía, donde ambos alcanzaban el cielo y el infierno.

Llegaron a los alrededores de una pequeña posada ruinoso, castigada por el viento de la costa. En el exterior, un grupo de caballos bufaban a causa del

fuerte viento.

—¡Mira, Edward!, los caballos odian este viento igual que yo —afirmó Ayr sonriendo.

—Calla, por favor —le pidió el inglés enfadado. Le estaba distraendo.

—Deberíamos bajar y robar un caballo.

Edward la miró arqueando una ceja. Era increíble lo pesada que podía llegar a ser su esposa.

—Si robamos un caballo nos perseguirán. Además, puede que alguien ahí dentro pueda darnos información sobre Alistair.

Observó las idas y venidas durante un rato hasta que salió un grupo de tres hombres con armas y aspecto pendenciero. Los seguía un muchacho con comida para los animales. El chico comprobó que todo estaba en orden y volvió dentro. Al abrir la puerta se oyeron voces y una gran algarabía.

—Parece que celebran algo —dijo Edward—. Calculo unos diez hombres dentro, entraré para negociar con ellos, tal vez pueda comprar uno de los caballos.

—¿Desde cuándo eres tan decente, inglés? —le dijo sonriendo—. Son mercenarios, el chico llevaba una camisa amarilla, si entras ahí te matarán. Respiras, hueles y hablas como un inglés.

—No es cierto —bufó molesto—. Si quiero puedo imitar ese acento tuyo. Quédate aquí y ¡no... te... muevas!

Ayr puso los ojos en blanco para no seguir discutiendo y se sentó de golpe para mostrarle que le haría caso. Al girarse Edward para comprobar que lo obedecía, le sacó la lengua con una mueca burlona.

Lo vio bajar con preocupación, pensando si saldría vivo de esa posada. Contuvo el aliento cuando él traspasó la puerta. Los minutos pasaron y ella permaneció con una flecha tensada en su arco, esperándolo. La visión de su marido en el suelo de aquella casucha en mitad de un charco de sangre comenzó a acosarla. Debía haber ido con él, desobedecerlo. Si estaba muerto iba a escupir cien veces sobre su cadáver. «Obstinado inglés, orgulloso y cabezota, teníamos que haber robado el caballo». «Que no le haya pasado nada, por favor». Hacía años que no rezaba...

—¡Se acabó! —dijo al levantarse. Se disponía a bajar cuando la puerta se abrió y lo vio salir riendo, despidiéndose de sus nuevos amigos con un *slainte*.

Ayr bajó la colina corriendo, chocó con él y lo abrazó con fuerza.

—Creí que no saldrías de ahí dentro, me tenías muerta de preocupación.

—*Mo chridle*, no debes preocuparte —dijo el inglés en un gaélico casi perfecto—. Me subestimas, hay ahí dentro más escoceses que en Escocia y Alistair me dio unas cuantas clases de gaélico.

—Eres insufrible —replicó Ayr ante su arrogante expresión.

—Al menos he conseguido un caballo, con unos cuantos insultos ingeniosos a la reina casi me lo han regalado.

Ella lo miró con una advertencia para que, por favor, no los repitiera en su presencia. La ayudó a subir al caballo, un viejo ejemplar que había conocido mejores tiempos, pero que les serviría para llegar hasta Dunluce. Ayr lo miró sorprendida cuando vio que él comenzaba a guiar la montura despacio. Edward se inclinó hacia ella.

—Alistair está vivo —susurró. Ella se dio la vuelta—. Los hombres de la taberna me han dicho que hace dos días pasó por aquí un destacamento inglés dirigido por un escocés. Llevaban un prisionero atado.

—¿Cómo sabes que era él? —preguntó Ayr.

—Los colores de su tartán, marrón y azul, igual que el mío, dijeron. Se dirigen a Dunluce.

Ayr gritó de alegría, pero el semblante serio de Edward la alertó de que algo ocurría, tal vez lo ahorcaran al llegar al castillo.

—¿Qué ocurre, Edward?

—No lo sé, pequeña, demasiadas coincidencias. ¿Por qué lo mantiene Héctor con vida? ¿Te has dado cuenta de que desde el momento que pisamos Irlanda nuestro camino siempre lleva a Dunluce, el hogar de Erin?

Los dos callaron pensativos. ¿Y si todo formaba parte de una trampa?

Capítulo 9

Héctor se sentía protegido entre la guarnición de soldados ingleses mientras cabalgaban paralelos a la costa de Antrim. La fuerte tormenta les había retrasado casi dos días; los remilgados ingleses insistieron en parar en una posada hasta que parara de llover. Ninguno de esos imbéciles sabía lo que era atravesar un país como el suyo. En pleno invierno las Highlands eran traicioneras. No le extrañaba que fueran incapaces de conquistar Escocia. Otros dos días y llegarían a Dunluce, si el bastardo de Alistair Tye no moría antes.

Había quebrado su espíritu con todas las torturas conocidas, sin llegar a matarlo; lo necesitaba vivo para atraer a los Tye. Miró hacia atrás con una sonrisa, podía olerlo en el aire: ella estaba en Irlanda. Se mesó la barba castaña con satisfacción. Allí estaba Alistair, atado a la espalda de un soldado para que se mantuviera sobre el caballo, ni siquiera podía montar solo. En el momento en que su prisionero había entrado en el agujero de Carrickfergus su rostro, tan atractivo para las mujeres, se había convertido en un amasijo de moratones, un rostro hinchado y deformado por los golpes que reflejaba el dolor que le habían infligido. Disfrutó mucho quebrando al hermano de Iain, borrando la estúpida arrogancia de su cara, pero aún no estaba satisfecho, nada podría ser comparable a tener a Ayr bajo su yugo, sometida a él en todos los sentidos. Chasqueó la lengua ante las cosas que imaginaba para ella. Se ponía duro solo de pensar en cómo humillaría su mente y su cuerpo después de que Ayr supiera que se haría con sus tierras: machacaría a su clan y se convertiría en el señor de Tye. Todo el norte de Escocia estaría en su poder, contando, claro, con que la irlandesa cumpliera con su parte del trato. Esa pequeña zorra que tanto le gustaba a Dressex. A estas horas estaría conduciéndolos a Dunluce, no era mucho trabajo a cambio de la vida de su

padre.

Qué fácil había sido engañar a Sorley Donnell. El jefe irlandés se había cegado con sus habilidades para entrenar a los hombres, pocos entendían que la mejor manera de dominar a otros era el miedo. Después de ganarse su confianza lo había entregado a los ingleses.

—¡Qué miras! —le dijo al soldado que cabalgaba a su derecha. Le había visto sonreír inmerso en sus pensamientos, sabía que se reían de él a sus espaldas y lo consideraban un loco, pero su gobernador le había otorgado el mando del destacamento a cambio de Donnell, el padre de la irlandesa.

Inclinó su caballo hacia adelante, juntando su cuerpo al del soldado gracioso. Sacó su daga y le rasgó el brazo de una cuchillada, como si para él no fuera más importante matar a un hombre que mear cada día.

Ahora sí podían pensar que estaba loco y temerle, porque no eran más que un medio para lograr su venganza.

Capítulo 10

Iain sentía su mirada color verde sobre él, sabía que la irlandesa lo observaba y eso le ponía nervioso. Al montar había notado el imperceptible mohín de desagrado con el que perseguía todos sus actos. Esta vez fue directa hacia Brian para montar con él. Mientras atravesaban un profundo valle de brezales y pequeños riachuelos pensó en Alistair. Ya era bastante desesperación no saber si su hermano estaba vivo o muerto como para además cargar con una molesta chiquilla atravesando Irlanda.

Iain permanecía atento al camino que se abría ante ellos mientras escuchaba a Brian y a la chica hablar. La risa de Erin le hizo apretar las mandíbulas. ¿Por qué le irritaba tanto escuchar su voz u oírla reír? Fue mala idea que Brian y ella montaran juntos, congeniaban demasiado bien para su gusto. ¿Qué demonios le pasaba? Primero la besaba sin aparente razón y ahora sentía una especie de comezón en el estómago parecida a los celos. ¿Celos de Brian? Tenía que haberse dado algún golpe en la cabeza.

—¿Y cómo conseguiste escapar de los ingleses? —le preguntaba Brian.

La irlandesa suspiró ante el doloroso recuerdo de su padre atado a una viga con las manos cubiertas de cadenas, el olor a orín y sudor, la oscuridad del calabozo de Carrickfergus y el hacinamiento de los presos.

—Salí del castillo —dijo tan seria que Iain se vio obligado a girar la cabeza para mirarla extrañado.

—Ya, ¿y cómo? —Rio Brian.

Erin no deseaba mentirles, al menos no más de lo que ya lo había hecho hasta el momento, quizá Iain fuera un bruto tosco que la despreciaba, pero no le deseaba ningún mal. Ese beso había sido la experiencia más maravillosa de su vida, aunque hubiera sido fruto de la lujuria y sin ningún atisbo de cariño. Nooo, claro, Iain reservaba su mirada y sus gestos caballerosos para la mujer

de su amigo y su caballo.

—¿Cómo saliste de Carrickfergus? —volvió a preguntar Brian, pensando que no había oído la pregunta.

—No me vigilaban. Jamás imaginaron que cambiaría mis ropas con una sirvienta y saldría sin más por la puerta. No entiendo cómo los ingleses conquistan los castillos y dejan a los antiguos sirvientes a expensas de que los traicionen.

Iain alzó una ceja extrañado. El vestido que llevaba la irlandesa no podría permitírsele ninguna criada en Tye. Ellos cuidaban a los suyos, pero no hacían vestidos de seda y brocados para fregar suelos y trabajar de sol a sol.

—Nadie me detuvo cuando atravesé las puertas con una cesta de pan —explicó Erin.

Pensativo, bajó la cabeza. Algo no cuadraba en la historia de la irlandesa. Se disponía a preguntarle él mismo cuando la primera flecha cayó a los pies del caballo de Brian. El animal se encabritó y estuvo a punto de tirar al muchacho y a Erin. ¡Demonios, se había distraído! Miró hacia las colinas que flanqueaban el valle y descubrió un grupo escondido tras las rocas. Debían de haber estado vigilando el paso hacia Ballymena, donde los ingleses se aprovisionaban. Uno de los soldados cargaba una ballesta, e Iain siguió con la mirada la trayectoria, que apuntaba directamente hacia Brian y Erin. Sin pensarlo, golpeó el flanco de su caballo y se interpuso en el camino de la flecha. Sintió la punta penetrar en el costado con un desgarró tan doloroso como si le hubiera partido las costillas. El impacto hacia atrás estuvo a punto de tirarlo del caballo. Sus ojos se nublaron un instante y vio la aterrorizada mirada de Erin. Iain hizo acopio de toda su fuerza para mantenerse sobre la montura.

Erin vio en los ojos del escocés el profundo dolor, les había salvado la vida a Brian y a ella en un momento. Con horror vio cómo Iain buscaba la herida, partía la flecha en dos y la arrojaba al suelo. Solo entonces se dio cuenta de que la miraba para no desmayarse de dolor. Su deber, mantenerla a salvo, evitaba que cayera a sus pies.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Brian.

Erin inspiró aire con fuerza, Brian no se daba cuenta de que Iain caería en cualquier momento. Dio gracias a su flexible cuerpo al deslizarse sobre la grupa detrás del muchacho, pero sobre todo a los temerarios juegos de sus hermanos pasándola de un caballo a otro ante el horror de su madre. Iain

entendió lo que iba a hacer y le tendió la mano para ayudarla. Él era incapaz de controlar al animal hasta que el dolor remitiera y lo más sensato era huir. Erin agarró las riendas de grueso cuero y se colocó delante del escocés. Se dirigió hacia los árboles para salir de campo abierto, dominando la montura al galope sin problemas mientras sentía el fuerte torso de él chocar con su espalda. La respiración de Iain era entrecortada, podía caer en cualquier momento y el peso del enorme guerrero sobre su cuerpo era terrible. Brian emparejó su montura a la suya y le gritó que los ingleses los seguían.

—¡Van a darnos alcance! —aseguró Brian—. Ve tras los árboles con Iain, si algo sale mal ve siempre con él hacia el norte sin detenerte.

—No puedes estar pensando en hacerles frente tú solo, te matarán.

Iain, apenas consciente, la obligó a detenerse con una orden y se deslizó del caballo junto a Brian.

—Hazle caso, Erin —gimió—. ¡Ve hacia los árboles!

Ella se inclinó, perpleja al verlo de pie, cuando hacía un minuto estaba a punto de derrumbarse. Erin comprendió que nada le convencería para volver a montar y pasó la mano sobre la mejilla del escocés. Iain sonrió ante su gesto y su mirada preocupada. Su pelo cobrizo rodeando su rostro, llamaradas en contraste con su piel blanca y pecosa. Erin contenía en sus ojos verdes todo lo que él había perdido: amor e inocencia. La muchacha lo miraba con verdadera preocupación. Iain apartó su mano con brusquedad para que no siguiera tocándole el rostro y golpeó el flanco del caballo para que ella huyera; debía alejarla cuanto antes del peligro.

Tan pronto como alcanzó la arboleda, Erin se detuvo. Los soldados formaron un semicírculo alrededor de Iain y Brian. No oía las chanzas de los otros, pero sí el gesto de Brian para que se acercaran. Ya había sido testigo de la brutalidad de Iain en una pelea, pero aquello la dejó perpleja. Brian y él hacían los mismos gestos al blandir sus espadas, estocada tras puñetazo, estaba claro que habían entrenado juntos muchas veces. Si su padre contara con los Tye, pobres de los ingleses.

Erin había visto antes esa forma de luchar: Héctor, el comandante de su padre, el traidor que lo había entregado a los ingleses. Brian acabó con el último hombre en pie y Iain lo remató sin piedad. ¡Que el cielo la perdonara cuando Iain descubriera la verdad!, pensó con terror.

El muchacho entornó los ojos y esbozó una sonrisa bajo la barba castaña que insistía en dejarse para parecer mayor. Al momento, Iain se giró hacia él y

cayó inconsciente contra el suelo con un golpe sordo. Brian llamó a la irlandesa, instándole a que se diera prisa.

—Erin, rápido, ¿hay algún sitio donde podamos llevarlo? Pierde mucha sangre. —gritó con fuerza.

—Sí, en Ballymena. La curandera. Atendió a mi madre de fiebres y es de fiar. Móntalo a mi grupa —ordenó Erin.

—No, irá conmigo, yo lo sostendré —afirmó el muchacho.

La voz de Brian pareció crecer. Su tono no dejaba lugar a dudas, él estaba al mando ahora. La preocupación de su rostro quedó enmascarada con la frialdad con la que hablaba.

—Vamos —acató la irlandesa.

El cielo se había teñido de nubes negras, agitadas por el viento. «Si piensas que hace mal tiempo, espera y verás», solía decir su madre. Comenzó a llover débilmente como preludio a otra tormenta que les retrasaría aún más. Apenas a unas millas bajo la densa cortina de lluvia vieron la cabaña, oculta al borde de una loma, en la linde con un espeso bosque. El tejado estaba reforzado con capas y capas de paja amarillenta para que las lluvias no penetraran en la sólida estructura. Las paredes de piedra tenían moho y hierbas que unas ovejas de pelaje oscuro se afanaban en comer con avidez. A la derecha estaba el establo, no muy grande y a unos pocos metros de la casa, construido también en piedra. Había sido la casa de los padres de Maude. Ahora, diáfano, con los muros interiores derruidos, albergaba a los animales. Desde donde estaban se oían los quejidos de las gallinas y fuertes mugidos de una vaca lanuda a la que Erin había cogido cariño los pocos días que estuvo en la granja, hacía ya dos años. Brian y ella traspasaron la tosca cerca de piedras, alineadas sin orden y, al momento, una mujer salió de la casa, avisada por los animales de su presencia.

La mujer tenía el pelo rubio veteado de canas sujeto en un moño. Sus ojos semicerrados los observaron con desconfianza. Su figura ancha se ocultaba bajo un mandil de color verde musgo. Erin se acercó a ella con una sonrisa en los labios. Maude era una reconocida curandera que mezclaba los conocimientos ancestrales con los adquiridos en una vida dedicada al cuidado de los demás. Vivía de manera holgada, pagada con creces al sanar a ricos terratenientes y campesinos; ahora también a los ingleses, con el fin de que la dejaran en paz y conservar su granja, una de las pocas que quedaban en pie desde la ocupación.

—¡Que San Patricio nos guarde! ¡Si es la hija de Sorley Donnell! —gritó la mujer avanzando hacia ella.

—Maude —dijo Erin al abrazarla.

—No será tu madre, ¿está enferma de nuevo? —preguntó la mujer mientras se limpiaba las manos enrojecidas contra el amplio vestido de lana, como si mancharse el delantal fuera un sacrilegio. Observó a Brian y al guerrero que traían, casi muerto sobre la grupa de uno de los caballos.

—No, Maude, son escoceses. Este es mi amigo Brian. —Lo señaló y él hizo un torpe saludo—. El del caballo es Iain, me han salvado de los ingleses.

La anciana cambió el rostro y levantó la barbilla.

—¡Bien hecho, muchacho! —felicitó a Brian con una palmadita en la mejilla, tras lo que él se puso rojo de los pies a la cabeza—. Pero bueno, yo aquí parada, meted a ese hombretón, tenemos que resucitarlo. —Maude chasqueó la lengua—. ¿Quién lo diría?, *redshank* escoceses en mi casa —gritaba alborotada.

—¿Qué ha querido decir? —susurró Brian casi arrastrando el pesado cuerpo de Iain.

—Piensa que sois soldados de mi padre, que peleáis contra los ingleses. No le cuentes nada, Brian —contestó Erin en un murmullo—. Cuanto menos sepa le será menos difícil mentir a los ingleses si le preguntan.

Lo tumbaron sobre un camastro, en una pequeña habitación que Maude tenía para todo aquel que acudiera a ella en busca de ayuda. Brian le ayudó a quitarle la casaca a Iain, y la anciana le rasgó la camisa llena de sangre. Erin no parpadeó cuando el torso del escocés mostró la herida con la punta de flecha clavada.

Debía haber imaginado lo fuerte que era Iain cuando la besó en el Broch, atrapada por su enorme envergadura. Lo confirmó el día que se desnudó ante ella, enfadado como un demonio y gritando como tal. El escocés tenía el cuerpo tallado a base de constantes entrenamientos con la espada, ni un gramo de grasa, todo en él emanaba poder y fuerza. Erin sintió las mejillas rojas, una corriente de calor que le decía que apartara la vista, que debía dejar de pensar en tocarlo. No podía seguir mintiéndose, Iain la atraía sin remedio a pesar de sus desaires; un hombre que había dado su vida por Brian y ella no podía ser tan malo. Se reprendió a sí misma por buscar justificación al carácter de Iain, cuando él insistía en ser desagradable.

Maude iba de un lado a otro de la cabaña y la apartó sin miramientos. Era

una curandera respetada, si alguien podía curarle, era ella.

Iain despertó a las pocas horas y miró a su alrededor. Estaba en una pequeña cabaña e intentó fijar la vista sobre los toscos muebles y las vigas del techo. Tenía que ser de noche, el fuego ardía en el hogar e iluminaba la estancia. Intentó incorporarse, pero notó el dolor de la profunda herida y algo más. Un peso sobre su brazo. Allí, recostada contra su torso estaba Erin, dormida. Su rostro caliente sobre las costillas. Con cada respiración le enviaba una ola de calor contra el estómago. La recordaba aplicando algo en su cuerpo con ternura. Al pensar en sus manos sobre la piel sintió una oleada de excitación, fríos sudores recorrían su frente. Una y otra vez en sus sueños se había hundido en sus labios. Su mal genio se intensificó y deliberadamente movió el brazo. La irlandesa se despertó alarmada.

—¡Estás despierto! —exclamó Erin con una sonrisa sincera.

Iain se arrepintió de ser tan brusco con ella. ¿Por qué Erin siempre sacaba lo peor de él? La muchacha se esforzaba en complacerlo y adorarlo como si fuera una deidad, incluso había arriesgado su vida para salvarlo.

—¿Dónde estamos? —preguntó. Notó la voz ronca y la boca seca.

Erin retrocedió ante su tono. El escocés advirtió que apretaba las manos contra la tela, de tal forma que sus nudillos estaban blancos.

—Te trajimos a un lugar seguro. Maude te curó. Sacó la flecha —continuó dubitativa—. Esta es su casa, estabas inconsciente y no sabíamos adónde llevarte, Iain.

—¿Dónde está Brian?

Erin resopló cansada, nada en él había cambiado.

—Está cazando en el bosque de ahí atrás para la cena —resumió fastidiada. Es como si le molestara su sola presencia frente él.

—Bien.

Erin se dio la vuelta con una mueca de disgusto. Iain notó su gesto apenado al bajar la cabeza. Eso era lo que ocurría cuando alguien se acercaba demasiado a él, acababan huyendo de su mal genio y su seriedad. La irlandesa intentó marcharse, pero él la retuvo cogiendo su muñeca. Ella fijó sus ojos color esmeralda en él y los apartó enseguida, sabía lo que le molestaba que lo mirase directamente.

—Gracias por lo que hiciste en la cañada.

Ella creyó no haberlo oído y tiró para que él la soltara.

—Es lo menos que podía hacer, acababas de salvarnos la vida a Brian y a

mí —dijo Erin.

Iain la vio salir y permaneció mirando la puerta preguntándose qué esperaba de ella. ¿Una sonrisa? ¿Que cayera a sus pies? Nada de eso pasó. Comenzó a sentir cómo el cuerpo se debilitaba. Ardió por dentro. Entonces, apareció la fiebre.

Capítulo 11

Erin cerró los postigos de madera. Fuera soplaba el viento y los truenos resonaban sobre el tejado. Era como si el cielo comenzara a derrumbarse sobre ellos. Maude había acabado hacía rato de atar a Iain a la cama, el escocés tenía tales pesadillas en mitad de la fiebre que ni siquiera los cuerpos de los tres sobre él habían conseguido inmovilizarle. Lo miró, y vio que la agitación del sueño parecía haber cesado, ahora dormía por el efecto de las hierbas y el alcohol que Brian le había dado forzándolo a abrir la boca. Se sentía exhausta, se sentó a un lado del camastro en que Iain descansaba. Brian afilaba un cuchillo junto al fuego y Maude removía un puchero. El momento de paz que trajo consigo esa escena le hizo esbozar una sonrisa. ¡Cuánto echaba de menos su hogar! Siempre lleno de risas y bromas, cómo su padre la sentaba en su regazo... «Su ángel», la llamaba y, después, con su enorme mano áspera, le tocaba la punta de la nariz. «Cada una de tus pecas es por una travesura, mi pequeña Erin», le decía. «Si sigues así, cuando seas mayor parecerás una lentejilla y te echarán para dar de comer a los potrillos». Entonces ella reía. Por aquel entonces perseguir a sus hermanos y hacer travesuras era la mayor aventura del mundo. ¿Cómo no iba a traicionar a los escoceses para que le devolvieran a su padre? Los llevaría hasta el infierno si con ello lograba salvarlo. Sintió un escozor en los ojos. No, su padre no estaría orgulloso de lo que hacía, aunque su vida dependiera de ello.

Se inclinó sobre Iain, que respiraba profundamente, y cogió su áspera mano de soldado. Hundió la cara junto a su pecho y sintió el calor de sus brazos. Aun dormido, hizo que se sintiera protegida. Lo miró, su perfil siempre serio estaba relajado. La belleza de sus rasgos le hizo recordar sus brillantes ojos azules y su mirada dura. Iain abrió levemente los párpados y la miró con los ojos entreabiertos. Murmuraba algo que Erin no entendía y se inclinó más

sobre sus labios, pegando su oído a la boca de él. *Aingeal*, repitió Iain en gaélico. Erin se apartó confundida. El escocés la había llamado ángel.

Erin no pudo soportarlo, se incorporó y salió corriendo de la cabaña. Maude le dijo algo, pero se negó a detenerse. No estaba preparada para mentirle a ella también. Se alejó hacia el bosque, necesitaba deshacerse de la horrible traición que estaba cometiendo en nombre de su padre. Iain podía ser rudo, idiota y desagradable, pero era un hombre de honor, podía haberla entregado a los ingleses y seguir en busca de su hermano o incluso dejarla morir en aquella cañada. Las ramas le golpearon la cara, en los pies se le clavaron las agujas de los pinos. Solo al caer desfallecida se dio cuenta de que anochecía y la luz de la luna se mostraba esquiva tras las nubes. Levantó la mirada a las copas de los árboles y se desplomó contra el suelo, se encogió y dejó que las lágrimas fluyeran. ¿Qué sería de su familia, de sus hermanos, de su madre? Debía encontrar la manera de salir de allí lo antes posible. Se miró los brazos y pies desgarrados por las zarzas. Tenía que ser fuerte, la vida de su familia dependía de ella, no podía seguir siendo una jovencita incauta que soñaba con galantes caballeros y bailes. Sintió que algo había cambiado en ella en pocos días, como si hubiera crecido por dentro y dado un salto en los años, más sabia y menos inocente. No supo el tiempo que había pasado en el bosque hasta que oyó gritar a la anciana una y otra vez su nombre.

Regresó todo lo rápido que pudo para no preocupar a la mujer que los acogía sin preguntas. Al llegar, no había rastro de Maude ni de Brian y entró en la cabaña, asustada, pensando que algo le ocurría al escocés, tal vez Iain estaba muerto. Entró de golpe, haciendo estallar la pesada puerta de madera contra su propio marco. Sus ojos chocaron con los de Iain, que estaba despierto.

—¿Te dije o no te dije que lo curaría? —gritó Maude con una risotada. Le bloqueó la entrada a Erin el tiempo suficiente para que apartara los ojos de él.

La abrazó de pura alegría. ¿Cómo no se podía querer a esa mujer con ese don tan especial? Brian se unió a ellas y las arropó con sus brazos.

—¡Irlandesas testarudas! —exclamó con un apretón contra su cuerpo que casi las ahoga.

Iain se preguntó por qué todos daban saltos como locos, cuando él estaba ahí, sin poder moverse, muerto de sed y seguramente con fiebre.

Erin lo miró de nuevo con un suspiro y curvó sus labios en una sonrisa. Iain había sobrevivido y era lo único que, por ahora, le daba un respiro a su

conciencia. Se acercó a él y cogió agua para dársela.

—Me alegro de que hayas despertado por fin.

—¿Por fin? ¿Cuánto tiempo llevo aquí tumbado? —preguntó desconcertado.

—Tres días.

La cabeza le daba vueltas, se sentía muy débil, la flojedad de sus músculos le impedía incorporarse, ni siquiera podía beber agua solo. Agradeció la ayuda de Brian mientras la irlandesa derramaba el líquido sobre su boca.

—Descansa, Iain —le dijo Erin con tono seco.

Era horrible sentirse tan inútil. Una anciana que recordaba entre pensamientos nebulosos asintió. Los ojos se le cerraban, pero al menos no se sentía caer una y otra vez por un oscuro túnel en el cual solo había un ángel de cabellos rojos que intentaba salvarlo. Intentó evitar dormirse, pero cayó presa otra vez de un sueño inquieto.

Cuando volvió a abrirlos, se encontró a Erin muy cerca.

—No te muevas —advirtió ella. Colocó una mano sobre su torso desnudo y sintió el intenso calor de su piel sobre la suya.

—No pienso hacerlo —gruñó—. La cabeza vuelve a darme vueltas.

Erin mojó un paño de agua fría y se lo colocó con ternura sobre la frente.

—Maude te ha salvado, la anciana —dijo inclinando la cabeza hacia la mujer—. Cree que eres un Donnell, al igual que Brian y yo, si no, nunca te hubiera ayudado —susurró para advertirle.

—Apenas recuerdo nada.

—Es por la fiebre —dijo Erin—. Has estado a punto de morir, escocés.

Iain cerró los ojos e intentó enfocar la imagen de Erin una y otra vez. ¿Mi ángel? ¿La había llamado así mientras estuvo con fiebre? Los pensamientos se le escapaban en mitad de los dolores.

—No es la primera vez que te hieren de gravedad. Esa cicatriz de la pierna... —preguntó la irlandesa.

Iain se removió incómodo. En aquella ocasión había sido Ayr quien lo veló día y noche sin importarles quién la necesitara.

—Dos veces —afirmó la anciana inclinándose sobre él con el dedo en alto—. A la tercera va la vencida, escocesa.

—¡Calla, Maude! —ordenó Erin—. Aún se está recuperando.

—Solo digo que, a la tercera, ¡plas! Si te he visto no me acuerdo. —Río como si fuera una broma.

Erin la regañó con la cabeza mientras Brian acomodaba las mantas. Iain no

era muy dado a las bromas y las miró con rencor. Por primera vez, al mirarlo con el ceño fruncido, quiso reír. Tal vez el hecho de haberlo visto con fiebre, débil e indefenso, le hacía parecer menos ogro. Intentó ocultar su sonrisa mirando hacia otro lado.

—Descansa, muchacho —ordenó Maude—. Estás débil, seguro que tienes la mente turbia, si no, no te atreverías a mirarme así. Guarda tu genio para los ingleses, fortachón. Erin tuvo que contener una carcajada ante el comentario de Maude, que estalló cuando la anciana le dio un empujón y Iain cayó de nuevo tumbado—. ¿Ves? Estás débil como un recién nacido.

Brian abrió los ojos. Iain se iba a poner furioso, pero la mujer tenía razón, cayó contra el jergón y no volvió a moverse, aunque sus ojos seguían a la anciana con inquina.

—Me voy a dormir —afirmó la anciana—. Cuida de él, que beba mucha agua —ordenó a Erin. Brian desapareció, escabulléndose detrás de Maude.

—No te enfades con ella —le dijo la irlandesa—. Te ha salvado la vida.

Iain la miró ceñudo y cerró los ojos. Al poco tiempo los abrió al escuchar la respiración de Erin en el silencio de la noche. Le hubiera gustado sentir de nuevo el cuerpo de ella recostado contra el suyo y el olor a lavanda de su pelo. Bueno, no parecía tan débil como la anciana le quería hacer creer, al menos una parte de su cuerpo estaba en perfecto estado.

Para hacer más severa su tortura, la luz tenue de los rayos de luna rasgaba la oscuridad de la habitación, entraba a través de los mal asentados postigos dejándole ver el perfil dormido de la muchacha. Su rostro dulce esbozaba una tenue sonrisa en la boca. Látigos de luz anunciaron la tormenta para iluminar aún más a Erin. Había sido muy injusto con ella, en parte la culpaba de los actos de su padre, un hombre que comerciaba con mercenarios.

Erin estaba a punto de caer. La muy obstinada, en vez de irse a dormir se había quedado sentada en el butacón. El brazo hacía rato que caía lánguido hacia un lado y su cuerpo se acercaba de manera peligrosa hacia delante. Iain intentó incorporarse para echarla hacia atrás, y la cabeza pareció estallarle en mil punzadas de dolor. La vio inclinarse un poco más hacia el borde por el peso de la cabeza y del brazo. Miró a su alrededor, a su alcance solo estaba el balde de agua. Cuando el líquido atravesaba el espacio entre él y ella supo que no había sido una gran idea. El agua se derramó sobre la cabeza de la irlandesa, que saltó asustada. Se miró el vestido empapado y el agua chorreando por las puntas de su pelo. Lo miró atónita sin poder creerlo.

—¡Eres un idiota, escocés! —farfulló furiosa—. Si querías algo, haberlo pedido con educación, no somos tus siervos ni tenemos que aguantar tus desaires.

—No, espera, Erin —quiso explicarle, pero al ver su pelo mojado y cómo se secaba la cara con el dorso de la mano una carcajada se escapó de sus labios.

La irlandesa abrió los ojos como platos y cayó sobre él con los puños cerrados para golpear su pecho sin pensar en que estuviera herido o que fuera impropio.

¡Pero qué se creía ese idiota prepotente y egoísta! No era su sirvienta para que la tratara así. Iain se preparó para el ataque de la muchacha al caer sobre él y atrapó sus muñecas sin poder dejar de reír con el rostro de Erin pegado al suyo. La capturó entre sus brazos al retorcerse y la irlandesa paró. Erin abrió los ojos sorprendida y enfrentó su mirada ceñuda a la de él. La sorpresa le cortó el aliento. Iain mostraba una sonrisa sincera marcada de hoyuelos, sus ojos azules estaban enmarcados por un haz de pequeñas arrugas a los lados. Erin ahogó un gemido. Iain era verdaderamente atractivo cuando sonreía.

—¿Te hace gracia, escocés? —le preguntó para romper la profunda atracción que sentía por él en ese momento. Como era habitual, no le contestó, sino que guio sus brazos hasta la espalda, inmovilizando su cuerpo contra él.

—Suéltame, Iain.

—¿Quieres que lo haga? —susurró con voz ronca.

No, no quería, pensó mientras él, despacio, le soltaba un brazo para hundir los dedos en su cabello mojado. Quedaron tan cerca que el aliento de ambos se mezclaba con la respiración del otro.

Iain se perdió en las motas verdes de sus ojos, en sus mejillas sonrosadas, y descubrió pequeñas pecas que antes no había visto en los montes de sus labios. La empujó desde la nuca y la acercó antes de que pudiera reaccionar. Tomó su boca primero, abarcando la suave superficie, lamió con una suave presión de su lengua cada una de sus pecas y después la introdujo en el sabor de su interior.

Erin cerró los ojos ante el beso del escocés. Él no tenía que saber que había sido el primer hombre en besarla así, cuerpo con cuerpo, piel con piel. Su risa había sido una sorpresa que la había dejado indefensa ante él. Las manos de Iain le acariciaron el cuello, buscó el palpitar de su pulso con las yemas de los dedos, las siguió con pequeños besos, rozando con su nariz cada centímetro de

piel. Erin sentía cómo su cuerpo reaccionaba, se excitaba, el calor que desprendía Iain, desnudo bajo las mantas, la atraía sin remedio.

Iain la sintió revolverse contra él, frotarse con una pasmosa familiaridad con su miembro. Paró con la débil voluntad que le quedaba. Erin alzó los ojos en una expresión interrogante. El escocés, a la luz de la luna, con el pelo revuelto y el semblante contraído, le pareció que sufría enormemente. La apartó como si la viera por primera vez, con sorpresa y vergüenza.

—Yo, lo siento, no debí... —dijo turbado con la mirada vidriosa—, creo que aún tengo fiebre.

Erin se levantó despacio, abandonó el calor de las mantas e intentó colocarse el vestido.

—No te vayas —susurró él.

—Debes descansar, Iain —susurró con voz queda antes de desaparecer.

Solo quería escapar de él y de lo que había ocurrido. Por su aspecto, él ardía de fiebre y había caído desesperada en sus brazos. ¿Un beso? ¿Y si pensaba en otra mientras la besaba? ¿Y si él mañana no recordaba nada? Ella no podría olvidarlo. Caminó fuera de la habitación y se sentó junto a las ascuas del fuego. Se sintió helada hasta los huesos, presa de las emociones y el desconcierto. Nunca le había permitido nada parecido a ningún hombre y no por el férreo control de sus hermanos, sino porque nunca nadie la había atraído de esa forma. En esa habitación con Iain había perdido su dignidad, él no sabía lo que hacía y ella se había aprovechado en cierta manera, pero es que esa forma de mirarla y su sonrisa la habían vuelto loca. Erin se acurrucó con los brazos plegados sobre el cuerpo mientras el fuego calentaba sus lágrimas.

Iain se levantó con ayuda del bastón que la bruja le había conseguido. Maude le miró como si fuera un niño obstinado y cabezota.

—Apenas tienes fuerzas, no llegarás a la puerta —dijo la bruja de Maude mientras desplumaba un ave tirando con más fuerza cada vez de las plumas.

Estaba seguro de que, si la mujer pudiera, les haría lo mismo a sus orejas. Por fortuna era más alto que ella, e incluso apoyado en su sostén de madera, intentó intimidarla con su altura, retándola a que dijera algo más. Lo observaba en su torpe avance por la habitación, despacio, apoyando su cuerpo contra los muebles. Paró al llegar a la mesa. La tarea de andar requería de

toda su paciencia para no lanzar el maldito bastón contra algo, pero por lo menos la cabeza ya no le dolía. Estaba a punto de caer rendido, sobre el suelo si hacía falta, cuando oyó fuera cómo reía la irlandesa.

—No hablas mucho, ¿eh? —Rio Maude—. Eres obstinado como una mula.

Iain la miró con rencor.

—¿Llamo al muchacho? —le preguntó.

—No.

—¿Te ayudo?

—No.

Ella negó con la cabeza y volvió a su tarea de pelar al pobre animal. Las voces de Erin y Brian se oyeron sobre los mugidos de la vaca y la curiosidad le impulsó los últimos metros hasta la puerta.

—¡Así no se puede ordeñar una vaca, sea irlandesa o escocesa! —regañó Brian a la chica.

Iain llegó hasta la puerta al fin y los observó en silencio. Los dos estaban sentados en taburetes mientras Erin cogía con torpeza las ubres del animal. El pelo de Erin se agitaba bajo el lomo del animal mientras Brian reía sin parar ante sus torpes intentos.

—¡Ahora tienes que silbar! —dijo Brian.

—¡Me tomas el pelo! —replicó Erin, y soltó a la vaca con tanta brusquedad que esta se enfadó y agitó la cola, golpeándola.

—¿Quién te enseñó a hacer esto, Brian? No creo que vuestros guerreros se dediquen a ordeñar rebaños.

—Fue Iain. Un invierno. La viuda de Malcolm cayó enferma, su casa estaba más alejada del resto y las mujeres no podían llegar solas. Uno a uno, cada día Iain nos hizo ir a cuidar de sus animales mientras él le llevaba comida y leña para el fuego.

Iain, que los escuchaba, sonrió recordando a Maisie, la viuda de su amigo.

—Eso es muy noble —afirmó Erin de corazón, algo perpleja por conocer la otra faceta del rudo escocés.

—Iain cuidó del clan, aun sabiendo que nunca sería *laird*. Nuestro jefe estuvo enfermo muchos años antes de morir y él se hizo cargo. Ayudó a Ayr a que saliéramos adelante, por eso están tan unidos, solos ante la responsabilidad que recayó en ellos.

Brian calló un momento y la miró.

—Iain no siempre fue así —dijo como si supiera lo que Erin pensaba—.

Hubo un tiempo en que disfrutaba como todos nosotros, reía todo el tiempo y gastaba bromas, pero el peso de todo un clan lo fue dejando cada vez más solo. Angus era mayor y cada vez delegaba más en él, sin entender que Iain estaba cada vez más aislado de todos.

Erin comenzaba a comprender lo que le había ocurrido a Iain, apenas un niño con la tarea de un hombre. Tal vez al ver su fuerte personalidad todos pensaron que era el más adecuado para hacerse cargo sin contar con el gran peso que cargaban sobre sus hombros.

—¿Y la viuda de Malcolm? —preguntó Erin—. ¿Qué fue de ella? ¿Se recuperó?

Brian rio divertido.

—Maisie se recuperó y vive en el castillo. Iain no le permitió volver a vivir sola con tres críos, tan alejada de todo. Ahora consiente a Iain a todas horas, persiguiéndolo con pasteles y tartas de mora.

Ninguno de los dos era consciente de que los observaba. Erin estaba más hermosa cada día. Desde la noche en que la besó, ella apenas se le acercaba. El pelo le brillaba, más claro por el efecto del sol, su tez se estaba bronceando, en un día así estaba seguro de que su piel se llenaría de hermosas pecas y el sabor de sus labios sería más cálido.

Ella se giró y dejó de escuchar a Brian. La mirada de Iain era divertida como si le hiciera gracia que ella se preocupara por las tonterías que Brian le contaba. Ambos quedaron suspendidos en una comprensión mutua, apenas se conocían y hacía tiempo que se habían juzgado erróneamente.

—¡Iain, estás en pie! —gritó Brian rompiendo su complicidad. Se acercó corriendo hasta él para ayudarlo.

Erin vio cómo la vaca aprovechaba la oportunidad para huir, harta de sus malogrados intentos y rio mientras se levantaba e iba en busca de los escoceses. Ayudaron a Iain a sentarse en una silla y el muchacho fue dentro a por una manta. Erin intentaba no mirar a Iain, se sentó junto a él mientras retorció las manos sobre el regazo.

—Estás mejor, no debes forzarte tanto, la herida...

—Estoy bien —replicó Iain antes de que ella lo convenciera para volver a la cama—. Estoy harto de esa habitación, me asfixio.

Se hizo un incómodo silencio entre ambos. Erin miraba la puerta, nerviosa, esperando que Brian volviera. Al fin suspiró nerviosa y lo enfrentó.

—Iain, yo no sé cómo decirlo. La otra noche... entiendo que creíste que era

otra persona, no tienes obligación alguna...

Iain la miró extrañado. ¿Otra mujer? ¿De qué hablaba?

—La otra noche, ¿qué pasó?

Erin sonrió aliviada.

—¿No lo recuerdas?

—¿Debería acordarme de algo?

Los ojos de la irlandesa se abrieron grandes, llenos de alivio.

—No, de nada, no tiene importancia.

—Si dije algo que no debería, lo siento, muchacha.

—¡Oh, no! Era una tontería —dijo Erin. Apoyó una mano sobre su brazo y suspiró por aquel pequeño momento de intimidad entre los dos. Con aquella sonrisa y la pequeña disculpa, Iain le pareció más humano, menos rígido e inaccesible.

—¡Así que esta era la razón para tanta cabezonería! ¿Ver a la muchacha? Haberla llamado, hubiera corrido como una cervatilla a tu lado —bufó Maude al verlos tan cerca el uno del otro.

La irlandesa se puso colorada y saltó de la silla con brusquedad.

—Tengo cosas que hacer —dijo mirando en varias direcciones al intentar decidir qué era eso tan urgente que la llevaba lejos de la inquisidora mirada de Iain. Se decidió por las cuadras y salió a la carrera con una breve disculpa. Erin sintió su mirada aun cuando había cerrado la puerta tras ella.

Los caballos la recibieron con unos cuantos relinchos de bienvenida. Así que él no se acordaba, tal vez fuera lo mejor. Después de todo, Iain era demasiado recto, demasiado serio, demasiado atractivo. Debía, por su propio bien, olvidar esa sonrisa, ayudarlo a recuperarse y conducirlo a Dunluce lo antes posible.

Capítulo 12

Iain se quedó pensativo mirando la puerta por la que había desaparecido la irlandesa. Deseaba a aquella muchacha pelirroja desde que la vio por primera vez, pero eso debía acabar. Si en vez de comportarse como un idiota arrogante la hubiera tratado un poco mejor, ahora ella no huiría de él a cada instante. Erin le había salvado la vida, era la mujer más humilde del mundo. Siendo la única hija de Sorley Donnell su vida debía de haber estado llena de privilegios y, sin embargo, ahora no dudaba en ayudar en las tareas más pesadas a Maude, hasta en la de cuidar a un guerrero malhumorado y hosco. Recordó cómo le había hablado en la cueva, al conocerla, y se avergonzó de su comportamiento. Ahora se entendía a sí mismo, le gustaba mucho esa irlandesa de cabellos de fuego y ojos verdes.

Movido por las buenas intenciones, inició su camino hacia el establo donde ella se ocultaba. Sentía que debía disculparse con Erin, hacerle saber que no tenía que temerle, que, en realidad, la deseaba más que a nada en el mundo. Deseaba su compañía y su risa cerca, sus pequeñas manos curando sus heridas, hasta oírla canturrear esas absurdas canciones en gaélico por la cabaña, pero sobre todo su mirada verde sobre él.

Llegó al cabo de un rato, sofocado por el esfuerzo. La mano le dolía a causa de inclinar todo su peso en el bastón. ¡No estaba mal para ser su primer día en pie!, se animó, vacilando en la puerta.

Su instinto de soldado le hizo girar la cabeza y entonces los vio: un grupo de soldados bajaba las colinas cabalgando. Iain miró hacia atrás, vio a Brian en la puerta de la cabaña. Ambos se hicieron una señal. El muchacho se sentó cerca de la puerta y Iain entró apresurado en los establos, trastabillando en su prisa por ocultarse.

—¡Iain!, ¿qué haces aquí? Deberías estar ya en la cama, se te abrirán los

puntos.

Erin se le acercó en la penumbra y él le tapó la boca en un gesto desesperado para ocultarla de los ingleses. Si veían su *plaid* y su cabello rojo, sabrían al momento quién era. Al hacerla callar, ella también los oyó en medio de los sonidos animales. Los cascos de los caballos pasaron muy cerca de ellos, junto a las voces de un numeroso grupo de ingleses.

—¿Qué ocurre? ¿Quiénes son, Iain? —preguntó asustada, con la voz convertida en un susurro.

—Ingleses —dijo con un gesto con el que le ordenó de nuevo silencio.

—¿Te han visto entrar?

—No creo. Ven, Erin, tenemos que escondernos.

Lo miró, preocupada, cojear hacia la parte más alejada de la puerta. La condujo entre los caballos que ellos mismos habían traído. Las gallinas, encerradas en un pequeño corral, se alborotaron a su paso. Iain se colocó tras un montón de paja y ella lo miró como si estuviera loco, allí agazapados podían ser coceados. Con un movimiento la agarró de la mano y tiró para que se agachara junto a él.

—Iain, ¿qué haremos si entran? —preguntó asustada.

Él la miró con sus ojos azules dilatados por la débil luz que entraba en aquella parte de los establos.

—No entrarán. Brian lo impedirá —contestó arqueando su boca en un débil intento de tranquilizarla. Con el dorso de su mano le acarició la mejilla y ella sonrió, acunada por ese gesto tan tierno.

Oyeron voces de un lado a otro, pasos que parecían rodearles hasta que la puerta del establo se abrió, dejando paso a la claridad del exterior. Un cuadrado de luz iluminó el lugar y Iain la cobijó bajo su cuerpo. Le hizo agachar la cabeza y permanecer quieta, la protegió con su torso en un fiero abrazo. Alguien entró y recorrió el lugar sin acercarse demasiado a ellos. Los caballos se revolviéron y Iain la apretó aún más fuerte para protegerla de los pisotones.

Erin estaba asustada, temblaba sin control y no porque los ingleses la encontraran, sino por Iain. Casi todos los ingleses destacados en Carrickfergus la conocían y no le harían daño. A todos los efectos, era la prometida del gobernador, pero él se enteraría. Sabría que era una traidora, que les había engañado, que los conducía a una trampa. Ahora no, suplicaba, no ahora que Iain había comenzado a acercarse a ella y era tan feliz allí, en una pequeña

cabaña perdida en una cañada. En algún momento debía volver a su misión, su vida estaba hecha añicos, su padre en prisión y su madre y hermanos escondidos en la isla de Rathlin. Era un sentimiento egoísta, pero no podría soportar ver en los ojos de Iain el desprecio. Aunque lo intentara evitar, sentía algo muy fuerte por él.

A su lado él contenía la respiración. Sentado con ella entre los brazos Erin sentía la proximidad de su cuerpo, los músculos rodeando sus brazos, protegida por aquel formidable guerrero. Aun herido y caminando con un bastón, era imponente en su altura y constitución. El calor que desprendía Iain le resultó insoportable, un fuego demoledor crecía desde sus entrañas, no sabía ni dónde poner las manos, porque su voluntad la obligaba a apartarlas de aquellos enormes brazos.

—¡Aquí no hay nadie! —gritó una voz que parecía joven. El soldado salió de prisa y cerró tras él.

Iain permanecía tenso. Brian estaba ahí fuera, pero no dudaba de que los soldados le verían como a un muchacho inofensivo que vivía con Maude. Esa bruja de lengua larga podía apañarse con un ejército entero. Tenía una reserva escondida de whisky para emergencias, como ella lo llamaba, un plan de contingencia por si los ingleses decidían molestarla. Siguieron escuchando voces altas hasta que por sus palabras dedujeron que Maude les estaba dando de comer y beber, algo que un soldado, fuera inglés, escocés o irlandés, no desestimaría nunca. Seguro que Brian estaba rabiando al ver sus presas cocinadas para los soldados. Pasaron un largo rato en silencio, Iain abrió las piernas y ella cayó de espaldas contra su torso con total confianza.

—No les harán daño, ¿verdad? —preguntó Erin sofocada aún por el abrazo de Iain.

Él se apartó un poco y la dejó sentarse sobre una bala de paja. Los caballos al fin se habían tranquilizado hacía rato, pero la sensación de tenerla en sus brazos le había gustado demasiado como para soltarla.

—Maude sabe cómo manejarlos, es una bruja con la apariencia de una dulce ancianita.

Erin rio ante sus palabras, Maude era todo menos una dulce anciana. Su coraje era lo que había curado a Iain. El recordarlo medio muerto, sostenido por Brian mientras buscaban la granja, le hizo rodear su brazo con afecto. La fuerza de sus músculos le maravillaba junto a la sensación de peligro que hacía latir su corazón con frenesí. Respecto a su carácter, poco a poco

comprendía la estúpida fachada que Iain había construido a su alrededor. Con ella ocultaba ese sentido del humor y un corazón capaz de conmoverse por la viuda de un amigo en apuros.

—Erin, cuando vi a los soldados acercarse venía a pedirte disculpas —dijo Iain más relajado, apoyando su cuerpo en la pared de madera—. Siento mucho cómo te traté al principio.

—No sabes lo que es ser desagradable. —Erin imitó su ronca voz para después mirarlo con la risa bailando en sus ojos verdes.

—Puedes reírte, a veces me comporto como un...

Erin posó la yema de sus dedos sobre los labios de él. No quería que siguiera disculpándose, prefería seguir bromeando con él.

Iain nunca había pasado tanto tiempo junto a una mujer así. Le resultaba tan fácil hablar con ella. No estaba acostumbrado a disfrutar de una conversación sin importar el tiempo ni las obligaciones. Erin era especial, la llamada de deseo entre uno y otro se incrementaba cada día, sentía que se escapaba de su control. Una madeja de fuerte hilo, tensa, que en algún momento se desenrollaría para estallarles en la cara. La culpa era de la mirada de la chica, era consciente de que ella lo observaba como si fuera especial, no un hombre cualquiera más reservado y serio de lo normal. Se acercó a ella con dificultad, hasta quedar a sus pies con una mirada pícara.

—Voy a besarte, irlandesa, no me niegues que tú también lo deseas —afirmó con voz ronca—. Erin, te he deseado desde que te vi en aquel páramo perdido.

Erin abrió los ojos, ansiosa, anticipando el momento, con el deseo de que él no siguiera perdiendo el tiempo que se les escapaba a los dos, porque dentro de poco Iain ya no la miraría a la cara, la despreciaría y olvidaría por traidora. Tenían un tiempo limitado y ahora que había llegado a conocerle no quería alejarse de él sin entender qué era lo que su corazón le gritaba. Notó cómo Iain se acercaba a su rostro y se inclinó hacia él con lentitud, sintió el leve roce de los labios de él sobre su boca y supo que perdería cualquier batalla contra su razón.

Él le hizo bajar hasta el suelo con suavidad. Recibiéndola en su regazo, la acunó contra su cuerpo y la besó sin prisa, dejándola con ganas de más, como un experto cazador al acecho del golpe final. Con la lengua acarició la suya mientras sus manos se hundían en el cabello del otro.

El sonido de los cascos los hizo separarse sorprendidos; los soldados se

marchaban. Iain cogió su bastón y se levantó con dificultad con ayuda de Erin.

—Iain, yo también deseaba besarte —confesó al fin, segura ya de sus sentimientos.

—No debí dejarte escapar la otra noche en mi habitación —reveló Iain con una expresión pícara.

Erin lo soltó y lo miró con furia.

—Creí que no recordabas nada, ¿me has mentido!

—*Mo aingeal*, recuerdo cada caricia de tus manos en mi cuerpo y lo guapa que estabas empapada. No dudes que era a ti a quien besaba, no era ninguna otra imagen de mis sueños.

La cogió de la barbilla y dejó un breve y suave beso en sus labios antes de apoyarse en ella para seguir andando.

—Eres insufrible —contestó al verlo encoger los hombros, avergonzado por abrir su alma para ella.

Nunca olvidaría a Iain por mucho tiempo que viviera, aunque él la echara de su vida y la despreciara, cosa que no dudaba que sucedería tarde o temprano.

Brian apareció para abrir la puerta y les sonrió con un aire de autosuficiencia que era imposible obviar.

—¿Todo bien? —le preguntó Iain nada más verlo.

—¡Claro! Les llenamos la tripa y la garganta de buen whisky y no preguntaron más. —Brian miró a Erin entornando los ojos y ella apartó la mirada—. Buscaban a Erin —dijo el muchacho confundido.

—¿Dijeron algo? —preguntó la irlandesa.

—No mucho —negó Brian tomando su lugar para ayudar a Iain.

Era demasiado evidente que quería quedarse solo para hablar con Iain, ¿y si los soldados habían comentado algo acerca de su padre o de Héctor? ¿Y si le habían dicho que ella no había escapado, que tenía un trato con los ingleses? Debía arriesgarse y dejarlos solos. Si Brian había descubierto algo, no podía evitar que se lo contara a Iain.

Fue en busca de Maude con la horrible sensación de que quedaba muy poco tiempo para conducirlos a Dunluce.

Capítulo 13

Erin apenas había dormido. No había notado nada extraño en Iain desde que los soldados ingleses dejaron la granja, pero ahora había desaparecido y Brian estaba poco comunicativo.

—Maude, ¿dónde está el escocés? —preguntó Erin como si tal cosa.

—Le tienes delante —dijo la anciana con una sonrisa, señalando a Brian.

El muchacho afilaba su cuchillo de caza con esmero. Toda la semana les había llevado excelentes piezas que Maude, poco acostumbrada a esos manjares, agradecía comiendo por cuatro. Ahora que los ingleses habían acabado con sus reservas, lo enviaba a por más.

Erin bufó. No le extrañaba que a veces Iain ni siquiera le hablara, se hacía bastante difícil convivir con sus pullas constantes.

—Se fue solo —dijo al fin—, antes del amanecer. No es mal chico, pero habla poco.

Maude la observó salir en su busca muy seria. Aquellos dos iban a acabar muy mal.

—Si vas tras él, toma —dijo, y le arrojó un hatillo de comida—. Al menos come algo, muchacha.

Lo encontró a la orilla del río, tumbado boca arriba con los brazos cruzados a modo de almohada. Se acababa de bañar y solo llevaba su *kilt* puesto, tenía el cabello aún mojado y echado hacia atrás. Su mirada fue hasta la horrible cicatriz de su costado ya casi cerrada y sus brazos doblados. La fuerza regresaba a cada uno de sus músculos en tensión. Erin nunca había visto un físico como el suyo, con el cuerpo de un enorme vikingo tallado en bandas de pura fibra. A su lado, tirado de cualquier manera, estaba el bastón que utilizaba para apoyarse.

—¡Estás aquí! Llevo un rato buscándote —se quejó—. Déjame ver la

herida.

Esperó alguna brusca contestación de Iain, pero solo abrió los ojos para mirarla. No la engañaba, no había estado dormido en ningún momento, la había oído llegar hacía rato. A veces las dotes de guerrero de Iain la asustaban y la maravillaban a partes iguales.

—No podía ir muy lejos —dijo al fin sin moverse.

Esperó a que él la invitara a sentarse y, al no hacerlo, cruzó las piernas y se sentó de golpe. Dejó a un lado el desayuno que Maude les había preparado.

Iain sintió su mirada y se giró, sus ojos se encontraron. Estaba preciosa. El aire libre había enrojecido sus mejillas, su tez antes pálida brillaba e incluso su pelo estaba más claro, algunos mechones cerca del rostro eran casi rubios.

—Odio ese bastón —dijo—. Nunca he sido bueno en depender de algo.

Erin esbozó una sonrisa y se acercó a él. Iain correspondió a su sonrisa. Estaba logrando que Erin confiara en él, ya no lo miraba temiendo sus palabras, sino que lo buscaba ya fuera tocándolo o acercándose como ahora.

—Ni de alguien, no hace falta que lo admitas...

La miró de manera pícaro y se inclinó para coger el bastón, se apoyó en él para sentarse pegado al cuerpo de Erin hasta que las piernas de ambos se rozaron. La irlandesa se inclinó sobre él y examinó la herida, rozó con ternura su piel mientras sus ojos escrutaban la gruesa línea que se deslizaba por su costado.

—¿Cuándo estaré bien, Erin? Aún no puedo caminar sin este maldito trozo de madera, llevamos casi diez días aquí, no puedo perder más tiempo. Tú lo entiendes mejor que nadie, tu familia estará preocupada por ti —dijo Iain sobre la cabeza aún agachada de ella.

Erin se sorprendió por el tono de su voz. No quería engañarse, pero hablaba con cierta ternura e intimidad, en verdad Iain la sorprendía más a cada momento.

—No lo sé, Iain, aún no puedes montar. Tal vez necesites unos días más, ten paciencia.

—Tampoco soy muy bueno en eso —farfulló. Cogió la camisa ya seca y se la puso con torpeza.

Erin se sintió aliviada. No podía hablar con él como si nada, cuando solo estaba pendiente de su cuerpo desnudo junto a ella.

—Es por tu hermano, ¿verdad?

—No sé si está vivo o muerto, la duda me está matando poco a poco.

Ella sí lo sabía, y dónde estaba y lo que había hecho con él Héctor, pero no podía decírselo sin descubrirse, dentro de poco Iain lo sabría todo. El corazón le decía que confiara en él, que se lo contara todo ahora que aún podía explicarle sus razones.

—Todo el mundo ha pensado siempre que era yo quien cuidaba de mi hermano, que él dependía de mí, pero no era cierto. He tenido que quedarme anclado en este lugar sin más que hacer que pensar para darme cuenta de lo mucho que necesito a Alistair.

Iain calló un momento y arrojó una piedra al río con una fuerza que la hizo estallar contra el agua.

—Alistair siempre se ha preocupado de un modo diferente por mí, deseaba únicamente que fuera feliz.

—¿Qué pasó? ¿Por qué lo capturó Héctor?

—Fue culpa mía. Llevaba tiempo diciéndome que nos fuéramos de Tye y no le hice caso. Él quería volver a ver a lo que queda de nuestra familia, en el sur...

—En realidad, quería alejarte del castillo, de Ayr —adivinó Erin.

Iain fijó sus ojos azules en ella. La irlandesa lo miraba de tal forma que parecía querer atravesar su alma.

—Sí —afirmó dolido—. Se marchó solo porque sabía que iría tras él. Fue cuando Héctor lo capturó para atraernos a todos aquí, a Irlanda, donde puede tener un ejército. Quiere su venganza y utiliza a mi hermano para llevarnos a su terreno. Héctor cree que le corresponde a él ser el *laird* de Tye.

—Iain, no debes sentirte culpable, él solo quería que fueras feliz y alejarte de algo que te dolía.

—Cuando se casaron pensé que mi clan aún me necesitaba, tal vez solo fue una excusa para ver si algo cambiaba en el corazón de Ayr. —Un incómodo silencio se hizo entre los dos, demasiado intenso y personal—. ¿Sabes lo que es que te rompan el corazón, Erin?

—No. —Suspiró con todo el aire que contenían sus pulmones al ver cómo Iain se sinceraba con ella, tal vez era la única persona a la que él se lo había contado—. Supongo que es horrible y decepcionante y... —Se dio cuenta de que Iain sonreía ante sus torpes intentos de consolarlo y su incapacidad para callar.

Él la miró. Ahora era cuando Iain se cerraba, hermético y sin hablar, inmerso en ese pequeño universo en el que solo él podía entrar. Erin se

sorprendió cuando lo vio mirarla con ternura.

—Tenía razón, Alistair siempre tiene razón. Debí irme antes, cuando Edward y Ayr se casaron.

—Tengo dos hermanos, odio que siempre tengan razón —se quejó Erin. Sus ojos se encontraron y esbozó una sonrisa mientras se encogía de hombros.

La risa cantarina de la irlandesa al recordar a su familia le provocó una punzada en el pecho. Era como si su voz condensara las cosas más simples que siempre lo habían maravillado. El sonido del viento agitando las hojas de los árboles, un rayo de sol tras la lluvia, el primer copo de nieve en el invierno... Lo cierto era que a pesar de la incertidumbre por el destino de Alistair aquellos habían sido los días más felices de su vida en mucho tiempo, y todo por culpa de esa irlandesa de cabellos rojos.

La cogió del brazo pegado al suyo y la acercó a él. Hizo lo que más deseaba desde hacía días, hundir de nuevo sus dedos en su pelo y acercar su rostro al de ella. La besó bajo aquella mirada verde, intensa, que al principio tanto le había molestado y que ahora añoraba cuando bajaba los ojos sonrojada.

Erin sintió los labios de él aún agrietados por los efectos de la fiebre, pero a la vez, suaves y tiernos. ¿Cómo un hombre tan reservado y rudo podía besar con tanta ternura y suavidad? El olor a brezo y a tierra que emanaba de él la inundaron mientras Iain se abría paso con su lengua. Uno a uno fue perdiendo el resto de sus sentidos hasta solo ser el contacto de su boca con la de Iain. Poco a poco él la inclinó torpemente por el dolor de su herida, atrapándola contra el suelo. Se dejó llevar por Iain, acarició su cabello negro y lo miró mientras la besaba. Iain tenía los ojos cerrados con una paz que la desarmó. La besaba a ella, no a un recuerdo ni a una imagen distorsionada por la fiebre. La besaba a ella, a Erin Donnell, totalmente entregado.

Se sintió única, como si fuera la mujer más poderosa de Irlanda. Su audacia crecía, sus manos buscaron la piel de Iain, tocó las fibrosas bandas que formaban su estómago y rozó con ternura la cicatriz que se formaba a lo largo de su costado.

Iain la separó un momento y abrió los ojos. Al notar su movimiento, pensó que iba a apartarla, pero en lugar de eso la observó con una mirada indescifrable.

—Erin —susurró en su oído, de tal forma, con tal súplica de deseo que sintió cómo su cuerpo reaccionaba a él.

Uno a uno Iain desabrochó cada lazo de su vestido hasta que el escote se

abrió y él tiró hacia abajo liberando sus pechos. Con ambas manos los cubrió sin perder el contacto con sus ojos para no perderse ni una sola de sus reacciones.

—Eres tan hermosa y dulce, irlandesa —dijo Iain con la voz entrecortada—. Me has salvado la vida, y aún no te he dado las gracias como debería.

—Iain, bésame de nuevo, por favor —susurró Erin sin darle tiempo a que la duda mellara en su conciencia.

No quería que él siguiera ahondando en sus ojos y viera su verdadera naturaleza. Abrió los labios para enlazarse a los de él, no podía separarse del escocés. ¿Y si volvía el Iain de antes y la frialdad que tanto la había herido? ¿Y si perdía ese momento para siempre? Se pegó a él, aferrada a esos pensamientos, si lo soltaba desaparecía el hombre tierno, volvería su mandíbula a tensarse y su mirada sería fría de nuevo.

Iain siguió el recorrido de su piel con los labios hasta el cuello, marcó cada centímetro hasta sus pechos, se demoró con la lengua en sus pezones, rodeándolos hasta que hizo que a ella se le escapara un gemido.

—Erin, mi irlandesa de ojos esmeralda, sé que me deseas tanto como yo a ti.

Como única contestación, ella se enlazó a su cuerpo. El calor que sentía se tornó húmedo, un hueco se abría en su interior, un deseo fuerte de que él la llenara. La fricción contra el torso de Iain no era suficiente, el *kilt* que lo cubría les separaba como un muro infranqueable. Erin lo sabía desnudo bajo aquella tela y eso la excitaba más que cualquier caricia. Iain debió de apreciar su ansia y le levantó la falda del vestido. Sus dedos exploraron los suaves muslos y suspiró al notarla húmeda, desbordada. Acarició la línea que abría las puertas de su interior con devoción hasta encontrar el hueco palpitante para acariciarlo con sus dedos. Iain sintió arder la piel, iba a derramar su semilla en el *kilt* como un chiquillo. Comprendió que deseaba más que nada en el mundo darle el primer atisbo de lo que era la intimidad entre un hombre y una mujer, mirar a sus ojos mientras se corría para él. Erin gimió enseguida ante su primera gota de placer, sin saber que la hacía tan sensible y débil a la vez que fuerte y poderosa. Todo su cuerpo vibró, y lo cortó asustada, avergonzada, con las mejillas sonrojadas y el aliento convertido en un gemido. Iain la miró con sus ojos azules y recorrió con los dedos cada una de las pecas de sus labios.

—Iain, yo... yo nunca pensé que esto era así. Bueno, mis hermanos, ya sabes hablaban, pero nunca me contaron... —trató de explicar, pero las

palabras se atascaban en su garganta, no hilaba una sola frase coherente. Si al menos él dejara de mirarla así...

—Hay mucho más, créeme —afirmó él muy serio, una barrera que él no quería traspasar, aunque su cuerpo lo clamaba a gritos.

De manera inconsciente, Erin se mordió el labio y lo entendió. Lo que ocurría bajo el *kilt* de Iain no podía pasar desapercibido.

—Ahora me toca a mí, déjame ayudarte —afirmó muy segura—. Quiero que sientas lo mismo que yo. Quiero darte placer, Iain —se quejó en una súplica.

Iain no podía creer su suerte. Su nombre entre aquellos labios le pareció lo más sensual del mundo, a pesar de la dulce e inocente torpeza de su propuesta.

—No, Erin, olvídalo. Estaré bien —negó Iain por primera vez en su vida, avergonzado. Ella era aún demasiado inocente para comprender lo que hacía.

—Pero yo quiero —protestó, molesta por su negativa.

No esperó su permiso, sino que su pequeña mano se detuvo sobre el bulto que llamaba su curiosidad. Apretó, consciente de la reacción de él y, cuando vio que Iain cerraba los ojos en señal de rendición, se sintió maravillada por su poder sobre él. Buscó entre los pliegues del *kilt* hasta abrazar con sus dedos la férrea columna, maravillada por su suavidad y dureza.

—Me matarás —gimió Iain. En vez de apartarla como le dictaba la razón, acopló su mano sobre la de ella y la guio con la fuerza de su agarre, arriba y abajo, al principio suave, y después, con arrebatadora fuerza hasta que Iain casi alcanzó su límite, y gimió una vez más con los dientes apretados.

—¿Qué pensarás ahora de mí, escocés? ¡Descarada irlandesa!

Iain intentó concentrarse en su voz, en lo que Erin decía mientras una solitaria gota escapaba a su control.

—No, no te avergüences —consiguió decir. Reunió toda su voluntad y apartó la mano de la muchacha de su erección. Le dio la vuelta para quedar sobre ella, tiró de la ropa y ante él quedó el más precioso cuerpo de mujer que nunca soñó poseer. Erin intentó taparse y Iain le sujetó las muñecas con firmeza—. No te escondas de mí, pequeño duende irlandés —le dijo con una extraña sensación en el pecho. La cubrió con sus brazos, la envolvió con su cuerpo hasta que descubrió la maravillosa certeza de lo que significaría hacer el amor con ella.

Erin se sentía al borde del precipicio, cada vez más cerca de caer al abismo. Iba a entregarle todo a Iain. El escocés no era el frío soldado de mirada dura que ella había imaginado ni el temible vikingo de las historias de

su madre. Era solo un hombre, leal, bueno y apasionado que se había ganado su corazón.

Iain se colocó entre sus piernas, las separó con la rodilla y la oscuridad de sus ojos le anunció que no había vuelta atrás.

—Dime que sí, Erin, después no seré capaz de apartarme de ti. He soñado con esto cada noche al escuchar tu respiración y oler tu cuerpo a mi lado mientras velabas mis sueños y mis pesadillas.

—Sí. —Un sí que escapó de sus labios, claro y determinado que significaba que ya no tendría vuelta atrás. Erin tomó fuerza de su decisión. ¡Que el mundo se acabara en ese instante! ¡Que todo y todos se fueran al infierno! Nada le importaba más que Iain y ese momento.

Entró despacio en ella, dejando su enorme marca en cada milímetro de piel, abriendo su canal húmedo a su paso y preparándola para él. Iain retrocedió con deliberada lentitud y entró con fuerza para romper su barrera. La llenó entera, sin dejarla respirar ni sentir el dolor al acoplarse a él.

—Pasaré pronto, *mo aingeal* —le susurró mientras con sus dedos la devolvía al placer.

En efecto, el dolor dio paso a la fuerza de sus músculos, que se cerraron en torno a Iain mientras él entraba y salía, le provocaba mil punzadas de placer hasta que todas se convirtieron en una sola, fuerte y poderosa, que les hizo gemir a ambos.

Mucho después, aún abrazada al cuerpo de Iain, recordó lo que él había susurrado en su oído mientras inundaba su interior: «Eres mía». Fue entonces cuando comprendió que todo su mundo había cambiado y ya nunca más sería la de antes.

Capítulo 14

Las nubes amenazaban de nuevo con lluvia y los débiles rayos de sol apenas iluminaban el sendero que Erin recorría con cautela. Una risa juguetona se coló en su corazón y la desbordó. Iain la seguiría en un rato. Anticipó el momento de su encuentro, los ojos color del mar que la envolvían con deseo, las manos ásperas y fuertes que le rodeaban la piel y le hacían gemir de placer. «Iain». Notaba cómo sus labios se inflamaban solo con pronunciar su nombre en voz alta. Tenía que ser amor porque apenas podía controlar cada latido de su corazón. Se sentó en el lugar acordado, entre el brezo, al cobijo de dos sauces que sumergían las hojas en el agua del río.

Iain se movió con lentitud por la cabaña en el intento de no hacer ruido con el bastón, mientras las débiles brasas iluminaban el bulto que la anciana formaba sobre su cama. Menos mal que dormía como un tronco, porque si Maude se enteraba de aquellos encuentros furtivos los censuraría. Y estaría en lo cierto, Erin no merecía un amor a escondidas, su naturaleza inocente y confiada no tardaría en revelar su relación furtiva. Iain había visto florecer a Erin en los últimos días, con esa risa dulce que en ocasiones se perdía en canciones susurradas en gaélico de viejas leyendas y amores imposibles.

Iain salió de la cabaña inmerso en sus pensamientos y cerró tras él con suavidad. Al girarse, libre ya de hacer ruido, casi chocó con Brian.

—¿Qué haces, Iain? —preguntó el muchacho con cierta severidad en la mirada.

Lo miró con reticencia. El muchacho dormía en los establos y con toda probabilidad lo había visto salir furtivamente todos los días al encuentro de Erin.

—Nada que te incumba, Brian, ¡apártate!

Su amigo quedó parado ante él con arrogancia. Lo que menos deseaba ahora

era una regañina como si fuera un crío pequeño.

—No hagas esto con ella. ¿La has deshonrado?

—Te he dicho que no te metas en esto, Brian —dijo Iain cegado por la decisión del muchacho a retenerlo.

No deseaba escucharle porque en su mente sabía que tenía razón. Todo su ser le gritaba que aquello estaba mal, despreciaba al padre de la chica, no pensaba en otra cosa que encontrar a su hermano y volver a Escocia como alma que lleva el diablo.

—No he querido decir nada antes, Iain. ¿Crees que Maude y yo no nos damos cuenta de vuestras miradas? ¿De cómo has cambiado en los últimos días?

—Lo sé, sé que no debería darle falsas esperanzas sobre mí, soy lo que soy. Pero ya es tarde para todo esto, así que déjalo de una vez, Brian.

—¿Qué le dirás a su familia cuando los veas cara a cara?

—No necesito sermones, muchacho, déjame pasar.

Brian se apartó sin mirarlo a la cara y Iain le golpeó el hombro al pasar.

—Iain, ella está enamorada de ti —le dijo Brian mientras sus pasos lo conducían colina abajo hacia el río.

¿Enamorada? Iain, furioso, dio una patada a un tronco y se detuvo, ya lejos de la vista de la cabaña. ¡Diablos! Brian le había echado un buen sermón como si él fuera el muchacho y el chico el adulto. Se recostó contra un árbol para recuperar el aliento, aún demasiado débil para bajar de una vez la pronunciada colina. Se echó el pelo hacia atrás ante las primeras gotas de lluvia que anunciaban otro día lluvioso. ¿A qué tenía tanto miedo? ¿A que Erin estuviera enamorada como decía Brian o a que no lo estuviera? El muchacho tenía razón, debía parar esto ahora que no era demasiado tarde, eso o casarse con ella. Bufó al levantar la mirada hacia la copa del árbol bajo el que se encontraba. ¿Y si le rechazaba?

Erin empezaba a preocuparse, la hora del amanecer había pasado hacía rato y no había rastro de Iain. Aún llevaba el bastón, podía haber tropezado y estar herido en el camino. Nerviosa, se disponía a ir en su busca cuando lo escuchó. Se acercó hasta él con una breve carrera.

—¿Estaba preocupada por ti! ¿Te han visto? —Erin retrocedió un momento al verle con semblante serio y pensativo. Él la miró como si no la conociera, estaba claro que algo pasaba—. ¿Qué ocurre, Iain?

Abrió los brazos y ella cayó en ellos, haciéndolo trastabillar. Iain se inclinó

para acunar su rostro entre las manos y la besó con pasión conteniendo sus labios con los suyos. Su sabor lo desarmó con una asombrosa familiaridad, arrolló sus miedos ante sus ojos verdes y se separó para rodearle la cintura y acercarla a él.

—No pasa nada. Te he echado de menos, Erin.

Ella lo miró extrañada. Hacía un rato que se habían visto en la cabaña.

—¿Qué dices? —Rio—. Si me has visto despierta hace menos de una hora.

—Por un momento me fui lejos de ti, pero ya he vuelto.

Erin sonrió ante los acertijos del escocés.

—Pues no vuelvas a desaparecer hasta que me beses de nuevo.

Iain hizo exactamente lo que ella le pedía y tomó una decisión. Unir los pedazos rotos de su corazón no sería fácil.

Capítulo 15

Héctor sonrió al ver cómo Ayr descendía las escaleras de piedra de Dunluce con la magnificencia de una reina. Llevaba el vestido que él le había regalado, una prenda de un color dorado extravagante, pero que realzaba el color ámbar de sus ojos como ninguna otra. Si esa mujer no fuera tan idiota de seguir empeñada en ir de un lado a otro llorando, estaría preciosa, y no con el rostro congestionado y rojo. Al fin la tenía como él había deseado tantas veces, podía hacer con ella lo que quisiera mientras su marido, Edward Aunfield y el insufrible de Alistair Tye estuvieran en el agujero del castillo.

Lo primero que se le pasó por la cabeza al capturar a Edward había sido matarle, pero uno no pasa más de un año fraguando una venganza, adiestrando un ejército en Irlanda para acabar así de fácil con su enemigo. La tortura de que él supiera que, a pocos metros, su mujer se arrodillaba ante él era infinitamente más divertida. Además, estaba Iain. El frío escocés no podía perderse lo que tenía reservado para Ayr y ese imbécil todavía no había aparecido.

Dunluce era su Roma particular, todos los caminos de su venganza conducían allí y, tarde o temprano, él aparecería de la mano de Erin Donnell. Había sonsacado a Ayr que se habían separado hacía tiempo y no sabía dónde estaban. Disfrutó mucho cuando ella se dio cuenta de la evidente traición de la irlandesa, se vino abajo y destruyó sus esperanzas de escapar. La tenía dominada y sometida. Cuánto hubiera disfrutado su viejo amigo viéndola así.

La vio avanzar, atravesar el salón despacio para sortear a los ingleses que se cruzaban en su camino sin hablarle y se sentó a la mesa junto a él. Héctor hizo una señal y uno de los sirvientes corrió a retirar todos los cubiertos de la mesa. La hacía comer con las manos.

—No hace falta que hagas eso, Héctor, mientras estén vivos no haré nada

que pueda ponerlos en peligro.

—Eso espero. Aun así, prefiero que no me saques un ojo con un tenedor — dijo Héctor con una sonrisa.

Ayr apartó la vista de aquellos pequeños ojos negros inquisidores y reprimió una mueca de asco al verlo comer. La salsa y el vino se desbordaban por las comisuras de los labios de Héctor hasta que la grasa caía en la negra barba. Ese ser repulsivo había golpeado a Edward y lo había arrojado a las profundidades de un viejo pozo sin luz. Según afirmaba allí abajo estaba también Alistair. Suplicó de rodillas, incluso se ofreció a cambio de ellos hasta que supo que no conseguiría nada de esa manera. Para su propia suerte, a Héctor le gustaban más los hombres que las mujeres y en su estado, al verla desnuda, le había repugnado tanto su cuerpo que por el momento la dejaba en paz.

Cada hora, cada segundo que Ayr pasaba en Dunluce, crecía su odio por Erin. Los había engañado como idiotas desde el momento en que la encontró en aquel barco. Debía haber hecho caso a Edward y sospechar de ella; no tuvieron oportunidad alguna cuando en las proximidades del castillo los emboscó un destacamento entero de ingleses.

—Un día más y parece que Iain se ha olvidado de dónde tenía que ir. —Rio Héctor—. ¿Crees que os ha abandonado? Amigos y hermano, tal vez ya no le importéis lo suficiente. ¿Se te hace larga la espera, Ayr?

Ni siquiera levantó la mirada del plato, con las manos en el regazo e inmóvil en su silla. Tenía que controlarse, mostrarse sumisa. Hacía dos noches que había descubierto el odio que sentían los ingleses por Héctor, tenía que encontrar un amigo.

—A lo mejor la irlandesa le ha calentado la cama y os ha olvidado. Es lista, hasta me engañó a mí, sacó a toda su familia del castillo antes de ir a por vosotros.

Ayr levantó la cabeza, interesada por ese dato. Cuando Héctor los capturó fue lo primero que se preguntó, dónde estaban todos los Donnell.

—No importa, el gobernador y yo sabemos dónde están —continuó Héctor—. En Rathlin, la isla. —Rio sarcástico—. Cuando solucione lo de Iain, acompañaré yo mismo a Dressex a exterminarlos uno a uno.

Ayr quiso replicar, pero volvió a hundir la mirada en su regazo. El gobernador no perdería la oportunidad de acabar con el clan enemigo. No sería la primera vez que habría un baño de sangre en Irlanda, pero allí habría

niños, ancianos, personas inocentes, sería una masacre.

—No eres más que un asesino —replicó Ayr, consciente del peligro que corría, pero no podía soportar que él continuara hablando.

Héctor se levantó con un brillo en los ojos; la había provocado al fin. La abofeteó tan fuerte que Ayr creyó que caería de la silla. No era la primera vez que él lo hacía cuando bebía sin control. Se mantuvo quieta y bajó la mirada. Notó cómo la mejilla se hinchaba y pequeñas punzadas de dolor le golpearon bajo el ojo.

—¡Ves! Esto es lo que pasa cuando me provocas, Ayr, no aprendes. Hay que estar calladita —gritó él. Rodeó la mesa y golpeó la madera una y otra vez, furioso—. Si no fuera porque el gobernador me ha enviado un mensaje de que espere, te enseñaría a ser obediente.

«Bebe más, idiota», pensó Ayr. Cuando estaba borracho se le desataba la lengua. ¿Por qué habría dicho el gobernador que esperara?

—Déjame verlo, Héctor. Solo una vez, por favor —suplicó, caminando hacia él.

—Eres tonta, muchacha. No hasta que tenga a Iain, entonces os reencontraréis todos. Me emociono solo de pensarlo —dijo Héctor con ironía.

—Vas a matarnos a todos.

Héctor la miró y movió la cabeza a un lado y a otro con desesperación.

—Te lo dije, elige: morir ahora o después con ellos.

Ayr fue hasta su silla y cayó sobre ella, derrotada.

—Buena elección, Ayr.

Mientras Héctor seguía aferrado a la jarra de vino, ella se dedicó a evaluar a los soldados que comían en otra mesa. Si al menos no le hubiera dado la daga a Erin, podría contar con la lealtad de algunos de ellos. Para eso se la dio la reina, para demostrar que un fuerte vínculo las unía y protegerse en caso de necesidad. Ella, como una tonta, se la había dado a Erin cuando más la necesitaba. Esa noche intentaría convencer al capitán del destacamento. Tenían que salir de allí antes de que el gobernador llegara, no tenía la menor duda, él llevaba la orden que permitiría a Héctor ejecutarlos por espías. ¿Qué más podrían hacer un grupo de escoceses en Irlanda, en plena guerra de clanes, si no era conspirar contra la reina?

Capítulo 16

Erin era tan feliz que no podía creerlo. Compartía con Iain miradas y sonrisas, le ayudaba cada día a recuperarse, sentía que no solo de sus heridas, sino también de algo que en su interior le había atormentado durante años. El río lo era todo, donde solos podían cada uno encontrar la paz en sus almas culpables, por tan diferentes razones en uno y otro corazón, que el de Erin se consumía. A cada minuto se daba más cuenta de que el final estaba cerca, que debería elegir entre entregar a Iain o salvar a su padre, y la decisión le quemaba el alma. Hasta la mañana en que, sin haberse dado cuenta de cuándo fue el primer paso, lo vio caminar sin el bastón. Iain salió de la cabaña con Brian, los vio ejercitarse, probar que estaba casi restablecido y podían emprender el viaje. La hora había llegado, pensó Erin, les quedaban solo unos días porque Ayr y Edward ya habrían llegado a Dunluce, ya sabrían que ella los había traicionado a todos y que Héctor estaría a la espera.

Partieron al alba, con las lágrimas de Maude y la promesa de que volverían. Erin sabía que eso no ocurriría nunca, a ella la casarían con el gobernador y con toda probabilidad Iain y Brian se pudrirían en una cárcel inglesa junto a sus amigos, si es que Héctor no los mataba antes.

La anciana los abrazó por turnos, pero al que más le costó decir adiós fue a Iain. En cierto modo Maude era como él, cuanto más grandes eran las pullas entre ellos, más se adoraban el uno al otro.

Antes de montar, la anciana la apartó de ellos y entrelazó sus arrugadas manos a las de ella.

—Muchacha —le dijo a Erin—, cuando llegue el momento de elegir piensa con el corazón. No hagas nunca que tu madre se avergüence de ti, no está en tu naturaleza ser una traidora, ella te enseñó bien.

Erin abrió los ojos, aterrorizada. Maude lo sabía.

—No te sorprendas, Erin, los soldados hablan mucho cuando están borrachos.

—¿Y Brian? ¿Lo sabe?

—No es tonto, niña. Sospecha algo, pero no, no estaba cuando tiré de la lengua a ese capitán inglés. No creo que tu padre estuviera de acuerdo en que lo salvaras a costa de una buena gente. Piénsalo, Erin, y haz lo que creas.

—No me queda más alternativa, Maude.

—Ese escocés te ama, lo sé. Iain te haría muy feliz —afirmó la anciana con tristeza—. Siempre hay una alternativa, Erin, tal vez juntos podáis encontrarla, cuéntaselo.

Las palabras de Maude le quemaron en el corazón durante millas mientras se alejaban de su paraíso. «No hagas que tu madre se avergüence de ti».

Aquella noche acamparían por última vez, a un día de su hogar. Erin reconoció las tierras de su padre, el mar estaba cerca y el viento era más fuerte. Su amada Irlanda, presa de los ingleses y sedienta de paz. Un poema que su madre solía recitar en las noches de invierno le vino a la cabeza con la voz profunda que ella utilizaba para contarles las leyendas de su tierra.

*Mór, hija del vástago de Tadhg del norte,
que ha llegado a la lúgubre casa de los muertos.
Mientras tu camino guías en una helada mañana de otoño,
conduces a la muerte al amado.*

Los ojos de Erin se llenaron de lágrimas y, al sentir su temblor, Iain la cobijó entre sus brazos.

—¿Qué te ocurre, irlandesa? —le preguntó con voz suave—. Ya casi hemos llegado, ¿te preocupa lo que dirá tu familia de mí?

Lo miró sorprendida. Ni siquiera había pensado en el mañana porque no lo habría. Iain se retrasó un poco y dejó que Brian se alejara para poder hablar sin testigos. Erin tembló de miedo. Seguramente Iain pensaba en ellos, en que la había quitado la inocencia. Por eso, cuando él continuó, apenas podía escucharlo.

—Erin, hablaré con tu madre y con tus hermanos. Si quieren matarme, lo entenderé, por eso debemos casarnos cuanto antes.

Iain le hizo levantar la barbilla y sonrió con expectación. No era la mejor ni la más romántica de las formas en que se podía pedir matrimonio, pero era la única que le salía del corazón. No sabía si amaba a Erin, pero estaba seguro de que sus almas se correspondían. Ella le hacía feliz con solo mirarla, jamás

había sentido tal paz como cuando se hundía en sus ojos color esmeralda. Ella hacía correr la sangre por sus venas y latir su corazón. Uno a uno, Erin se las había arreglado para recomponer cada pedazo de su corazón roto.

Lo que menos esperaba era que Erin lo mirara de esa forma, aterrorizada ante su propuesta.

—¿No lo habías pensado? ¿Tanto te horroriza casarte conmigo, irlandesa? —preguntó molesto—. Sé que no es la mejor forma de pedírtelo, pero te habrás dado cuenta de que no soy muy romántico, no sé de poemas ni de cortejos...

—No lo entiendes —lo interrumpió.

Iain frenó al caballo y la ayudó a desmontar con brusquedad.

—Explícamelo entonces. Lo que sí sé es que esa cara no es la de una mujer que vaya a decir que sí.

Erin luchó contra ella misma unos minutos, dudando. No quería mirarlo, no podía ver sus ojos mirándola con furia. Podía decir que sí, que lo amaba tanto que le dolía, pero no. Así no, cuando sabía que los separarían para siempre. No podía seguir fingiendo, mintiendo, traicionándolo. Iain no merecía eso, merecía la verdad. «No avergüences a tu madre».

—No puedo casarme contigo, Iain.

Sus palabras, tan rápido como salieron de su boca, hicieron mella en el escocés. Un profundo dolor se instaló en sus pupilas, la mandíbula de Iain se tensó como la cuerda de un arco.

—Pensarás que soy un estúpido —dijo con la voz ronca—. Creí que tú también eras feliz a mi lado, Erin.

Ya no la llamaba irlandesa. No había el menor rastro en su pose y en su voz que le recordara al hombre tierno de días atrás.

—No puedo creer que fingieras tan bien tus sentimientos, que al hacer el amor no sintieras lo mismo que yo.

Sus palabras la quebraron de dolor, y se llevó las manos al estómago con angustia. No podía hacerle aquello. Iain ya había sufrido una vez el amor no correspondido y lo había transformado en un hombre frío y serio que huía de los demás.

—No fingía, Iain, pero es imposible. No lo entiendes.

—No vuelvas a decirme que no lo entiendo, explícamelo —contestó, cada vez más enfadado. Puso las manos en sus hombros y ella levantó la mirada hacia sus ojos azules.

—No puedo.

Iain la soltó de golpe como si le quemara su contacto. Estaba furioso, pero no, esa vez no era Ayr a quien tenía delante, esa vez estaba convencido de que el corazón de esa mujer le pertenecía y de que estaban hechos el uno para el otro.

Se acercó hacia ella con la misma furia con que se había separado y la rodeó con su brazo. Atrapó su rostro cogiendo su barbilla y la obligó a besarlo, a demostrarle que mentía. Puede que Erin dijera que no lo amaba, que no quisiera casarse con él, pero sus labios respondieron con la misma furia, su cuerpo reaccionó a su contacto hasta caer contra el cuerpo de Iain.

La irlandesa se separó de él con lágrimas en los ojos, y lo golpeó en el pecho con los puños.

—¡Iain, os he traicionado! —gritó al fin escupiendo la verdad. El escocés la miró con el ceño fruncido. Ahora era él quien no lo entendía.

—Tu hermano está vivo, Iain, está en Dunluce —confesó Erin, harta de llevar la culpa sobre sus hombros. Aunque él no lo dijera, sabía que era una duda que él llevaba como un lastre.

El escocés la miró de una forma que le dijo que empezaba a comprender. Su mente estaba hilando cada una de sus acciones desde que la había conocido.

—Es cierto, Iain, la manda Héctor.

Ambos se giraron. Brian había vuelto sobre sus pasos intuyendo lo que ocurría. Había desmontado y los miraba con una expresión que le hacía maduro y más mayor de lo que ellos creían.

—¿Tú? ¿Lo sabías? ¿Qué?

—Los ingleses se lo contaron a Maude. Yo estaba fuera y lo escuché por casualidad. Estabas con ella en el establo —explicó Brian—. No me miréis así, sé lo que hay entre vosotros. Iain, te lo hubiera contado yo mismo, pero esperé a que ella fuera la que confesara, en el fondo creo que Erin te quiere. Merecía al menos que le dejara explicártelo.

—Maude también lo sabía, lo sabíais todos menos yo. ¡Qué estúpido he sido! ¿Te ha hecho gracia que este pobre idiota escocés te pidiera que fueras su esposa? —gritó Iain—. ¿Qué nos espera en Dunluce? —dijo aferrando a Erin del brazo con una sacudida.

—Héctor y un destacamento inglés —contestó Erin sin voluntad para encararse con él para que dejara de decir esas cosas horribles.

Iain podía decirle lo que quisiera, insultarla incluso. Sabía que nunca le

haría daño físicamente, solo con sus palabras y su mirada; ella sabía que la única posibilidad de ser feliz había muerto con su confesión.

—Supisteis todo el rato que mi hermano vivía, que Ayr, Edward y todos nos dirigíamos a una trampa. Eres una serpiente taimada y venenosa, Erin. El encuentro con Brian y Ayr no fue casual, por eso nos seguían tan de cerca los ingleses.

—Sí, sí y sí, pero, Iain, no pensé...

—Que sería tan idiota como para caer en tus redes, ¿verdad?

El dolor en el azul de sus ojos abrió un abismo entre ambos. Erin lo vio levantar la mano para darle una bofetada y bajarla, atormentado por lo que había estado a punto de hacer. Montó a caballo como un salvaje, de un salto, y simplemente desapareció en la espesura de los árboles. Brian la miró con un gesto desesperado, pero no fue tras él. Iain necesitaba tiempo para pensar y él se lo daría, acamparían allí esa noche. Iain volvería.

—Gracias por no contárselo tú mismo, Brian. —Fue lo único que pudo decir al ver marchar a Iain.

—Confíe en ti, mi amigo no merecía esto. Hacía mucho tiempo que no veía ese brillo en sus ojos —dijo Brian mirándola con decepción—. No creo que esta vez se recupere.

Pasó la noche en vela, a la espera de que Iain decidiera volver, envuelta por el calor de la culpa y el frío de la noche, en unas horas en que la oscuridad se hizo eterna.

Volvió al alba, con los primeros rayos sobre las colinas. Ni siquiera la miró, desmontó y despertó a Brian con una sacudida. El Iain que había vuelto era el que había conocido en la costa de Carrickfergus. Introverso y huraño, con el ceño fruncido en eterno rechazo hacia todo y todos.

Erin lo vio apagar las brasas del fuego con fuertes golpes de sus botas mientras Brian se preparaba.

—He podido llegar hasta Dunluce —le contó a Brian—. A partir de las colinas hay patrullas inglesas, pero parecen relajados. Después de tantos días, no saben cuándo llegaremos —dijo mirando a Erin con una rabia que apenas podía contener—. Supongo que los tienen encerrados.

—Lo llaman el agujero —contestó Erin sin amilanarse por sus malas formas. Al fin y al cabo, tenía lo que merecía, pero no por ello callaría como un conejo asustado. Ella también tenía sus motivos y no tenía sentido rogar ni pensar en lo que habría podido ser su vida junto a Iain.

—No suena muy bien —dijo Brian.

—Es justo lo que indica su nombre, un agujero que hizo excavar mi abuelo en el suelo del castillo. Nunca me permitieron verlo, pero sé dónde está. Mis hermanos me llevaban hasta ese corredor que desciende casi al nivel del mar, allí me asustaban con historias de fantasmas, incluso a través de las paredes puede oírse cómo el mar golpea contra las rocas.

—¿Tu familia está en el castillo? —preguntó Iain con esperanza. Tal vez Erin se había visto obligada a protegerlos mintiendo. Cuando la vio negarlo, su alma se retorció un poco más. Reprimió un par de insultos que se le vinieron a la cabeza y se negó a mirarla. La ira se enroscaba en torno a él como si fuera una serpiente que lo ahogaba.

La decepción al ver el enclave del castillo no había hecho más que desesperarle aún más. Dunluce estaba en un risco, rodeado por el mar que rompía contra el saliente de la roca, y el único acceso al interior era un puente estrecho bien vigilado por los ingleses. El mar estaba plegado de *kelp*, bancos de algas tan enredadas que un hombre no podía nadar entre ellas sin morir en el intento. Sorley había elegido un buen sitio para que el clan Donnell resistiera ante sus enemigos. Era una pena que no hubiera criado a Erin con la misma perspectiva de que se convirtiera en una amenaza real para su familia.

—Conoces el castillo, dime cómo entrar. Erin, si no me sirves te dejaré aquí a tu suerte.

Brian los miró, apoyado sobre la empuñadura de su espada y con expresión triste. Erin le había contado que los ingleses tenían a su padre y cómo la amenazan con matarlo, pero llegados a ese punto, esos dos tendrían que solucionarlo solos.

—Erin encontrará la forma de entrar sin que nos vean.

—Estoy seguro —dijo Iain con todo el desprecio que podía destilar su voz —. Es una traidora muy lista.

—Vale ya, Iain —salió Brian en defensa de la muchacha.

—Déjalo, Brian. Sé cómo entrar, es mi hogar.

Fue el único momento en que Iain la miró. Erin se sorprendió al ver el fondo de sus ojos azules sin odio, solo el mismo dolor que ella sentía, el adiós a toda una vida soñada a la orilla de un río.

—¡Habla! —le ordenó.

—¡Ni hablar! No hasta que estemos en Dunluce. ¿Cómo sé que no me dejarás aquí?

—¿Cómo sé que no nos entregarás a los guardias en cuanto puedan oírte?

—Iain, he sido yo quien me he delatado, a cambio tendrás que cargar conmigo.

Iain no respondió que, con toda seguridad, Brian se lo hubiera contado, pero se sentía demasiado asqueado consigo mismo. Intentaba ser desagradable con ella, como al principio, pero todo había cambiado para siempre. Él había cambiado. No podía evitar amar a la irlandesa con todo su corazón. Hacía tan solo unas pocas horas que le había pedido convertirse en su esposa, ahora, bajo la luz de un nuevo día, era demasiado tarde para los dos.

Capítulo 17

Ayr se deslizó en silencio, pegada a los fríos muros de piedra. Siguió al inglés por el corredor que descendía por debajo del salón. Era tan estrecho y húmedo que las paredes rezumaban gotas que producían eco bajo sus pies; tenía un miedo irracional al agua y a los lugares estrechos. Una vez casi murió ahogada en un túnel como ese, solo que, aquella vez, era Alistair el que iba detrás, con su voz alegre animándola a continuar. Aquel día juró que nunca volvería a pasar por lo mismo, pero allí estaba, asustada y aterida, confiando en un inglés al que no conocía. Había esperado todo lo posible a Iain, una y mil veces se preguntaba qué lo había retenido, algo horrible debía de haberle ocurrido para que los abandonara. ¿Lo habría entregado Erin a los ingleses?

El brazo sesgado por una fea cicatriz se levantó en señal de peligro, la empujó contra la pared y oyeron voces que atravesaban el cruce de corredores por el que acababan de pasar. Todos en el castillo dormían aún. Las fiestas de Héctor duraban hasta la madrugada, regadas de whisky y cerveza, pero él mantenía las patrullas por el interior de Dunluce. Cuando Thomas estuvo seguro de que los soldados no les seguían, reanudó la marcha.

Ayr pensó que su suerte cambiaba cuando el muchacho se acercó a escondidas y le contó que había conocido a Edward en Londres y había servido bajo su mando apenas unos meses. Su marido era un héroe para él, le había tratado con respeto, a pesar de ser un muchacho un poco torpe, y le había ayudado frente a las burlas de sus compañeros más veteranos. La convenció de su lealtad al hablarla de Héctor que, sin motivo aparente, le había rajado el brazo en el viaje al castillo.

Se detuvieron frente a una pequeña reja mohosa, casi a ras del suelo. La pequeña llama del candil apenas iluminaba un hueco oscuro de unos cinco metros de diámetro. Allí dentro la oscuridad era casi total, el olor a humedad

y a orines era insoportable, todo en aquella antigua cárcel era inhumano.

Thomas abrió la reja con una llave conseguida mediante sobornos y se inclinó para coger la luz. Alumbró hacia abajo, con el cuerpo colgando sobre la oscuridad.

—Milady, ahí abajo no se mueve nada —dijo en un susurro.

Ayr sintió cómo la sangre le golpeaba las venas del cuello y el corazón se le encogía de miedo. No podían estar muertos.

—Edward, soy yo. Contesta.

Se tumbó contra el suelo para oír la respuesta que no llegaba. Nada.

—Edward, maldito inglés. ¡Contesta! —Volvió a intentarlo, gritando por encima del estruendo del mar al chocar contra los muros de la prisión.

—¿Ayr?

Se colgó aún más sobre el borde e hizo que Thomas alumbrara más abajo.

—Soy yo, inglés. —Gimió llorando.

—Creí que estaba soñando con tu voz. ¿Cómo estás, Ayr? Si ese malnacido de Héctor te ha tocado, lo mataré con mis propias manos.

—Estoy bien ¿Y Alistair?

—Aquí, *bainrígh*. —La voz que tanto había deseado oír no se parecía en nada a la del hermano de Iain, parecía ajada y ronca.

—¿Quién está contigo? —preguntó la voz de Edward desde la oscuridad al ver cómo la luz iluminaba el rostro de un soldado.

—Es Thomas Darcy, estuvo bajo tu mando en Londres hace tiempo.

Edward no recordaba a ningún soldado con ese nombre, pero se alegró de que Ayr al menos tuviera un amigo ahí fuera. Podía sobrevivir a la oscuridad y a las ratas, pero casi se volvió loco al pensar que ella estaba a merced de Héctor, que podía hacerle cualquier cosa mientras él estuviera en aquel maldito agujero.

—¡Señor, vamos a echar la cuerda! —gritó Thomas—. La ataré a la verja y a la cintura para poder ayudarles. Hay que darse prisa, la guardia pasará pronto. Tengo amigos en la tropa que nos ayudarán a salir del castillo.

—No.

Ayr no podía verle el rostro, pero la voz de Edward fue tajante.

—Es demasiado arriesgado. Thomas, ayuda a Ayr a escapar. Si Héctor la encuentra aquí, la matará. Además, no creo que tenga fuerzas para sacar a Alistair, está malherido y no voy a dejarlo aquí. Huye, Ayr, tienes que hacerlo.

—No voy a discutir contigo, nos vamos todos. ¡Echa la cuerda, Thomas! —

le ordenó Ayr. El muchacho dudaba.

—Señor, tienen que escapar, ella no se irá sin vos y no creo que aguante mucho más.

Ayr lo miró enfadada. Ese chico tenía la lengua demasiado suelta.

—Cada día que pasa le pega más. Si aún no ha hecho nada drástico es porque dice que en su estado le da asco.

Ayr lo empujó para que callara de una vez. El silencio se rompió con la pregunta de su marido.

—¿Qué estado? —preguntó furioso.

Thomas la miró y encogió los hombros, dueño del secreto a voces en Dunluce. El primer día Héctor la había llevado a sus habitaciones y la había desnudado. Al verla, la había abofeteado el rostro.

El inglés la miró, culpable, ató el cabo a la reja y después lo pasó por su cintura.

—Quise contártelo, Edward, en Escocia, pero entonces Alistair desapareció y luego Iain, y sabía que no me dejarías venir. No te enfades —concluyó desesperada.

Un quejido sobrepasó los metros de caída hacia la oscuridad y vieron desde arriba cómo la cuerda se movía. Thomas tiró de ella para ayudar al inglés. Ayr cogió el cabo suelto y ayudó al muchacho a tirar. Las manos le quemaban por culpa de la gruesa soga, pero no podía soltar. A los pocos minutos, un rostro asomó en la oscuridad. Ayr estuvo a punto de emitir un gemido y que la cuerda se escapara de sus manos. Aquel hombre, al que Thomas ayudaba a salir bajo la luz de la llama, no podía ser Alistair. Su rostro, su hermoso rostro imborrable para la memoria de cualquier mujer que lo hubiera visto, estaba hinchado y amoratado. Ayudó al inglés a quitarle las cuerdas que Edward le había anudado en torno a la cintura para que pudieran subirle.

—¡Alistair! —Gimió Ayr abrazándose a su torso—. No perdimos la esperanza nunca.

—Yo tampoco —afirmó con una seriedad que Ayr nunca había percibido en él.

—Hay que darse prisa —susurró Thomas, repitiendo los pasos dados, y arrojó la cuerda al vacío.

Ayr se dio cuenta de que Alistair no podía apenas moverse, pero los ayudó con tenacidad. Iain y él formaban parte de su clan, de su familia, por ellos sería capaz de cualquier cosa.

A Edward apenas le costó subir, ayudado por sus pies. Los pocos días que había pasado allí abajo no podían acabar con años de entrenamiento, y además los chillidos de las ratas le daban alas para escapar de allí cuanto antes. Eso y pensar que Ayr estaba en peligro. En cuanto cayó sobre la piedra del suelo, sus ojos se encontraron. A pesar de la tenue luz, vio lágrimas en los ojos castaños de ella y supo que tenía que sacarla de Dunluce como fuera. La sumergió en un abrazo y la sintió temblar bajo sus dedos. Su rostro tenía algunos moratones y estaba hinchado. Edward le pasó la mano por la mejilla y le sonrió. Puso su mano sobre el vientre de Ayr y notó que ya había empezado a curvarse. ¿Cómo se podía ser más feliz que nunca en aquel infesto agujero?

—Señor —saludó Thomas al que había sido su superior.

—Thomas, ¿verdad? No sé cómo agradecerle lo que has hecho por nosotros, pero encontraré la manera.

—No hemos salido todavía, milord, tenemos que atravesar el patio y el puente. Tengo algunos amigos, pero no será fácil. Seguidme, señor.

—Vamos, chico.

Por más que Edward intentaba recordar el rostro del muchacho, le era imposible ubicarlo en su memoria con ese nombre, en cambio al llamarlo chico pensó en Walsingham, el espía de la reina.

—¡Por aquí! —les indicó Thomas.

Entre Edward y Ayr ayudaron uno a cada lado a Alistair. La pierna casi le arrastraba sobre el suelo. Ambos se miraron sobre la cabeza gacha del muchacho, primero preocupados por él; después, se sonrieron, no les hacía falta decirlo, de nuevo juntos, pasara lo que pasara.

Capítulo 18

Erin se adelantó ante los dos hombres, apartándolos. Ella conocía el camino que llevaba entre los riscos hacia la cueva de la sirena, la única entrada a Dunluce que no estaría vigilada por los ingleses.

El viento soplaba con tanta fuerza que en más de una ocasión se vio empujada contra las rocas. Iain, tras ella, ni siquiera había intentado ayudarla, aunque en más de una ocasión se encontró tambaleante en el filo rocoso. Abajo, las amarillentas algas la esperaban para tragársela sin que él pareciera percatarse. Echaba terriblemente de menos al hombre en que Iain se había convertido para ella: un hombre tierno y atento que la había amado con su cuerpo de todas las formas posibles. No había duda. Ahora que no podía tenerlo, sabía que lo quería con todo su corazón. Su vikingo gigante, el protagonista de todas las historias de su madre era todo cuanto podía desear. ¿Por qué no se lo había dicho desde el primer momento? ¿Por qué no pudo confiar en él? En realidad, sabía la respuesta. Cuando lo conoció era reservado, serio y rudo, nunca creyó que tras su férrea capa se encontrara un hombre tan maravilloso.

Iain la seguía, tenso, preparado para ayudarla si caía, pero antes de tocarla se arrancaría un brazo. Ya sabía dónde estaba la entrada, no la necesitaba y, sin embargo, deseaba que aquellos últimos momentos a su lado fueran eternos. Ahora supo, al seguir sus pasos, por qué ella había podido escalar la costa de Carrickfergus. Le había contado a Brian que, en más de una ocasión, se había aventurado, siendo niña, por aquella ruta para esquivar los castigos de su padre.

El último día no había cruzado una sola palabra con Erin, excepto para que le informara de la distribución de los guardias y dónde exactamente se encontraba el odiado agujero. Alistair estaba allí, sentía que había perdido el

tiempo en aquella maldita cabaña, recuperándose por haber salvado a aquella irlandesa a la que ahora seguía.

Iain miró hacia el cielo y vio un rayo atravesar las nubes grises, otra tormenta se avecinaba desde el norte. Al girar la vista hacia la irlandesa, esta había desaparecido. Alarmado, miró hacia abajo, arrojó la espada contra el saliente ante la asustada mirada de Brian, se deshizo del tartán para tirarse al agua y entonces Erin volvió a emerger de entre las rocas y lo sujetó del *kilt*.

—Iain, ¿qué crees que haces? ¿Estás loco? Ni siquiera mis hermanos, que conocen la costa a la perfección, se atreverían a tirarse desde aquí. Si la caída no te mata, lo harán las algas. Al nadar, las *kelp* se enredan en tu cuerpo y te inmovilizan.

Iain ni la miró al volver a ponerse la ropa, como si su voz no significara gran cosa.

Lo miró con los ojos entornados, creía que ella había caído. ¿Se habría tirado arriesgando la vida por ella? Ni siquiera se lo pensó al arrojar su espada y deshacerse de su ropa. Le vio recoger sus cosas con un bufido y se internó en el hueco del que ella acababa de salir. Erin sonrió, tal vez aún quedara una esperanza para ellos dos.

La pequeña abertura en la roca quedaba unos metros bajo las primeras piedras que iniciaban la muralla. Las cocinas debían de estar cerca, porque el olor a asado les traspasó nada más entrar en la cueva resguardada del fuerte viento y las primeras gotas.

Erin les demostró que conocía la cueva, anduvo entre el abrupto suelo con soltura hasta llegar a una pequeña puerta de madera. Iain la empujó a un lado y ella le impidió el paso; con un suave golpe de su pie, la abrió sin problemas.

—No hace falta romperla —le dijo Erin en un susurro.

Iain se detuvo a su lado al pasar y el corazón a Erin comenzó a latirle de forma apresurada. Su aliento de la golpeó en la piel de los labios y pensó que iba a besarla cuando se inclinó sobre ella. Él la apartó de nuevo con una media sonrisa sarcástica y pasó primero.

Salieron a una pequeña habitación llena de grano y casi a oscuras. Erin la atravesó hasta llegar a la entrada. Sintió las pisadas de los dos guerreros y cómo desenvainaban sus espadas. Los imitó, sacando la pequeña daga que Ayr la había prestado para que se defendiera.

Los gritos comenzaron de repente, desde el otro extremo del patio. Sin saber qué ocurría, los tres retrocedieron de nuevo hasta la puerta.

Iain vio cómo el fantasma de su hermano —porque ese hombre roto no podía ser él— cruzaba la entrada opuesta apoyado en Edward Aunfield y en Ayr. Un soldado les guiaba hacia ellos a la carrera. Sin prestar atención al alboroto de su alrededor, fue a su encuentro y lo acogió entre sus brazos, arrancándolo de ellos y del suelo. Estaba débil y más flaco, pero lo abrazó hasta casi ahogarlo.

—¡Iain! —gritó Ayr tratando de empujarlos hacia la seguridad de los muros.

Reaccionó y se refugiaron en tropel en la habitación del pasadizo. Erin cerró las puertas tras ellos y se apoyó contra la puerta mientras todos se recuperaban del asalto. Colocó el tablón sobre las guías y atrancó la puerta desde dentro. Ayr casi cayó al suelo por la sorpresa cuando Iain le tocó la mejilla con cariño, vio sus ojos húmedos y no pudo reaccionar. ¿Qué le ocurría a Iain? ¿Desde cuándo Iain tocaba a alguien?

Erin los vio juntos y sintió un dolor en el corazón que le hizo quebrarse en mil pedazos. Era tan solo una extraña entre ellos. Eran una familia reencontrándose y supo lo que debía hacer sin dudar. Los gritos de los guardias golpearon contra la puerta.

—¡Están aquí! —Escuchó gritar. Los soldados pateaban la puerta con sus botas. De entre todas las voces distinguió la de Héctor dando órdenes a los soldados.

—¡Vamos! ¡Todos al pasadizo!

Erin ni siquiera sabía quién de los escoceses había gritado. Los vio entrar y permaneció apoyada contra la puerta, movida por los empujones de los soldados contra la madera. El último en entrar fue Brian. Nadie se dio cuenta de que no los seguía excepto él, que iba el último.

—Ve, Brian. No tengo alternativa, tienen a mi padre. —Gimió Erin—. Por favor, cuida de Iain.

—Ha sido un placer conocerte, Erin Donnell —hizo una pausa con determinación—. Pese a todo.

No necesitó que le explicase sus palabras: traición, rechazo, engaños, una lista demasiado larga para ser solo una mujer atrapada en un granero.

El muchacho se dio la vuelta y cerró tras él. Erin quitó la llave y dejó que los soldados entraran. Los Tye ya estaban a salvo, Iain y Brian los guiarían hasta la playa.

Capítulo 19

—¡Quítate de en medio, Edward! Tengo que volver a por ella —gritó Iain una vez más.

—Tenemos que salir de aquí, nos han descubierto porque el gobernador llegaba con otro destacamento de ingleses, esta vez no saldríamos vivos de Dunluce. —Edward intentó razonar con él, pero la mirada de Iain estaba perdida en la gruta que quedaba tras ellos—. Piensa en tu hermano, hay que sacarlo de aquí y curar esa pierna.

—Llevaos a Alistair, yo vuelvo a por ella —afirmó Iain decidido.

Cargaba con Alistair cuando, al salir de la gruta, la había buscado con la mirada. El temor le hizo trastabillar al ver que Brian y ella no estaban. Esperó un momento con la mirada fija en la oscuridad hasta que su amigo apareció, y miró detrás de él. Erin no estaba.

Edward suspiró tomando aire con fuerza y lo dejó girarse para volver sobre sus pasos, aprovechó la ocasión y lo golpeó con la empuñadura de la espada. Iain lo miró con furia antes de caer inconsciente con un fuerte golpe sobre el suelo.

Erin intentó comportarse con valentía mientras los soldados de Dressex, gobernador de Irlanda y su futuro marido, la conducían al barco en el que volvería a la fortaleza de Carrickfergus. Su mirada vagaba a cada momento a la extensión verde que rodeaba su hogar. Sabía que él, a esas horas, estaría muy lejos de ella, rumbo al sur, con toda su familia reunida. Nada ataba a Iain a aquella tierra, pero, aun así, Erin miraba hacia el horizonte esperando verle aparecer de un momento a otro.

El barco comenzó a moverse entre las olas mientras las gotas de lluvia le

mojaban el rostro hasta no distinguirlas de sus propias lágrimas. Al menos, vería a su padre, una vez casada con Dressex lo liberarían, ya no podían pedirle más porque ya no podía ofrecerles nada, excepto su voluntad. La embarcación se deslizó paralela a la costa, la isla de Rathlin quedó a su izquierda. ¡Qué cerca estaba de su clan y de su familia! El pensamiento de arrojar al mar cruzó su mente, pero el destino que le esperaba a su padre sería la horca. Miró hacia Héctor y Dressex, que no le quitaban la vista de encima. Ellos también pensaban que era capaz de tirarse al mar y se mantenían alerta.

Llegaron al amanecer al castillo de Carrickfergus. El día estaba claro, sin una sola nube. En la lejanía, a través de la lengua de mar se distinguía la costa escocesa. La impresionante fortaleza se adentraba en el mar, con sus dos torres redondas y su muralla en abanico. Alrededor de la construcción, unas leguas de mar adentro, se concentraban tres barcos con bandera inglesa. No habría forma alguna de escapar, aunque quisiera.

Iain apenas había hablado desde que despertó del golpe que Edward le había propinado. Ayr lo miraba con el ceño fruncido mientras cabalgaban siguiéndolo. Los llevaba a casa de Maude, ella podría curar a Alistair, la herida de su pierna tenía una fea cicatriz que supuraba y los dedos de la mano rotos no soldaban. Iain sentía que hervía la sangre, su hermano no podría sujetar la espada si no le ayudaban. Maude era la mejor opción ante la tortura que su hermano había sufrido a manos de Héctor y él ni siquiera se había acercado a ese perro para hacérselo pagar.

El recuerdo del último momento en que estuvo cerca de Erin lo asaltaba continuamente. Ahora hubiera dado lo que fuera por haber besado solo una vez más sus labios antes de atravesar aquella puerta. Brian le explicó las razones de la irlandesa para quedarse, tenían a su padre y no podía desaparecer y, sin embargo, seguía odiándola. La traición no tenía disculpa, tampoco el engaño. ¡Por todos los diablos, si le había pedido que se casara con él! Lo había tomado por un idiota al que manejar a su antojo ocultándole sus mentiras, y ahora Iain tenía miedo. Miedo a volver a aquella cabaña donde todo le recordaría a Erin, donde se escapaban hasta el río para explorar sus cuerpos desnudos y fueron felices, sí, apenas unos días, pero a él le habían valido por una vida.

Maude los recibió como esperaba, con alegría y una sonrisa en el rostro, hasta que preguntó por Erin. Todos contenían la respiración cada vez que su nombre era pronunciado y le miraban con disimulo. ¿Era tan claro para todos lo que Erin significó en su día para él?

La anciana enseguida tomó el control con Alistair y los despachó a todos lejos de la cabaña excepto a Ayr. En cuanto la vio, supo que la joven estaba embarazada y le hizo descansar todo lo posible mientras le curaba lo que quedaba de los golpes de Héctor.

—¿Cómo está, Maude? —le preguntó Iain harto de esperar fuera.

La anciana arrugó las comisuras de los ojos y sonrió ante su impaciencia.

—Se curará, escocés, pero tendrá que aprender a manejar la espada con la mano izquierda. Además, dice que es la primera vez que lo hieren y ya sabes...

—Tres veces Maude, a la tercera. —Rio Iain recordando las pullas de la vieja. La abrazó en un gesto de cariño que sorprendió a Ayr. ¿Ese era el mismo hombre que rehuía el contacto físico de cualquier manera? Era la segunda vez en pocos días que Ayr le veía mostrar afecto abiertamente.

—Tu hermano debe estarte muy agradecido, has atravesado media Irlanda y te has enfrentado a los ingleses. —Maude tomó aliento y miró a Ayr, que los escuchaba en silencio—. Una pena lo de Erin, era una buena chica irlandesa y os amaba de corazón.

Maude, una vez soltado lo que tenía que decir, desapareció en busca de agua. Iain se giró hasta encontrarse con la mirada fija de Ayr.

—Iain, estás diferente —dijo ella arqueando las cejas.

—¿Te has dado cuenta de que haces los mismos gestos que Edward? —dijo Iain con la esperanza de distraerla.

—A eso me refiero, nunca has eludido una pregunta. Sí, hay algo en ti diferente...

—En ti también, Ayr —dijo mientras señalaba su vientre, cada día más grande. Ayr sonrió y se abrazó el estómago con devoción. Estaba segura de que era un niño, el hijo de Edward, igual que él, fantaseaba a veces sumergida en un aura de felicidad.

—No intentes distraerme, ¿qué ha pasado entre Erin y tú? No es asunto mío, yo también la odié con toda mi alma al saber que nos había traicionado, estuvieron a punto de matar a Edward y Alistair por su culpa, pero me pregunto qué habría hecho yo en su lugar... o tú, Iain. ¿No has atravesado

media Irlanda para encontrar a tu hermano? Ella solo quería salvar a su padre, ni siquiera nos conocía. Estuvo mal, de acuerdo, pero solo digo que...

Iain, cansado, se acercó a ella con un movimiento brusco para interrumpir su discurso y levantó el dedo en alto en señal de advertencia.

—¡No quiero hablar de ella, no me hables de ella! —contestó con un furioso grito que hizo que Edward entrara en la cabaña a toda prisa. Los miró a ambos con el ceño fruncido y se relajó al ver sus caras sorprendidas por su aparición.

Iain pasó furioso junto a él, golpeándole el hombro antes de desaparecer para escapar de sus preguntas, de la cabaña que lo asfixiaba y aún contenía el olor a Erin. De las preguntas de todos y de él mismo.

Sus pasos lo llevaron sin rumbo hasta la orilla del río donde se encontraba con ella. Había sido un error ir hasta allí, aún podía sentir bajo sus dedos el tacto suave de su piel, el sonido apagado de sus gemidos cuando la penetraba extasiado por su olor a lavanda. Los ojos verdes de Erin lo perseguían al mirar cada colina, cada árbol, cada extensión de campo. ¿Cómo sería capaz de olvidarla? Tenía que volver a casa, allí sería más fácil fingir que nada había ocurrido en su interior.

Iain se quitó toda la ropa y se sumergió en el agua helada. Hecho un ovillo en el lecho del río, apretó los puños y gritó tan fuerte como pudo, donde nadie podía oírle y ser testigo de su tormento. La rabia salió en un torrente dejando su cuerpo vacío de emociones y emergió casi sin respiración, teniendo la certeza de que ya nada volvería a ser como antes, ni allí ni en Escocia. Erin se había metido dentro de su cabeza y de su corazón.

Capítulo 20

Erin se ocultó entre las sombras de la escalera. El movimiento en Carrickfergus se había visto alterado en pocas horas, el gobernador y Héctor iban de un lado a otro preparando a los soldados para la ofensiva. Los barcos ingleses de la costa venían capitaneados por un tal Francis Drake, un corsario a las órdenes de la reina inglesa y un hombre llamado John Norrys. Los había escuchado hablar sobre la necesidad de su matrimonio. Los Donnell debían unirse a Inglaterra para asegurar la victoria sobre los otros clanes irlandeses que se dirigían hacia allí. La guerra estaba cerca y su boda también, los criados corrían de un lado a otro para preparar su desgraciado enlace con Dressex mientras su padre, al que no le dejaban ver, se pudría en los calabozos.

—La reina os ordena a ambos regresar a Inglaterra —dijo una voz elevada entre las demás—. Es mi última palabra.

Erin se inclinó un poco más, pero era incapaz de ver desde allí los rostros de los hombres que hablaban.

—Os envía la reina. Entonces, ¿quizá podáis decirme qué hacía esa puta irlandesa con esta daga en su poder? La llevaba en Dunluce, atacó a mis hombres con ella y, si no me equivoco, esta valiosa joya pertenece a nuestra amada reina Isabel.

—¡Dámela, idiota! —gritó sir Francis apenas la vio en manos de Dressex.

—De acuerdo, pero antes aplastaré esta maldita rebelión. Con vuestros barcos es posible, iremos a Rathlin, los Donnell, los O'Neill y otros clanes se esconden allí. Acabemos con todos y olvidaré que he visto ese cuchillo.

Erin sofocó un gemido. Sabían dónde estaban escondidas las familias irlandesas. Su madre, sus hermanos, los niños... ¿Y por qué todos reaccionaban igual ante la daga de Ayr? Recordó la conversación de Edward y

Iain en el bosque antes de separarse, de lo importante que era mantener en secreto que Ayr estaba en Irlanda y lo importante que ella era para la reina inglesa.

—Vosotros tenéis el mando sobre las naves, Drake. Norrrys, dad la orden y partiremos en dos días. Isabel nos hará héroes, sin su clan esos hombres no son nada, Irlanda será nuestra.

Contuvo la respiración esperando la respuesta de la voz más suave, la de Norrrys. Erin intentó acercarse más para oír su contestación y bajó el siguiente peldaño. Entonces, vio los cuatro rostros, de pie, con las cabezas agachadas sobre un mapa de la costa. En su intento de acercarse su escaño se enganchó en la piedra y cayó de rodillas en el suelo.

—¿Qué demonio...? —gritó uno de los hombres.

Intentó levantarse con rapidez, pero era tarde. Héctor la agarró del brazo con dureza y ella intentó morderle. Los hombres rieron ante su torpe intento de herirlo y él la empujó como si se tratara de un trozo de madera. Las joyas de la empuñadura brillaron un segundo, lo suficiente para atraer la atención de sir Francis. Este último le arrebató el arma a Dressex aprovechando el alboroto y la sopesó entre sus dedos al reconocer el escudo de Isabel.

—¿De dónde has sacado esto, chiquilla? —preguntó con la mirada fija en ella.

—No os importa —contestó con miedo.

—Es de Ayr Tye —replicó Héctor.

Erin gritó de dolor al notar que los fuertes dedos de Héctor se clavaban en su brazo.

—Héctor, llévala a su habitación, ya no nos hace falta —ordenó Dressex—. Dame el arma —le ordenó a sir Francis.

Sir Francis se quedó pensativo un momento mientras el escocés se llevaba a la chica y Dressex se guardaba el cuchillo en el cinturón.

—Volvamos al barco, no soporto el olor a rancio de este castillo. Al parecer ya no habrá boda, Dressex, ya no hay necesidad de alianzas cuando vamos a matarlos a todos —dijo Norrrys con desprecio—. Avisadnos cuando tus hombres estén listos para tomar la isla de Rathlin.

Erin se retorció y resistió todo lo que pudo mientras Héctor la conducía hasta un soldado para que la acompañara arriba.

—En realidad, creo que sí habrá boda. Me ordenan volver a Inglaterra, pero podría hacerme antes con el condado de Antrim. Me casaré con la irlandesa y

después la dejaré en la isla para que corra la misma suerte que su familia. Nunca viene mal heredar una propiedad como Dunluce.

Erin quiso gritar al escuchar aquellas palabras, pero ya no le serviría de nada. Su familia estaba en peligro y ella iba a casarse para morir después. La encerraron bajo llave en la pequeña habitación que habían destinado para ella la primera vez que estuvo en Carrickfergus, cuando su padre acabó preso en las mazmorras. Pasó junto a la cama sobre la que se encontraba su *plaid*, el de los Donnell, y se acercó a la pequeña ventana cuadrada. Desde allí, se veían los barcos ingleses en los que Norrys y Drake habían llegado a la costa irlandesa. El mar estaba surcado por pequeños botes de pesca. Si tan solo pudiera enviar un mensaje a la isla y avisarlos... Pero era imposible, encerrada con llave y custodiada día y noche nadie sabía dónde se encontraba, excepto Iain. Debía olvidarlo, él habría seguido su camino, tal vez convencido de que se quedaba en Dunluce por voluntad propia. Aun así, confiaba en que Brian se lo hubiera explicado a Iain y no la odiara demasiado.

Capítulo 21

Iain esbozó una media sonrisa al ver cómo su hermano se apoyaba en el bastón con la mano izquierda. Alistair levantó los ojos, tan parecidos a los suyos, y se tambaleó un poco antes de controlar su apoyo.

—¡Va a resultar que Maude hizo bien en no tirar ese maldito bastón! — bromeó Alistair—. Va camino de convertirse en una herencia familiar.

Iain suspiró aliviado. Había temido por él. No por su estado físico, de eso se encargaba Maude, sino de las secuelas que quedarían en su cabeza después de ser torturado por Héctor. Al principio, su hermano apenas hablaba y, aún menos, lograba esbozar una sonrisa. Bajo la luz de su carácter afable y su intención de perseguir a toda mujer a su alrededor, se escondía un hombre con sólidos principios y una fuerza extraordinaria.

—No te encariñes con él demasiado —bufó Iain al recordar cómo él mismo había tenido que depender de ese trozo de madera demasiado tiempo.

Maude merodeaba alrededor de los dos, sin parar de moverse por la cabaña, con la excusa de oír su conversación y con toda seguridad hacer algún comentario jocoso acerca de la muerte. La verdad era que todos sufrían sus pullas de vez en cuando, pero los dos hermanos le habían ganado el corazón y los adoraba.

—Andarás bien dentro de un tiempo —dijo la anciana mientras trasteaba con un puchero. Se acercó a Alistair y tomó su mano derecha—, pero los huesos de los dedos... eso es otra cosa. Tu mano está casi inútil —afirmó de forma rotunda—. Te dolerá toda tu vida.

Alistair suspiró resignado y observó una a una las falanges deformadas girando la muñeca. La imagen de su mano aplastada en un torno le perseguía en sus pesadillas hasta que, al intentar cerrar la mano para escapar, se despertaba con fuertes dolores.

Iain vio en sus ojos azules cómo su hermano se alejaba de ellos hacia la oscuridad de sus recuerdos y trató de borrar esa expresión de su cara.

—No importa. Usarás la izquierda, te enseñaré a manejarte con la espada.

—Bueno, tal vez tengas que enseñarme a usar esa mano para otras cosas aparte de la espada —contestó Alistair con una sonrisa.

Iain gruñó ante su broma. Su hermano había vuelto poco a poco, pero allí estaba. Maude a su espalda se rio a carcajadas con picardía. Ambos hermanos la miraron asustados, esa mujer se reía como una bruja.

Ayr lo esperaba fuera, y al verlo corrió para adaptarse a su paso. Iain la ignoró y continuó su camino. Ella lo siguió, era testaruda como una mula y no le dejaba en paz.

—¿Qué quieres? —dijo Iain deteniéndose—. Si vas a empezar otra vez, puedes irte por donde has venido.

—He estado pensando.

Iain le contestó con un gruñido y entró en el establo. Los caballos estaban inquietos tan cerca de otros animales, pero debían ocultarlos por si alguna patrulla inglesa se acercaba a la granja. Al entrar se paró ante el recuerdo de Erin y él, escondidos detrás de los montones de paja, mientras los soldados los rodeaban. Fue como recibir un golpe directo en el pecho.

—En Erin —continuó Ayr.

—Te he dicho que no me hables de ella, para mí está muerta.

—No digas eso, Iain —respondió ella con un reproche—. Tienen a su padre en el castillo y es posible que toda su familia esté en peligro. Héctor sabía dónde se escondían, no creo que no saque tajada de ello. Se lo dirá al gobernador, es posible que planeen matarlos a todos. ¿Y Erin? ¿No te importa que la obliguen a casarse con Dressex?

—¡Si sigues hablando, me voy! —gritó Iain mientras daba de comer a los caballos.

Ayr se alejó para apoyarse en la pared mientras jugaba con una brizna de paja entre los dedos.

—Al principio yo también la odié, ya te lo dije, podía haberos entregado a Brian y a ti a los ingleses.

Iain la miró fastidiado. Estaba cansado de las charlas de Ayr para convencerlo de que Erin no era tan mala. La miró clavando sus ojos furiosos en ella, pero, como era de esperar, ella le sonrió, ajena al dolor que le provocaba hablar de la irlandesa. Ayr se llevó a la boca la brizna de paja y

jugueteó con ella en los labios.

—¿Y qué pretendes? ¿Que la perdone sin más? ¿Quieres que vaya en su busca? ¿Para qué?

Ayr se acercó hacia él, aún con la brizna de paja entre los dedos, y se detuvo con los brazos en jarras frente a él.

—¿Sabes una cosa, Iain? A veces, amar a una persona no es fácil. A veces es tremendamente difícil, pero cuanto más se complican las cosas, más disfrutas al conseguirlas.

—Yo no amo a nadie —le contestó Iain como si estuviera loca. ¿Por qué lo miraba así?

Ayr se asomó para comprobar a través de la puerta entreabierta que no había nadie. Al asegurarse de que no les molestarían, se puso de puntillas y le acarició la mejilla a Iain con suavidad. Sus manos se apoyaron en los hombros con delicadeza y su cuerpo se pegó más a él.

—¿Qué haces? —preguntó Iain desconcertado.

Si no fuera Ayr, pensaría que lo estaba seduciendo. Sus ojos color ámbar le recorrían el rostro y sus labios se abrían en una clara invitación, sonrojados y llenos. ¿Cuántas veces a lo largo de los años había deseado ese momento? ¿Cuántas veces soñó con ella así, intentando seducirlo? ¿Cuánto hubiera dado por tenerla tan cerca y saborear sus labios? Ayr se puso de nuevo de puntillas acercando su boca a la suya. Iain creyó morir, era preciosa y se estaba ofreciendo a él, sus manos se acoplaron a la cintura de ella y la acercó contra su cuerpo con la respiración agitada. Algo no funcionaba. Hacía menos de un mes no lo habría pensado, no era por Edward, ni por el honor de ella, ni siquiera porque estuviera embarazada de otro hombre, la verdad era más simple que todo eso. No sentía nada por Ayr, era a otra mujer a la que deseaba tener en sus brazos y besarla hasta perder la razón. Una traicionera y rastrera irlandesa con el cabello cobrizo y los ojos verdes más hermosos que nunca había visto. Erin, su duende irlandés.

Se separó de Ayr y, al poner un metro de distancia entre ellos, los brazos de ella cayeron laxos a los lados del cuerpo ante su negativa y le sonrió con suficiencia.

—¡Lo sabía! ¡Estás enamorado de Erin! —exclamó Ayr cruzando los brazos y levantando la barbilla, orgullosa al haberlo podido demostrar.

Iain frunció el ceño. ¡Así que había sido una maldita prueba para que admitiera que la irlandesa le importaba! Edward entró en el establo y los miró

a los dos, extrañado. Ambos tenían los cuerpos tensos y se respiraba el inicio de una discusión entre Iain y su esposa.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo con calma, aunque su mano sujetaba la empuñadura de su daga, colgada del cinturón.

Iain estaba harto de ellos dos, de Ayr y de Irlanda, de que Héctor anduviera suelto por ahí después de lo que le había hecho a su hermano. Pero sobre todo estaba harto de luchar contra lo que sentía por Erin. Ella sola había borrado todo rastro de Ayr y del hombre vacío que era antes de conocerla. Miró a Edward desesperado y se dirigió a la puerta.

—Me voy —dijo al pasar junto a él.

—¿A la casa?

—No, a Carrickfergus, se la llevaban allí.

Edward se giró hacia su mujer con los ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Qué le has dicho, escocesa?

Ayr encogió los hombros y corrió hasta él.

—Nada. Quizá deberíamos ir con él. ¿No crees, inglés?

Capítulo 22

Erin miró con cierto reparo el vestido que habían preparado para su falsa boda, de un verde musgo con ribetes dorados y mangas caídas. Era exquisito, con una tela que despedía destellos bajo la luz. Era perfecto si no fueran tan tristes las circunstancias. Una vez más se acercó a la ventana. Desde allí no podía ver la isla de Rathlin por culpa de la niebla, pero sí el mar chocando a los pies del castillo. Iain se colaba en sus pensamientos y en sus sueños. Cada vez que cerraba los ojos, él aparecía ante ella. Unas veces huraño y con la mirada triste; otras, el hombre tierno y cariñoso que la miraba con deseo. ¿Dónde estaría ahora? ¿Habría cruzado ese mismo mar hacia Escocia con su hermano? ¿Sería feliz sin ella? ¿Pensaría alguna vez en lo que habían vivido juntos? Si seguía así, iba a volverse loca.

La sirvienta que acababa de ayudarla a vestirla la dejó sola pensando que su estado se debía a los nervios naturales de una novia y Erin se sentó en la cama. Ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando. Intentó escapar de mil formas, comprar la lealtad de algún criado, engañar a los soldados, y todo fue inútil. Su destino estaba sellado y unido al de Dressex. La verdad es que prefería a este último a la mirada que descubría a veces en el rostro de Héctor, fija y consumida por la rabia. Él sabía que había ayudado a escapar a los escoceses y Erin no dudaba que sería él quien la matara cuando dejara de ser útil para el gobernador. Una sombra se cruzó en los primeros rayos de sol de ese mes de diciembre mientras Erin miraba el anillo que el gobernador, en su estúpida farsa para quedarse con las tierras de su padre, le había ordenado llevar en el dedo.

Erin notó cómo alguien la agarraba desde atrás y una poderosa mano le impedía gritar.

—Calla, irlandesa, no podemos hacer ruido.

La voz ronca y familiar fue un mazazo de esperanza en su corazón. ¿Pero cómo? Había al menos diez metros de pared hasta las rocas donde el mar rompía, ¿cómo había podido subir hasta allá arriba?

—Voy a quitar la mano, no grites, Erin.

Cuando Erin dio su conformidad con un movimiento de la cabeza, él la hizo levantarse y la giró para que lo mirara.

Iain no sabía qué esperar, era su último acto de fe como hombre enamorado. Las mil dudas que se clavaban en su corazón tendrían que esperar. Erin no deseaba aquella boda, pero ¿y si ella había cambiado de opinión? Y lo más importante, ¿ella lo seguiría amando una vez liberado su padre? En efecto, se trataba de un acto de fe, en ella y en lo que sentía su corazón. Erin lo miró asombrada, sin poder reaccionar, como a una visión imaginada mil veces hecha realidad.

—Iain. ¡Estás loco, te matarán! —dijo a la vez que contemplaba su cuerpo casi desnudo, empapado por el agua del mar. Él la cogió de los hombros y le sonrió.

Erin creyó morir al ver el azul de sus ojos. No la miraba con desprecio ni la ira de semanas atrás, ¿sería verdad que la había perdonado?

—Estaba ya loco cuando me marché de Dunluce sin ti. No debí permitir que te quedaras.

—Tenía que hacer algo para entretenerlos, entiende que no tenía otra opción. Mi padre...

—Dime, Erin, ¿deseas esta boda o tu rechazo a Dressex fue una más de tus mentiras?

—Iain, te mentí en todo, pero no en los sentimientos hacia ti.

Iain no la dejó continuar, la agarró de la nuca y la atrajo hacia él con fuerza. La besó con fiereza, para recuperar cada momento perdido entre los dos. Erin respondió abriendo los labios mientras su estómago hormigueaba al ritmo frenético de su corazón.

El escocés la apartó con sus enormes manos sobre las mejillas de ella, mientras el corazón de Erin le golpeaba el pecho. Iain se había afeitado y sin sombra ya de barba, su mandíbula reflejaba la tensión del momento. Se había cortado el pelo negro, ahora más oscuro por culpa del agua, y sus penetrantes ojos azules la miraban con ternura bajo los mechones que le caían por la cara. Estaba insoportablemente guapo y ella había echado tanto de menos esa mirada los últimos días a su lado que quiso abrazarlo fuerte y no soltarlo.

Iain tenía otros planes. Volvió a cogerla de los hombros y se agachó para que sus ojos quedaran a la misma altura. ¡Dios santo! Había olvidado lo alto que era.

—Te sacaré de aquí, Erin. Ssshh —le ordenó callar cuando trató de replicar—. A tu padre también, aunque después me arrepienta, pero sé que nunca le dejarías. —Iain hizo una pausa para tomar aire como si le costase un mundo decir aquello—. Después tendremos tiempo de hablar, irlandesa —prometió con una sonrisa.

—No, Iain, tengo que decírtelo ahora, no quiero que luego pienses, y si algo sale mal, yo...

Un estruendo parecido al de un impacto de una bala de cañón sacudió las entrañas de Carrickfergus. Erin y él se taparon los oídos por el sonido que llegaba hasta ellos desde abajo. La expresión de Iain se tornó tensa de nuevo, le cogió de la mano y tiró de ella hasta la puerta.

—Lo que tengas que decirme tendrá que esperar, tenemos que salir de aquí —dijo Iain mientras desenvainaba la claymore que colgaba a su espalda y la arrastraba hacia la puerta.

Nada más salir, los dos soldados que la custodiaban miraron sorprendidos al enorme *highlander* que, como una barrera, se colocaba entre ellos y Erin. Iain la empujó a un lado sin miramientos y los desarmó con férreos golpes de la empuñadura de su espada. Erin lo había visto antes pelear, pero su dureza siempre la pillaba desprevenida. Ni siquiera necesitó utilizar la hoja de su espada para acabar con los dos hombres.

El pánico estalló entre los habitantes del castillo. Los soldados ingleses corrían a un lado y otro ante el ataque, sin prestarles atención. Salían en tropel hacia el patio pensando que el ataque procedía del exterior. Iain no la soltaba, casi en volandas la hizo descender las escaleras hasta llegar al salón, y Erin casi chocó con su espalda cuando se detuvo en seco. Sintió cómo la mano de él la presionaba con más fuerza y Erin levantó la mirada al frente. En medio de las corrientes de gente huyendo en una y otra dirección estaba Héctor Tye, con la espada en alto y la mirada puesta en Iain.

—¡Déjalo, Iain! Huyamos, no te enfrentes a él —le suplicó.

Iain ni siquiera la miró, la apartó despacio hacia atrás. Erin comprendió que el escocés no saldría de allí sin acabar lo que había venido a hacer a Irlanda.

—Eres más idiota de lo que pensaba, Iain. ¿Tan importante es para ti esa puta irlandesa? Si no fuera por Dressex, estaría muerta, no trae más que

problemas —dijo Héctor al moverse a un lado y a otro mientras la hoja de su espada se balanceaba con aparente tranquilidad.

Iain no contestó; siguió los movimientos del otro con la punta de su *claymore*.

—Otra vez estamos aquí, viejo amigo —atacó de nuevo Héctor—. ¿Viste lo bien que lo pasé con tu hermano? Nunca me caísteis bien, desde niños os creísteis mejores que el resto, siempre con la hija del *laird*. —Se rio sin dejar ver sus labios a través de la espesa barba negra sin recortar—. ¿Te dijo que está enamorado de ella, de Ayr? —le preguntó a Erin con una voz cargada de desprecio—. ¿No te lo ha dicho? Le pidió que se casara con él y lo rechazó delante de todo el clan.

—Vamos a acabar esto, Héctor, aquí y ahora, hasta que uno de los dos no salga de este salón.

A Erin, apoyada contra el muro, las palabras de Iain le sonaron como una sentencia de muerte. Nunca se marcharía de allí mientras Héctor viviera. Al otro extremo del salón, ya casi desierto, apareció la figura de un hombre que cojeaba, se apoyaba en los muros del estrecho pasaje que conducía al salón. A pesar de la luz que iluminaba los ventanales, su rostro estaba oscuro. Al dar un paso hacia delante, Erin pudo verlo. Era tan parecido a Iain que sofocó un gemido de sorpresa al ver su mirada fría y azul traspasar la sala hasta ella. Tenía que ser Alistair, el hermano de Iain. El parecido entre ambos era increíble. Quizá las facciones del más pequeño eran más dulces que las de su escocés, como si la vida se hubiera portado mejor con él que con el mayor.

—No te metas, Alistair —gruñó Iain al verlo.

—Dos contra uno. —Héctor chasqueó la lengua divertido y se refugió contra la pared libre para cubrir su espalda—. ¿Qué hay del honor? Os cansáis de gritar a los cuatro vientos de Escocia que sois un clan honorable y ahora dos contra un hombre. Lamentable, Iain.

—Si pudiera, lo haría sin dudarlo. Pero no así, cabrón, no te daré la oportunidad de usarme de nuevo contra mi hermano —dijo Alistair golpeando su pierna herida.

Iain dio un paso hacia adelante y llamó a Héctor con un movimiento de la mano.

—¡Basta ya, Héctor! Debí enfrentarme a ti hace años, al ver la serpiente taimada que crecía en nuestro propio hogar.

Iain lo provocó y vio cómo su oponente avanzaba furioso hacia él. Con la

fuerza de su paso rápido, descargó el primer golpe.

Erin se tapó los oídos ante el primer choque de las espadas sin poder dejar de mirar. El cuerpo de Iain se tensaba ante la fuerza de su oponente. Contuvo un grito cuando un hilo de sangre descendió por el costado de Iain, un poco más arriba de la cicatriz que ya tenía. Héctor le había rozado con la hoja al intentar clavarla en su punto débil.

Alistair los rodeó y fue hasta ella, la envolvió con sus brazos contra su cuerpo para que no pudiera ver la pelea entre los dos. Erin lo aceptó y enterró la cara en el pecho del hermano de Iain. No podría soportar ver cómo Héctor comenzaba a doblegar a su escocés. Poco tiempo después los jadeos de esfuerzo cesaron, el silencio inundó la sala, los pasos se detuvieron hasta que notó la laxitud de los brazos que la rodeaban. Erin alzó la mirada y vio en el último momento cómo Iain clavaba su espada en la garganta de su rival, tumbado boca arriba, con un golpe seco de rabia contenida. El sonido de la garganta de Héctor fue horrible, un grito ahogado por el peso de la espada.

Había terminado, lo que había venido a hacer a Irlanda estaba acabado. La rabia estuvo a punto de hacerle perder ante Héctor, pero la fuerza que necesitaba acudió a él al tener en aquel salón a las dos personas que más le importaban en el mundo. Alistair lo miró serio y asintió, soltando el férreo abrazo sobre la irlandesa. La dejó marchar en su busca y ella corrió hacia él. Iain la recibió con la espada aún manchada mientras ella chocaba contra su pecho y abrazaba su torso. Lo miró con tal emoción contenida en sus grandes ojos verdes que Iain la besó. Con la adrenalina aún fluyendo por sus venas, agachó la cabeza y pegó sus labios a los suyos con la respiración entrecortada. Parecía que hubiera pasado una eternidad lejos de la sensación cálida que su irlandesa le daba.

—Iain, creí que morirías —dijo Erin al sentir las primeras lágrimas mojando la camisa rasgada del escocés.

—No podía perderos a los dos ahora que os he recuperado —contestó él con un susurro.

Iain miró el cadáver a sus pies. Héctor se había terminado, no amenazaría nunca más a su familia. Con una patada giró el cadáver para no seguir viendo la expresión de sorpresa de Héctor cuando Iain pasó una pierna detrás de la suya, en pleno ataque, y lo hizo caer desprevenido. Héctor siempre pensó que era demasiado correcto para utilizar viejos trucos de lucha *highlander*, y eso lo había matado. Ni siquiera se detuvo a pensarlo al atravesarlo sin

remordimientos. Héctor no los tuvo al torturar a su hermano como lo hizo.

—¡Salgamos de aquí, Iain! ¡Los ingleses se reagrupan en el patio! —gritó Alistair.

—No podemos irnos, ¡mi padre, Iain!

—Edward y Brian se ocupaban de él. Alistair tiene razón, solo tenemos unos minutos para escapar.

Erin le sonrió. Iain había arriesgado su vida para sacar a su padre y a ella de Carrickfergus. Él no lo sabía aún, no solo la había salvado de una boda indeseada, sino también de la muerte. Deslizó sus dedos entre los del escocés y le cogió la mano. Iain la miró y asintió. Los tres salieron del salón en una carrera precipitada. Alistair les precedió con su leve cojera y el rostro en tensión. Erin se dio cuenta de que sostenía la espada con la mano izquierda, y la derecha caía laxa a un lado, como si no pudiera utilizarla. ¿Habrían acudido a Maude para curarla o acaso no tenía solución?

En el momento que la claridad del sol golpeó sus pupilas, un grupo de soldados los rodearon. Iain y Alistair se acercaron a ella para protegerla con sus enormes cuerpos y las armas preparadas.

—Tirad las armas. —La voz del gobernador Dressex se elevó por encima de las demás con una autoridad inequívoca. Se acercó a ellos con una mueca de disgusto.

—¡Pero si es mi prometida! ¿Estás huyendo acaso, querida?

Mientras el gobernador se acercaba, Iain la obligó a quedarse detrás de ellos. Los ojos negros de Dressex parecían divertidos.

—Se acumula el trabajo. Aquí tengo a los rebeldes escoceses que han matado a uno de mis hombres y el preso Donnell ha intentado escapar, así que tendré que hacer cumplir la ley. No puedo permitir esta insurrección escocesa en tierras de su majestad.

Erin alzó la cabeza en busca de su padre, pero las espaldas de los dos hermanos y los soldados que los rodeaban no la dejaban ver más allá.

—No tienes autoridad, Dressex.

La voz de Edward Aunfield se elevó sobre la de los demás. El grupo de soldados se abrió y entonces los vieron. En el centro del patio del castillo, rodeados por soldados igual que ellos, estaban Edward, Ayr y Brian. En el centro, un pelirrojo vestido con una camisa llena de mugre y un *kilt* de colores apagados miró a Erin. Era su padre. Esos ojos verdes fijos en ella no parpadearon al ver cómo Iain la retenía, cogida de la mano.

Erin trató de soltarse para acudir junto a su padre, no lo había visto desde que Dressex la obligó a ir en busca de los escoceses. Estaba tan pálido y delgado que apenas reconocía en él a Sorley Donnell, el gran *laird* que había sido tan solo hacía unos meses.

—La tengo, soy el gobernador de Irlanda —contestó Dressex a Edward—. Estáis en mi jurisdicción, conspiráis con los irlandeses y habéis liberado a un prisionero de la reina al que se le acusa de traición. Y luego está esto. —El gobernador sacó una daga de la funda que llevaba colgada del cinturón.

Ayr reconoció al momento su cuchillo y apretó con fuerza el brazo de Edward. El miedo la hizo temblar de forma involuntaria.

—Traed a la escocesa —ordenó a los soldados que los rodeaban.

Edward intentó retenerla a su lado mediante la fuerza, pero uno de los soldados le contuvo, poniéndole un cuchillo en la garganta a Ayr para obligarlo a permanecer quieto. ¿Cómo había podido salir todo mal? La culpa era de Thomas. Ese muchacho debía estar en la puerta del castillo para facilitar su salida y en cambio había desaparecido. A su lado pasó Brian para evitar que se llevaran a Ayr, y él lo contuvo. ¿Qué pretendía Dressex?

Ayr quedó expuesta en el centro del patio, bajo las miradas de todos. El gobernador la cogió él mismo y sustituyó al soldado que se la había traído al poner su propia daga contra el cuello, el lugar donde su vena palpitaba.

—¿Sabes, Edward, que la reina quiere destituirme? Ha enviado a Drake y Norrrys para que me lleven a Inglaterra. ¿Sabes lo que significa? Es posible que me castigue porque estos malditos irlandeses son incapaces de aceptar la autoridad.

La punta de la daga se clavó aún más en el cuello de Ayr. Por su camisa abierta comenzaba a deslizarse un fino hilo de sangre.

—¿Y qué pretendes? Matar a una mujer no cambiará nada.

—A una mujer no, a tu mujer, Edward.

Iain y Edward se miraron entre los soldados que los separaban con complicidad e Iain asintió.

—¿Quién eres, Ayr Tye? ¿Por qué apareces en mis dominios y de repente la reina moviliza a sus tropas, envía a sus generales en barco y me destituye? ¿No crees que es una condenada coincidencia? Francis Drake vio esta daga e intentó quitármela. ¿Por qué? Es de la reina, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas, no es mía —contestó Ayr sin apenas moverse. La punta de la daga se le clavaba en el cuello cada vez con más fuerza.

—Sí lo es. Héctor, el pobre Héctor, me lo dijo. Lo habéis matado, si no estaría aquí conmigo siendo testigo de vuestra caída. Era tan útil y diestro... una pena que fuera escocés.

—¡Es mía! —gritó Erin cada vez más nerviosa.

Iain la hizo callar al apretar su mano contra la suya. Aquello les superaba a todos, Edward lo miraba atento a cualquier movimiento. Ya no dependía de ellos, sino de Ayr. ¿Podría sacrificar a todos por la lealtad a la reina inglesa? ¿Incluso a Edward? No. Y lo sabían. Ayr moriría antes que romper su juramento de silencio.

Ayr los miró uno a uno en silencio mientras Dressex le preguntaba insistentemente; no podía sacrificarlos. Si eso hubiera pasado hacía unos meses, no habría dudado, pero ahora llevaba al hijo de Edward en sus entrañas. No podía permitir que Edward muriera, ninguno de ellos. Demasiadas pérdidas, demasiadas muertes pesaban sobre su conciencia ya. Era egoísta, siempre lo había sido para poder sobrevivir, pero esa vez no. Su mirada se detuvo en su marido y sonrió. Si actuaba ahora, no le daría tiempo a hacer lo que Iain y él pensaban. Sus gestos los delataban, estaban locos si creían que saldrían vivos de aquel castillo.

—No digas tonterías, irlandesa. —Rio Dressex—. Pronuncia las palabras en mi oído, Ayr, dime lo que ya sé para poder contarle a ella que al final la traicionaste. Tantos años bajo esa fachada dura e inflexible para que la reina virgen acabe siendo el hazmerreír de los ingleses. La representante del poder de la iglesia ha cometido el pecado más grande de la historia.

Edward le devolvió con sus ojos azules la mirada de amor, y una certeza los oscureció. No podía creer que Ayr sacrificara su propia vida y la de su hijo por él.

—¿Quién crees que soy? —preguntó Ayr para distraerlo. Pensaba sorprender al gobernador apretando su mano sobre la suya, el cuchillo entraría certero en su garganta antes de que él se diera cuenta. En sus visitas a Windsor lo había visto con su padre, el gran duque. Perteneían a un linaje tan antiguo y pomposo como el suyo, eran confiados y taimados y subestimaban a las mujeres. Debía encontrar el valor para acabar con su vida antes que poner en peligro a los demás.

—No tengo pruebas, nadie las tiene, pero en palacio siempre existió el rumor —dijo Dressex en su oído, arrojando el aliento en la parte posterior de su cuello—, una niña, un bebé que salió de palacio arrojado en la

oscuridad...

—¿Qué crees que hará cuando sepa lo que estás haciéndome? —Rio Ayr ante la sorpresa de él.

Ayr deslizó su mano temblorosa sobre la de Dressex con una suavidad fingida, lista para propiciar su propia muerte.

—¡Dilo de una vez! —la increpó mientras clavaba la punta de acero para que la sintiera sobre la piel—. Los mataré a todos si no hablas, dime que eres su hija, la bastarda de Isabel, reina de los ingleses.

Ayr cerró los ojos para que Edward no viera su último pensamiento, para no ver su rostro de dolor. Su vida había sido buena, nunca tranquila, pero había conocido el amor y la lealtad de todo un clan. Estaba preparada para la muerte.

El grito de Edward resonó con fuerza mientras las puertas del castillo se abrían para dar paso al estruendo de un ejército. Dressex se retiró de su lado y el sonido de la daga restalló contra el suelo. Ayr quedó con su mano suspendida en el aire, temblando aún y con la respiración entrecortada por el miedo. En un momento que pareció eterno sintió cómo las manos de Edward le cogían el cuello, y abrió los ojos.

—¡Ya está, Ayr! Ya ha pasado —dijo su marido limpiando la sangre de su piel con fuertes restregones para después acogerla entre sus brazos.

—Creí que no llegaría a tiempo.

La voz conocida del joven soldado inglés hizo que ambos se separaran. Era Thomas, el chico que los había sacado de Dunluce. Tras él, Drake y Norrrys, los generales de la reina, flanqueaban a los soldados de Dressex.

—Creí que nos habías traicionado —dijo Edward con los ojos entornados. Al verlo sin su casaca roja, vestido con un pantalón de paño y una chaqueta, supo dónde lo había visto antes. Con Walsingham. Era unos de los chicos del lord, como llamaban en palacio a los espías más jóvenes de la reina.

—Tuve que ir en busca de refuerzos, no pintaba bien —exclamó el chico con una voz más grave de la que había usado durante días, sabiendo que Edward lo había reconocido. Los había engañado, pero bueno, era su trabajo, al fin y al cabo.

Drake y Norrrys apartaron a Dressex de ellos mientras dos soldados lo custodiaban.

—En nombre de la reina, duque de Dressex, seréis acompañado a Londres, donde su majestad os espera con impaciencia. Mantened silencio a partir de

ahora o echaremos vuestro cuerpo al mar sin ningún remordimiento. Olvidaréis cualquier contacto con esta mujer y estos hombres a riesgo de perder la vida.

—No os preocupéis, este imbécil pomposo no tiene pruebas de nada.

Edward miró a su mujer con resentimiento.

—Lo habrías hecho, ¿verdad?

Como respuesta, ella bajó los ojos.

Capítulo 23

Erin fue al encuentro de su padre sujetando la falda de su vestido de novia mientras apartaba a los soldados a su paso. El castillo poco a poco recobraba el orden. Una vez que los soldados tuvieron claro su propósito, todos fueron desapareciendo bajo las órdenes de sus superiores.

Torpemente, Erin pasó de correr a aminorar el paso hasta casi detenerse ante la expresión de su padre. Por alguna razón parecía furioso con ella.

—Padre —lo llamó cuando él en vez de abrazarla bajó los ojos sin querer mirarla—. ¿No te alegras de verme? Eres libre al fin.

—¿Qué has hecho, Erin? ¿Qué has ofrecido a los ingleses a cambio de mi liberación?

—¿Qué insinúas, padre? —preguntó muy seria.

—¿Dónde está tu madre? ¿Por qué tus hermanos te han dejado sola?

—Están en Rathlin, a salvo, y yo no he ofrecido nada a cambio. Han sido los escoceses los que te han liberado.

—¿Has vendido tu cuerpo a ese escocés que te cogía la mano? ¿A cambio de qué, Erin?

—No, padre, te equivocas, él quiere casarse. —Su voz se fue apagando ante la mirada de su padre. ¿Le estaba diciendo que no tenía su permiso para casarse con Iain? —. Me ha pedido que sea su esposa...

—Te has comportado como una ramera. Si lo haces, olvida que llevas mi apellido, olvida a los Donnell. Es amigo de los ingleses. Me avergüenzas, Erin, tu madre se avergonzará de lo que has hecho, todo el clan lo hará. ¡Te han mentado, niña tonta! Me entregarán a los ingleses de nuevo, matarán a tu clan y tú quedarás sola y deshonrada. No lo permitiré, no te casarás con él, antes prefiero verte muerta.

Contuvo un gemido de angustia ante la negativa de su padre. Su odio hacia

todo lo inglés lo cegaba, pero ella podía hacerle comprender. Tenía que conocer a Iain y sabría que no era lo que pensaba, era un guerrero que había luchado como él para defender su país.

Dos soldados aparecieron ante ellos y apartaron a Erin de malas formas. Cayó al suelo de golpe a causa de la resistencia que oponía y sintió un fuerte dolor en las nalgas al caer de espaldas. Uno de los soldados se acercó a ella para levantarla a la fuerza y llevársela.

—¡No la toquéis! —gritó Iain interponiéndose entre ella y los soldados, que lo miraron dudando. Aestó un puñetazo a uno de ellos y varios soldados acudieron para sujetarlo.

—¡No lo toquéis! —gritó Edward—. Es uno de mis hombres.

De mala gana lo dejaron marchar sin darle la espalda. Erin lo miró. El escocés estaba pálido y apretaba los puños con fuerza. Le tendió su mano y ella la aceptó al momento. Otro soldado cogió a su padre del brazo y lo arrastró con él. Sorley estaba tan débil por el cautiverio que los siguió sin resistirse, pero la mirada de advertencia que le dedicó siguió pesando entre padre e hija.

—¿Qué hacen, Iain? ¿Dónde lo llevan? ¡Me dijiste que lo liberarías! —le gritó mientras él interponía su cuerpo entre ella y los que se llevaban a su padre.

—Erin, no puedo hacer nada. Que nosotros lo hayamos sacado de los calabozos no significa que los ingleses lo perdonen. Es un traidor a la corona de Inglaterra, lo ahorcarán.

—¿Qué dices? Edward y Ayr lo impedirán.

Iain la sujetó por los hombros y la obligó a mirarlo para que apartara la vista de Sorley Donnell, encadenado de nuevo.

—Ellos no pueden hacer nada. Ha matado y se ha rebelado al dominio inglés.

Erin se apartó de él con brusquedad, lo empujó frustrada porque él ni siquiera se movía ante sus golpes.

—¡Y, claro, tú estás de acuerdo, lo odias, igual que todos! Al hombre que adiestra mercenarios y los vende a sueldo. ¿Sabes acaso que ha sido nuestro único medio de sobrevivir? Iain, tú mejor que nadie deberías comprender la responsabilidad de liderar un clan, mantenerlos vivos, alimentarlos, ganar las guerras para luchar por sus tierras, proteger a sus mujeres.

Él no contestó. Bajó la mirada y se alejó de ella. En efecto, hubo un tiempo

en el que odiaba a Sorley y a los Donnell, pero Erin tenía razón. Él mismo habría mentido e incluso asesinado por mantener a los suyos a salvo. Los ingleses habían destruido su forma de vida igual que habían estado a punto de hacer en Escocia. Aún podía pasar.

—Erin, no le odio —intentó decir, pero la irlandesa se tapó la cara con las manos. Iban a ahorcar a su padre—. Te llevaré a Rathlin con tu familia —fue lo único que pudo decir.

Ella se dio la vuelta con la espalda rígida, y caminó por el patio, alejándose de él hacia el interior del castillo.

—Que sea pronto, Iain, aquí no me queda nada, no puedes salvar a mi padre. Me mentiste, sigue preso. Debí comprender hace tiempo que no eras para mí —dijo soltando la rabia que la consumía, para alejarlo de ella.

No deseaba enfrentarse a su familia por él, de nuevo tenía que elegir: su padre o Iain, seguir llamándose Donnell o dejar todo por el escocés. El camino fácil era dejar a Iain. Su vida en Dunluce, sencilla, consentida y aislada de los problemas la había convertido en eso, no sabía enfrentarse a la realidad, a la dureza de la vida. Tenía miedo a perderlos para que luego el escocés la rechazara.

Iain la vio marchar derrotada. ¿Qué le había dicho su padre que la afectaba tanto como para que se apagara su mirada y hablarle así?

La dejaron verle apenas unos momentos y siempre vigilada, pero Sorley Donnell se negaba a hablar con ella. Ni siquiera le dirigió una mirada cuando entró en la celda. Ahora vagaba por los pasillos de Carrickfergus esperando el momento en que un barco la llevara a Rathlin. Se apoyó en las piedras húmedas de la muralla con la vista puesta en los barcos que aún permanecían entre la isla y ella. Necesitaba a su madre y sus historias en las que los buenos siempre ganaban, ya fuera enfrentándose a míticos seres o a brujas milenarias, cuentos que habían crecido en su mente de niña. Ahora comprendía que no eran más que eso, cuentos para niños. La realidad era distinta, bastante más cruel de lo que siempre le habían hecho creer. Tenía que conseguir que su padre cambiara de idea, que aceptara a Iain, y solo su madre podía conseguir el milagro. Iría a Rathlin y le explicaría todo, ella encontraría la solución.

—Iain te ha estado buscando —la voz de Alistair la sobresaltó. Lo vio acercarse con leve cojera y una sonrisa triste en los labios. Se parecía tanto a

Iain que dolía con solo mirarlo.

—Hemos conseguido que juzguen a tu padre, eso al menos retrasará unos días la ejecución.

Alistair se apoyó junto a ella en la fría piedra y siguió su mirada, fija en el horizonte.

—¿Por qué siguen ahí los barcos? Supongo que no se irán hasta que Sorley Donnell haya muerto. Todo juicio será una farsa —dijo Erin con rencor.

—Posiblemente.

Erin se giró para mirarlo sin poder creerle.

—¿No vas a decirme que serán justos y se salvará? ¿Que tenga esperanzas? ¿Que Edward conseguirá parar esta locura?

—Es que yo nunca miento, Erin. Iain tampoco. Puede que no te diga lo que necesitas oír o que no sepa decirte lo que siente por ti, pero prometió ayudar a tu padre. Incluso no tengo la menor duda de que en este instante esté cometiendo una locura por culpa tuya. Un *highlander* nunca rompe una promesa.

Sorprendida, el labio le tembló y se tapó la cara, asustada, para no ver la sonrisa de Alistair.

—¡Está loco, no puede hacer eso! Se convertirá en un traidor y los ahorcarán a los dos.

—Mi hermano tal vez piensa que ya da igual, te ha perdido si no consigue salvar a tu padre. Erin, tú te irás a buscar a tu familia a Rathlin y después volverás con ellos a Dunluce. Es lo más sensato, ¿no? Además, Iain ya no te importa, ¿no es cierto?

Erin echó a correr antes de que Alistair pudiera impedirlo. ¡Ese idiota de Iain! Iba a sacrificar su libertad por ella. Bajó las interminables escaleras de caracol a punto de tropezar y matarse, con la respiración sofocada y el costado pidiéndole a gritos que parase. Llegó a tiempo de ver cómo las enormes puertas de madera de la muralla se cerraban con un estruendo y los soldados daban la voz de alarma.

Desesperada, vagaba por el salón sin rumbo. Hacía rato que estaba sola. Alistair le había hecho jurar que no diría una palabra de que el culpable de la desaparición de su padre era Iain, cosa que sería evidente si él no se presentaba antes del amanecer. Solo de pensar en que los dos hombres que

más amaba en el mundo huían Dios sabía dónde hizo que cayera presa de la desesperación. Si los soldados los apresaban, Iain se descubriría y su padre sería ejecutado en el acto. Desearía haberle dicho tantas cosas al escocés... Que lo amaba con todo su corazón y hubiera dado todo por convertirse en su esposa. Pero no podía dejar a su familia, no con un matrimonio que la expulsaría de su hogar.

Una voz la despertó en sueños. Al final, después de toda la noche en vela, se había quedado dormida en un banco del salón desde el cual podía ver la entrada. Sobresaltada por un leve zarandeo y una voz que no la dejaba en paz, abrió los ojos. Brian y Alistair, inclinados sobre ella, la miraban con expresiones sombrías.

—¿Qué ocurre?

—Ven con nosotros, Erin —dijo Brian ayudándola a levantarse.

—¿Es Iain? ¿Los han apresado? Decidme algo.

—Ven, debes verlo tú misma —dijo Alistair.

La condujeron hasta las almenas, el mismo lugar donde la tarde anterior había hablado con el hermano de Iain. Allí los esperaban Ayr y Edward con la misma seria expresión. Se detuvieron en el mismo punto en que ella contemplaba el mar hacía menos de un día.

—No pudimos hacer nada, Erin. Thomas traía ordenes de su majestad y Drake y Norrrys las obedecen —dijo Ayr con lágrimas en los ojos.

Al principio no comprendió lo que veía. Los barcos ya no estaban en el puerto, sino que arribaban a la costa de la isla de Rathlin. Pequeñas columnas de humo señalaban la ubicación de las pocas cabañas que existían en la isla y la pequeña fortaleza donde su madre y sus hermanos se escondían desprendía el último fulgor de las llamas mientras amanecía sobre el mar.

Los ingleses habían aprovechado la noche y tomado por la fuerza Rathlin, el último refugio del clan Donnell. Niños, ancianos, familias enteras aniquiladas por los generales de la reina. Las llamas asolaban el horizonte y los barcos descargaban sus cañones sobre los pocos botes que intentaban escapar de la masacre.

Un grito de dolor le salió del pecho hasta rebotar con su eco en cada pared del castillo de Carrickfergus. Algo se rompió dentro de ella y la hizo caer con las manos sobre el suelo, presa de una respiración sofocada.

Llevaba meses sin ver a su familia, pero no por ello era más fácil. Como si fuera un sueño, y en algún lugar todavía existiesen, si se lo negaba, seguiría

alejada de ellos, pero estarían vivos. Su madre, sus hermanos... El dolor era tan profundo que no podía medirlo, nunca había sentido algo igual, un vacío enorme sin fin que la comía. Era la primera vez que le dolía el corazón y ni siquiera podía llorar para dejar salir la frustración que sentía.

Recibió abrazos, palabras de consuelo, seguramente sentidos, pero se negaba a reaccionar a ellos. El dolor no le cabía en el cuerpo. Se refugió en sus habitaciones, sola, aislada de las emociones y de la gente, hundida en su propia mente que no dejaba de volver a recuerdos extraños, unos felices y otros que no entendía por qué regresaban a ella una y otra vez como una rueda llena de imágenes.

—Erin —escuchó su nombre desde la puerta y vio cómo Ayr avanzaba hasta su cama. Tuvo la tentación de gritarle, golpearla porque no lo hubiera evitado y, sin embargo, se incorporó y la abrazó. Necesitaba llorar, sacar la pena de su cuerpo—, lo siento tanto, Erin. No pudimos hacer nada, no sabíamos qué pretendían. Quizá Thomas trajo la orden de la reina y yo le atraje hasta aquí, hasta tu clan.

Se separó de ella para ver la mirada torturada de Ayr.

—No te culpes, fui yo —dijo Erin—. Desde el momento que acepté traicionarte a ti y a tus amigos, desencadené todo esto. Yo mandé a mi familia a Rathlin, yo acepté la traición y las mentiras.

—Esto habría pasado igual, solo intentaste sobrevivir. La culpa es muy peligrosa, Erin, te persigue toda la vida y creo que tu madre no querría eso para ti. Ellos habrían encontrado la manera de arrasar vuestro clan de una forma u otra. Piensa en tu padre, ahora te necesitará más que nunca. Eres lo único que tiene.

—¿Sabes lo que me dijo? Que nunca permitirá que Iain y yo nos casemos. Si lo hago, no podré volver a casa.

—¿Iain te contó lo que pasó entre nosotros? ¿Que lo rechacé? —preguntó Ayr.

—Sí, me dijo que le habías roto el corazón —dijo Erin con el rencor de no haber sido la primera en conocer al Iain joven y despreocupado.

—No siempre fue el hombre que ahora conoces, Erin. Hubo un tiempo en que era un muchacho alegre, tremendamente arrogante al que le gustaban demasiado las bromas y las mujeres. —Erin exhaló una exclamación de sorpresa ante la que Ayr sonrió—. Era como un hermano para mí. Pero a veces lo miraba y pensaba que él y yo nunca encajaríamos, yo no le aportaba nada

bueno y él a mí tampoco. Solo conseguiríamos hacernos daño con los años. Deshicimos las esperanzas de todos, incluso de mi padre, que pretendía que nos casáramos. Durante años me arrepentí de darle un no por respuesta ante la oposición de todo el clan... hasta que conocí a Edward. Cuando le besé la primera vez lo supe, supe que lo amaría hasta que muriera. ¿Amas así a Iain?

Ayr asintió por ella al ver el tormento en sus ojos y un suspiro se escapó de sus labios.

—¿Y dónde está tu casa, Erin? ¿Crees que volver a unos fríos muros de piedra te darán lo que buscas o la felicidad? Tu hogar está donde esté tu corazón, y creo que ahora estás demasiado triste para darte cuenta. Cuando estés preparada, vuelve al mundo, irlandesa.

Ayr le dio un beso en la mejilla y salió de la habitación, en silencio. Erin se rindió al dolor con la cabeza enterrada entre las almohadas y dejó pasar las horas sumida en algo parecido a la duermevela.

La leve presión de una mano sobre su hombro la arrancó de su pesar. Al principio pensó que se trataba de un sueño, donde los ojos azules de Iain se clavaban en los suyos como si quisiera decirle algo que no podía expresarse con palabras. La abrazó, su fuerza la ahogó contra él, la cercanía del cuerpo del escocés la hizo estremecerse, un primer y leve signo de que su corazón aún latía.

—¿Lo ha visto? —preguntó Erin con todo el valor que pudo reunir—. Mi padre... ¿lo sabe?

—Lo vimos desde la costa —contestó Iain, sentado a su lado en la cama. El jefe del clan Donnell había asistido impotente a la toma de Rathlin, con los puños apretados y la expresión de un hombre deshecho por el dolor—. Tu padre va a reunir a las familias de otros clanes irlandeses y marchará sobre este castillo, aunque le cueste la vida. He vuelto a por ti, hay que marcharse cuanto antes de aquí.

—Cree que los he traicionado, ¿verdad?

—Es algo que tendrás que hablar con él. Me pidió que te sacara de Carrickfergus. Tu padre no habla mucho.

Erin suspiró. «Igual que tú, Iain», pensó. Buscó en su mirada algún atisbo de perdón o de ternura, algo que la llevara a pensar que podían arreglar las últimas palabras cruzadas entre ellos.

—Lo siento tanto, Iain. Siento haberte acusado de que deseabas su muerte. ¿Qué más te ha dicho?

—Erin, parece que tú y yo estamos destinados a no entendernos —dijo Iain para cambiar de tema. ¿Qué quería que le dijera? ¿Que su padre renegaba de ella?—. Cuando creemos que ya nada peor puede pasar, surgen las dudas. Tu padre te dio a elegir y creo que ya lo has hecho, le eliges a él por encima de todo.

—Es esta maldita guerra, la muerte nos persigue y está tan ciego que no ve que no tuviste nada que ver con los ingleses. Ellos solos decidieron acabar con Rathlin —dijo Erin con pesar en sus palabras.

Iain asintió dubitativo, como si se resistiera a tocarla de nuevo, y se alejó de la cama.

—Descansa, partiremos mañana al amanecer.

—¡Iain! —lo llamó al ver que se dirigía hasta la puerta—. Quédate conmigo esta noche, por favor.

La súplica de Erin le oprimió el pecho. No iba a ceder ante ella, ¡por todos los demonios! Le había pedido como un idiota que fuera su mujer y ella, ahora que todo había terminado, ni siquiera había dicho lo que sentía por él. La incertidumbre le hacía dudar. ¿Y si todo fue parte de su engaño, incluso conquistar su corazón?

—No, Erin. Descansa. —Se detuvo un momento con la cabeza gacha, de espaldas a ella. Tenía que saberlo, aunque la razón le decía que se marchara de aquella habitación antes de arrepentirse—. ¿Si no hubiera liberado a tu padre me lo pedirías igualmente? —preguntó.

La irlandesa calló y Iain, con renovada determinación, siguió su camino hacia la puerta.

—¡Iain! —Escuchó su nombre con un tono de súplica y cometió el error de detenerse—. No te alejes de mí ahora, cuando más te necesito.

Erin corrió hasta él, hasta encontrarse con el muro de su espalda, y le rodeó la cintura con sus delgados brazos. Iain agarró las manos de la irlandesa, que descansaban en su estómago en lucha con su orgullo herido. Tenía ganada la batalla hasta que ella se recostó contra su espalda y sintió el calor de su cuerpo a través de la camisa. Entonces perdió la guerra. Se soltó de su abrazo y se giró. Ella levantó su rostro enrojecido por las lágrimas y sus ojos verdes lo miraron con esperanza.

—Irlandesa, ¿qué voy a hacer contigo? —dijo con la voz ronca de deseo.

Atrapó su rostro con sus grandes manos y se agachó sobre ella. La besó con furia para borrar el dolor de Erin y el suyo propio. Las dudas, las negativas, los bandos, su pasado y la muerte quedaron olvidados con un solo beso.

Erin se rindió a la fuerza de los suaves labios de Iain, sintiéndose viva. La urgencia de sentirlo le hizo sacarle la camisa de la cintura del *kilt* con urgencia, y el escocés respondió, cogiéndola en brazos y llevándola a la cama, acunada en su regazo.

Iain se detuvo al contemplarla, echada sobre las mantas. Todo su cabello rojo se derramó sobre la cama a su alrededor, su rostro blanco en contraste con el azul del vestido la asemejaba a un hada de grandes ojos verdes que lo tentaba con la fruta de sus labios. Clavó las rodillas en la cama a ambos lados de sus piernas para inmovilizarla y se deshizo de su camisa.

Erin recreó su mirada en el cuerpo de Iain, con una avidez que le hizo hervir de deseo. Iain acarició con las yemas ásperas de sus dedos el esbelto cuello y se deslizó por la curva de sus hombros, como si siempre hubieran permanecido allí para tocarla. Deslizó la palma abierta sobre su pecho hasta rozar el límite de su vestido. Ella dejó escapar un jadeo entrecortado y tomó sus manos para que los cubriera por completo.

Erin no iba a permitirle ser suave ni tierno. La ira la poseía con fuerza, la vida se había encarado con ella y deseaba sentirse amada y viva. Iain tomó la cumbre de sus pechos entre los dientes y los lamió hasta que se volvieron duros y plenos. Enterró su rostro entre ellos mientras le rodeaba la cintura, aspiró al fin el aroma que tanto tiempo se había negado a recordar. La irlandesa le ayudó a deshacerse de su *kilt* y lo arrojó al suelo con fuerza. Iain desgarró su camisola interior de arriba abajo, el sonido de la tela al rasgarse fue más provocativo que cualquier caricia entre los dos. Tiró de los trozos de tela que aún le aprisionaban las piernas, logrando arrancarle a Erin una exclamación de sorpresa.

—«Maravillosa». Fue su rápido pensamiento antes de posar la mano sobre la curva de su deseo. Ella se encorvó en su busca. Si su irlandesa ansiaba que fuera así, él le daría lo que pedía. Apoyado en un solo brazo, al contemplar el grosor de su fuerza en tensión para mantener su peso, la sintió excitarse aún más. Buscó la humedad de su interior como tantas veces había hecho a la orilla de aquel río ahora tan lejano y le hizo abrirse para él. Trazó un sendero húmedo a lo largo de toda su fina línea hasta introducir sus dedos en ella. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que la había echado de

menos, el tacto de su piel, el sabor de sus labios, el olor de su esencia. Se detuvo e hizo a Erin colocarse sobre él. Con deliberada lentitud la dejó caer sobre su erección para que fuera ella quien reclamara el placer a su ritmo. Erin lo miró perpleja, con los ojos color esmeralda abiertos de par en par. Al notar la facilidad con que entraba en su estrecho canal ambos gimieron, un sonido sobre otro, convirtiéndolo en una sola vibración de sus gargantas. Iain nunca había pertenecido a nadie de esa manera tan completa y brutal. Sintió cómo el corazón le palpitaba en manos de la irlandesa.

Erin se movió en círculos cada vez más rápido, hasta que sus músculos se contrajeron desde el interior para atraparlo y contraerse en torno a su erección.

Ni palabras ni caricias, solo los dos exhaustos, cuerpo con cuerpo se movieron al unísono para marcar su propio ritmo y seguir el del otro. Entregaron todo de sí mismos, el alma y el corazón, sin pronunciar palabras que pudieran separarlos.

Capítulo 24

Despertaron enredados uno en el otro con los primeros sonidos del castillo. Iain se movió en silencio por la pequeña estancia, recogió su camisa y su *kilt* y se los puso sin apartar la mirada de la irlandesa dormida, cubierta apenas a pesar del frío. Fue hasta la chimenea y prendió las ascuas para que la habitación recuperara el calor. Al darse la vuelta la vio despierta, mirándolo. Su intención era escapar antes de que ella abriera los ojos, pero ahora era demasiado tarde. Tenía que enfrentarse a Erin.

—Buenos días —le dijo con una sonrisa.

Si siempre había sospechado que en realidad era un duende irlandés, ahora lo sabía con certeza, al ver su pelo pelirrojo alborotado y su cara de recién levantada. Erin se cubría con las mantas y miró el fuego que acababa de avivar.

—Gracias, hace un frío horrible en este castillo —susurró Erin sin saber qué decir—. ¿Debo vestirme? ¿Nos marchamos ya?

Iain se puso lívido. Ella notó al instante cómo su mandíbula se tensaba y sus ojos azules se rasgaban con una mirada fría y calculadora.

—¿Qué pasa, Iain? —preguntó rápidamente. Empezaba a conocer los signos de peligro.

—Malinterpretaste mis palabras. No dije que iría contigo, Erin, sino que te sacaría del castillo, como le prometí a tu padre. Mi barco parte en unas horas hacia Escocia. Una vez que te sepa segura y lejos de aquí, embarcaré.

—Tiene que ser una broma, Iain, después de esto... —dijo señalando la cama en la que se habían amado y dormido. Notó la tensión en él, cómo se ponía rígido y erigía una expresión seria—. Pensé que esta noche cambiaría las cosas entre nosotros.

—Puede que lo pensaras, pero anoche quería irme, ¿lo recuerdas? Nada ha

cambiado, no podemos alargar esto, tu padre me odia y tú no te enfrentarás a él. Te recuerdo que te pedí que te casaras conmigo y dijiste que no. ¿Cómo sé que no es todo mentira? ¿Que no me has utilizado para liberar a tu padre? ¿Hay algo verdadero en ti, irlandesa?

—Fueron las circunstancias las que me obligaron a decirte que no. Eso fue antes, no podía aceptar porque debía confesar que te había traicionado.

—Eso quiere decir que ahora sí aceptarías, aun a riesgo de que Sorley te eche de tu propio clan. Me lo contó, ¿sabes? No voy a pedirte que elijas ni que me digas algo que en realidad no sientes solo por haber liberado a tu padre. No quiero agradecimiento, irlandesa.

Erin contuvo el aliento. No era el mejor momento, el dolor por perder a su familia confundía sus sentimientos. ¿Y su padre? Se dirigía hacia allí para tomar el castillo y vengar a su gente, incluso pensaba que su hija le había traicionado. No, ahora no podía dejarlo solo.

—Dame tiempo, Iain. Yo siento algo muy fuerte por ti, pero no puedo dejar mi hogar ahora, mi padre me necesita. Cree que los he traicionado a todos por ti.

—Erin, no hay tiempo, me marcho. Si tienes algo que decirme, es el momento.

—¿Para que seas tú quien me rechace y así salves tu orgullo? ¿Te quedarías en Irlanda por mí? ¿Dejarías que tu familia volviera a Escocia? No lo creo.

La sombra del Iain que había conocido seguía en su mente. Tal vez no hubiera cambiado, tal vez solo quería verla arrastrada a sus pies para luego rechazarla. Él nunca dejaría su clan, su tierra. Alguien que te ama perdona, no duda, no te hiere, como él había hecho al conocer su traición. ¿Qué pensaba? ¿Que lo aceptaba porque había salvado a su padre? ¿Tan ruin la creía? Si fuera la manipuladora que él afirmaba, una vez liberado su padre desaparecería. Estaba demasiado exhausta y cansada por los acontecimientos para saber lo que él quería.

—Lo suponía, Erin. Siempre habrá algo que se interponga entre nosotros. No tenemos nada más que hablar, irlandesa. Quédate en tu parte del mar y yo volveré a la mía, ninguno quiere arriesgarse a dejar lo que conoce por el otro. —Iain la miró un momento para retener su rostro en la memoria—. Baja en cuanto estés lista, unos hombres de confianza te llevarán hasta el lugar donde te espera tu padre.

Erin se mordió el labio. ¿Le exigía fe en él cuando él había perdido la fe en

el amor?

Iain salió de la estancia con los puños cerrados y cerró tras él con un fuerte golpe que hizo vibrar la puerta de madera. Bajó los escalones como si lo persiguieran. Una vez más ella lo había rechazado, pero esa era la última vez que lo hacía.

—¿No vas a despedirte de ella? Está retrasando la partida a propósito. Te espera, Iain —susurró Ayr al pasar junto a él. Ella si se despidió con todo el dolor el mundo, Erin le gustaba mucho y le tenía un gran cariño.

Alistair sonrió al escuchar las palabras susurradas por su amiga; Ayr nunca se rendía.

—Ahora no —contestó Iain con tono seco. Observaba a Erin en la distancia de las almenas, donde ella no podía verlo a él.

—Bueno, ya, es que dentro de un rato ya se habrá ido el amor de tu vida —contestó Ayr con un gesto infantil.

—Sin bromas —le replicó molesto. Si algo le incordiaba más que su hermano y ella reprendiéndolo, era que hicieran bromas a su costa—. ¿Y tú, hermano, no vas a decirme nada?

—Ya lo sabes. Te equivocas, Iain.

Su hermano podía haber gritado que era un obstinado cabezota en vez de marcharse, hacerle entrar en razón, como siempre, decirle que no fuera estúpido. A veces desearía ser como él. Alistair no habría tenido miedo o dudas, ni siquiera las torturas lo habían minado. Él cogería a la irlandesa, aunque tuviera que secuestrarla, y la convertiría en su mujer. Iain sonrió al pensarlo. Él que nunca había tenido miedo, sentía pavor a jugarse el corazón por la irlandesa. Los ojos de ella, al decirle que no podía ser su mujer, lo trasladaron a su hogar, a Tye, al día que Ayr lo rechazó. Pero entonces era un muchacho al que nunca se le había negado nada. ¡Qué necio era! Pensó que aquello era amor, nada comparado con lo que ahora sentía por Erin. Ya estaba, la había expulsado de su vida y no cabía dar marcha atrás, no otra vez.

Erin montó en el caballo con reticencia. ¿De verdad Iain la dejaba marchar así, sin despedirse siquiera?

Los hombres que la acompañaban, Donnell, hombres de confianza de su padre, que ocultaban el color de su *plaid* bajo mantas y rodeados de ingleses, la apremiaban a partir con insistencia. Volvió una vez más su rostro atrás sin ver a Iain, y tiró de las riendas para alejarse de Carrickfergus. A su paso, los ingleses volvían la cara al evitar encontrarse con su mirada, la de la irlandesa

hija de Donnell. Ninguno podía mirarla a los ojos después de haber matado a su familia. Ahora todos sabían lo que había pasado en Rathlin y las consecuencias que traería para el mayor fuerte inglés del norte de Irlanda.

Cuando las puertas resonaron a su espalda, el estruendo de la madera sobre sus goznes la sobresaltó. Nunca pensó que dejaría ese castillo con el peso de la desdicha sobre sus hombros, su familia muerta y su corazón perdido entre aquellos muros. Las últimas palabras del escocés la quemaban por dentro. Era cierto, Iain lo había arriesgado todo por ella, pero incapaz de reaccionar y abrir su corazón, lo perdía a cada paso, alejándose de ese castillo.

La comitiva silenciosa atravesó la aldea bajo las miradas recelosas de los que los veían pasar, una guerra se preparaba y los rostros eran de desconfianza. Todos sabían que tarde o temprano los Donnell se cobrarían venganza sobre el castillo y los que les servían.

Después de la masacre de su clan, Irlanda no sería la misma, se libraba una guerra en la que los ingleses habían logrado lo que en su día lograron sus antepasados normandos. El miedo era mucho más eficaz que un fusil. A partir de ahora, cualquier rebelión echaría atrás a muchos hombres a causa de lo sucedido en Rathlin. Pasaron por las aldeas con confianza, nadie se arriesgó a interponerse en su camino; los Donnell estaban maldecidos por la muerte. Solo se percibían algunas miradas escondidas tras los postigos de las ventanas. A medida que se alejaban de Carrickfergus, la pobreza era más patente y cruda, el invierno era duro y muchas de esas familias aún debían soportar el paso del ejército de su padre hacia el castillo.

Un niño de unos seis años se acercó corriendo a su caballo, dándole un susto tremendo. El crío la miró con una súplica mientras arqueaba las cejas. Erin lo miró directamente a los ojos. Sacó de la bolsa que llevaba en su montura una manzana y se la tendió con afecto. El miedo del rostro del chiquillo le hizo dudar, igual que a él. Sus ojos azules le recordaron a los de Iain, fríos y recelosos, aunque su rostro enjuto delataba el hambre que tenía. El niño se acercó para coger la fruta con pasos dubitativos. Erin detuvo el caballo y esperó a que el crío se acercara. Lo hizo reticente, con pequeños pasos. A punto de tocar su mano, volvió hacia atrás y echó a correr con agilidad. Lo observó trotar hasta esconderse tras las faldas de una mujer que lo observaba con curiosidad. El miedo era curioso compañero, ni siquiera el hambre o la necesidad podían con ese sentimiento que se enrosca en la mente y el corazón. Incapaz de dejar así al pequeño hambriento, desmontó y se acercó

a ellos. Erin arrojó la manzana, en un acto reflejo el niño la cogió entre sus manos con expectación y le dio un mordisco para luego desaparecer corriendo. La madre se giró sin darle las gracias y desapareció tras sus pasos. Erin apresuró su caballo y lo puso detrás de los hombres de su padre. ¿No era Iain como ese niño cuando lo conoció? También ella había cambiado. Sintió cómo sonreía por primera vez en días. ¡Qué estúpida había sido al verlo por primera vez! Lo había mirado sin pudor como si se tratara de un héroe de cuento. ¡Y luego se preguntaba por qué él se molestaba! Conociéndolo ahora, supo que él también debió de sentir algo desde el primer momento que la vio.

Detuvo en seco el caballo al tirar con fuerza de las riendas. ¿Qué hacía alejándose de él? ¿Estaba preparada para dejar su hogar y su tierra si él quería? Debía volver, arriesgarse y decirle lo que sentía. Su padre lo aceptaría con el tiempo, estaba segura.

Podía regresar, siguió convenciéndose, aún estaba a tiempo. Debía decirle que lo amaba, que renunciaría a todo por él. Tal vez lo que Iain necesitaba era una prueba de que lo amaba, que se lo dijera sin rodeos, que le suplicara quedarse con ella, obligarlo como a ese niño a que cogiera la manzana, aunque sintiera miedo.

Tiró de las riendas con tanta fuerza que el caballo se encabritó. Los hombres de su padre la miraron con recelo cuando giró la montura e inició una galopada volviendo sobre sus pasos. No la siguieron, convencidos de que volvía a Carrickfergus. Eso le contarían a Sorley Donnell, eso y que su hija estaba loca de atar.

A medida que el castillo se divisaba con sus dos torres circulares, Erin apretaba los flancos del caballo con más y más fuerza. Después de todo, quizá no llegaría a tiempo, quizá Iain no quisiera hablar con ella. Se dirigió al puerto, esquivando a la gente, y desmontó a pocos metros del barco que se preparaba para partir. Se puso de puntillas para distinguir la alta figura de Iain entre las demás, pero había demasiada gente empeñada en subir a los botes que partían y le impedía ver.

El pánico se adueñaba del norte tras la matanza de Rathlin, y los irlandeses huían junto a los pocos colonos ingleses que permanecían en el Ulster. Corrió entre ellos recibiendo más de un empujón hasta que lo distinguió junto a la pasarela del barco, inconfundible con su aspecto serio y su enorme envergadura. Sus ojos azules miraban a su alrededor con atención. Erin sonrió, la buscaba a ella. Ese hombre de corteza dura, cabezota y frío aún tenía la

esperanza de que regresara a él.

Entonces la vio. Sus ojos azules se entornaron como si no lo creyera y avanzó entre la gente, apartándolos a su paso sin dejar de mirarla. Erin aún sonreía cuando también comenzó a avanzar.

Apenas a un metro de ella, Iain se detuvo. No podían apartar la mirada el uno del otro.

—¿Qué haces aquí, irlandesa? —le preguntó enfadado—. Te hacía ya lejos del castillo.

Erin tomó aire para poder hablar, las palabras que tan fácilmente había formado en su mente se desdibujaban en sonidos inconexos intentado salir de su boca. No ayudaba que estuvieran rodeados de gente que a veces los empujaba por descuido.

—He vuelto, Iain —consiguió decir con la barbilla en alto—, y no me iré sin decirte lo que pienso. Sé que tienes a tu hermano, tu familia, todo lo que necesitas...

Iain se acercó a ella y la agarró por los codos.

—Dilo, Erin, es aquí y ahora, irlandesa. No habrá más oportunidades, cuando me vaya en ese barco no miraré nunca atrás.

—No es fácil, Iain. Después de lo que te hice. Te traicioné, tenías razones para no desear estar a mi lado. Pero dime que no debo temer que el hombre que me despreciaba con tanto fervor vuelva a aparecer, no podría soportarlo. Tus palabras a veces son agujijones que se clavan en el corazón y tú tienes la capacidad de herirme con ellos, me asusta terriblemente.

—Es tu luz, Erin, a veces me deslumbra en mi oscuridad, yo también tengo miedo a esto. Me dijeron una vez que amar no es fácil y tenían razón, siempre tienen razón.

Erin sonrió ante sus palabras, las mismas que había pronunciado aquel día en el río, la primera vez que se entregó a él. Amor, qué palabra tan corta para un sentimiento que les había llevado tan lejos a los dos.

—¡Quédate en Irlanda conmigo, Iain! Si mi padre no vuelve a hablarme lo aceptaré —le suplicó en un arranque de sinceridad—. Dedicaré cada día a amarte y a hacerte sonreír. Incluso si me echa del clan podemos vivir con Maude. Esa vieja loca estaría encantada.

Erin se vio expuesta. Si en ese momento Ian la rechazaba con toda su alma desnuda ante él, quedaría deshecha. Las lágrimas que luchaba por contener amenazaban sus ojos mientras la gente los empujaba y ellos permanecían con

la mirada fija en el otro. Iain sonrió como él solo sabía hacerlo, el color azul de sus ojos se llenó de vida y sintió sus manos sobre las mejillas. La acercó con lentitud y la besó con dulzura.

Iain tomó aire y miró hacia el cielo antes de hablar, con el corazón en vilo.

—¿Te casarás conmigo, irlandesa? —soltó con rapidez antes de pensar seriamente lo que hacía.

—¿Te casarás conmigo, escocés? —contestó Erin con una sonrisa más poderosa que cualquier sí.

—Tendrás que enseñarme a apreciar a ese viejo cascarrabias que tienes por padre —dijo Iain con la voz ronca, uniendo su frente a la suya.

—No te preocupes, le daremos docenas de nietos que le harán olvidar sus guerras —amenazó la irlandesa con una carcajada.

El barco partió sin él. En cubierta, su hermano los observó una vez más con alegría. Iain había encontrado su camino. Él, que nunca había querido dejar Tye y Escocia, ahora se quedaba en otro país a cientos de millas de ellos. Alistair sonrió. Él siempre tuvo razón, siempre supo que Iain solo sería feliz lejos de su hogar. Esas cosas solo las sabe un hermano, pensó con suficiencia. Lo echaría mucho de menos.

Capítulo 25

Erin salió de la cabaña y se deshizo de la capa ante el calor que la esperaba fuera. El verano se acercaba y las tardes eran más cálidas y largas. Iain la esperaba en el río desde hacía un rato. El mensajero proveniente de Dunluce la había retrasado, la misiva escueta de su padre fue una sorpresa que recibió en soledad. Estuvo tentada de arrugarla y deshacerse de ella, olvidar que la había leído y continuar su vida como si nunca hubiera tenido noticias de su antiguo hogar. No invitó a quedarse al fatigado muchacho de camisa amarilla que la había traído y Maude tampoco. Esta permaneció callada a su lado leyéndola sobre su hombro y, al acabarla, desapareció sin pronunciar palabra, cosa extraña en ella.

El olor a primulas y campanillas aún se confundía en el aire con la brisa de la primavera. Caminó sin prisa, con el papel áspero y amarillento entre las manos. Su padre, Sorley Donnell, los invitaba a reunirse con él en Dunluce. Una carcajada se le escapó de los labios. ¿Así que se había enterado de su boda con Iain? Casi convencida de que necesitaba ahora a su marido para su guerra, suspiró. ¿Qué conveniente era tenerlo ahora de su parte! Irlanda se había visto invadida por escoceses deseosos de hacer fortuna con la guerra contra los ingleses y su padre formaba un ejército para destruir Carrickfergus de una vez por todas, el símbolo inglés del norte de Irlanda. Quería un escocés al frente de sus hombres.

La llamaba a Dunluce. ¿Su hogar? ¿Alguna vez volvería a llamarlo así? Sin su madre y sus hermanos, se le antojaba extraño volver al castillo en el que creció. El dolor aún era profundo, pero Iain lo mitigaba cada día. Con frecuencia él la obligaba a hablar de ellos, de su madre y sus hermanos. Quería que le contara todas las historias que siendo niña le habían contado a ella y la hermosa risa de Iain cuando le decía que era igual a sus héroes de

cuento se escuchaba en toda la cañada. Podía seguir soñando y pensando que él no volvería a luchar nunca, pero ya no se permitía soñar despierta, hacía tiempo que los sueños infantiles habían muerto en Rathlin.

Unos días antes, una carta con semanas de retraso les dio la noticia de que Ayr había tenido una hermosa niña a la que llamaron Elizabeth, como su supuesta abuela. Era el único secreto que Iain guardaba para sí mismo y del que nunca hablaban por el bien de ambos. Era hora de enterrar el pasado y comenzar una nueva vida.

Sabía que él añoraba su tierra, a sus amigos y sobre todo a su hermano, pero algún día se reencontrarían sin duda. El precio de la felicidad que ambos vivían bien merecía la pena lejos de las intrigas de Tye.

Descendió la empinada cuesta y lo vio tumbado sobre la hierba. Se detuvo a escasos metros, detrás de un árbol, para observarlo. Solo llevaba unos pantalones, su camisa estaba tirada junto a él y los pies desnudos estaban cruzados uno sobre otro en aparente tranquilidad. Enseguida se giró y la miró. Podía parecer que el soldado *highlander* había desaparecido, pero estaba dentro de él agazapado con su instinto intacto. La había oído llegar, como siempre, no importaba dónde estuviera, él siempre lo sabía. La saludó con la mano y volvió a recostarse tras esbozar una sonrisa.

Erin apretó el papel en su puño y lo escondió, arrugado entre los pliegues de su vestido. Tal vez luego se lo enseñaría, o tal vez nunca. Tal vez lo escondiera unos meses más para que Iain siguiera siendo solo suyo y su padre tuviera que esperarlos hasta el invierno, cuando el río se helara y ella le llevara a su primer nieto MacDonnell.

Nota de la autora

El castillo de Carrickfergus, en Irlanda del Norte, se encuentra reconstruido casi en su totalidad y fue testigo de la mayoría de hechos ficticios y reales que se narran en esta novela. Existe una variación en los años y los meses en que se produjo la acción que narra el libro, pero tenía que llevar a nuestra Ayr a ese maravilloso país para encontrarse con la irlandesa.

Dunluce tiene su especial historia. Años más tarde, una parte del castillo se derrumbó, las cocinas concretamente, y se cree que fue debido a los túneles que existían en la roca bajo los pilares del castillo donde encarcelaban a los presos. Este hecho hizo que los Donnell abandonaran la fortaleza, pero no Irlanda. La anécdota del derrumbamiento, a veces narrada con cierto humor en los libros de historia, me hizo tejer una trama en torno a Erin y los Donnell que espero os haya enamorado tanto como a mí.

Miranda Bouzo

Si te ha gustado este libro y quieres conocer más sobre el clan escocés de los Tye, te invito a descubrir la historia de Ayr y Edward y cómo surgió el amor entre el inglés y la escocesa en *Vientos de Escocia*, primer libro de la saga.

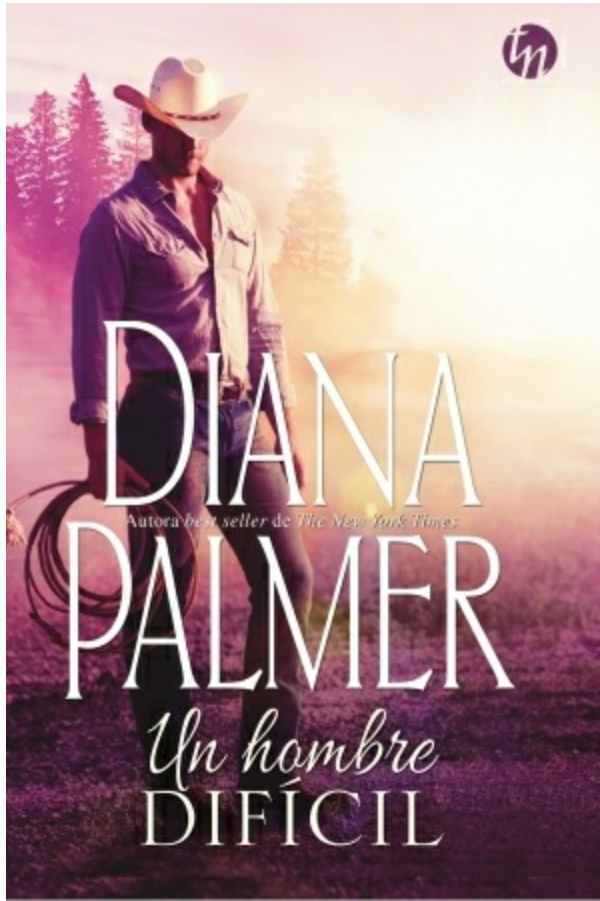
<https://www.harpercollinsiberica.com/hqnn/vientos-de-escocia-detail>.

Gracias por tu lectura.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

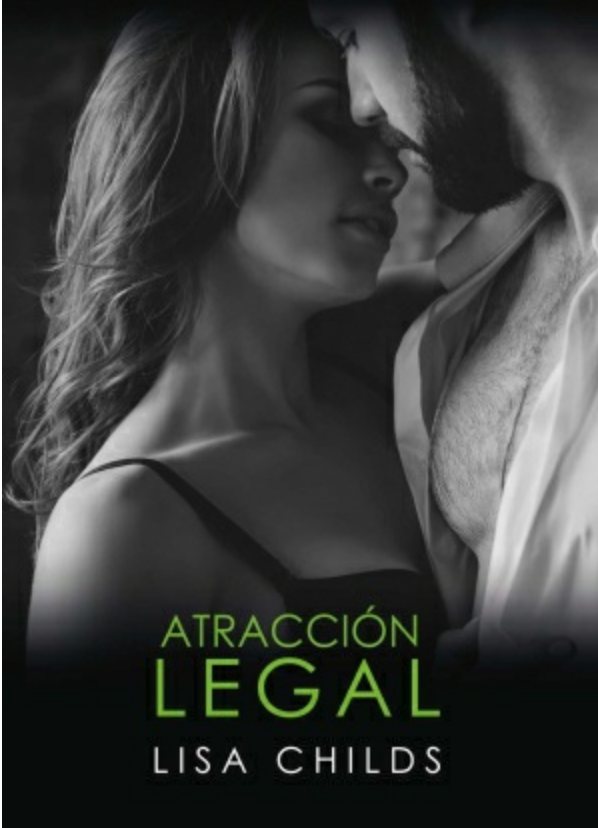
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

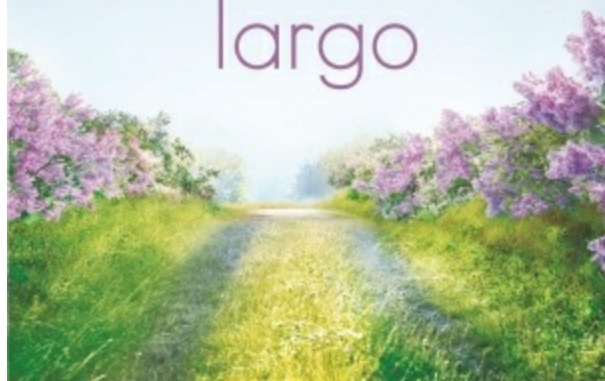
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)